

Arqueología del trabajo y del bienestar

William Beveridge en perspectiva
histórica

El telemarketing en España:
para una cartografía del trabajo
contemporáneo

Organización, racionalidad
y eficiencia de la organización
del trabajo en la Argentina

Patrimonio industrial y memoria
colectiva

Patologías industriales.
El debate sobre las condiciones
de vida en un entorno urbano
(Barcelona, 1820-1920)

La "especialización flexible" en la
producción de la cultura: trabajo,
consumo y des/orden social

ISSN 0210-8364



9 778402 108365

49

Sociología del Trabajo

NUEVA ÉPOCA



REVISTA CUATRIMESTRAL DE EMPLEO, TRABAJO Y SOCIEDAD

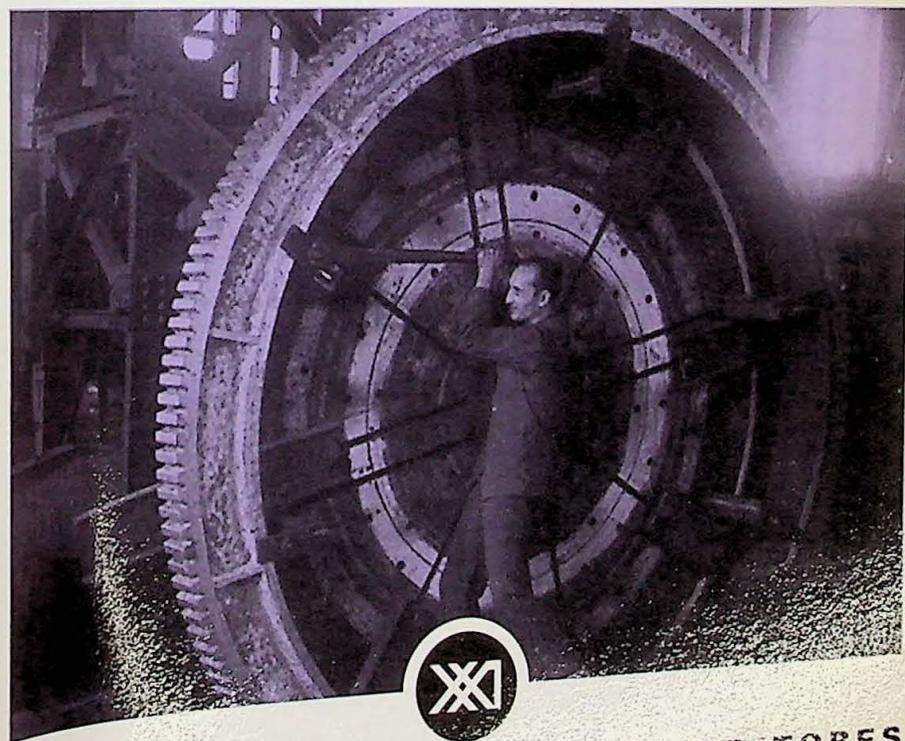
OTOÑO 2003

Arqueología del trabajo y del bienestar

OTOÑO 2003

Sociología del Trabajo

NUEVA ÉPOCA



SIGLO VEINTIUNO DE ESPAÑA EDITORES

Sociología del Trabajo

Revista cuatrimestral de empleo, trabajo y sociedad

Dirección

Juan José Castillo
Santiago Castillo

Consejo de Redacción

Arnaldo Bagnasco, Departamento de Sociología, Universidad de Turín.
Juan José Castillo, Departamento de Sociología III, UCM.
Santiago Castillo, Departamento de C. Política y de la Admón. III, UCM.
Daniel Cornfield, *Work and Occupations*, Vanderbilt University (Estados Unidos).
Michel Freyssenet, CSU-IRESCO, CNRS, París.
Enrique de la Garza, UAM, Iztapalapa, México.
Juan Manuel Iranzo, Dpto. de Sociología, Univ. Pública Navarra.
Ilona Kovács, Instituto Superior de Economía e Gestão, Lisboa.
Marcia de Paula Leite, Universidade de Campinas, Brasil.
Ruth Milkman, Institute of Industrial Relations, UCLA, Estados Unidos.
Alfonso Ortí, Departamento de Sociología, UAM.
Andrés Pedreño, Dpto. de Sociología, Universidad de Murcia.
Ludger Pries, Ruhr-Universität Bochum, Alemania.
Helen Rainbird, School of Social Studies, University College Northampton, RU.
José M^a Sierra, Dpto. Geografía, Urbanismo y O. del Territorio, Univ. Cantabria.
Agnes Simony, Lorand Eotvos University, Hungría.
Jorge Uría, Departamento de Historia Contemporánea, Universidad de Oviedo.
Fernando Valdés Dal-Re, Departamento de Derecho del Trabajo, UCM.
Imanol Zubero, Dpto. de Sociología I, Universidad del País Vasco, Bilbao.

Dirección de la redacción de la revista

Revista *Sociología del Trabajo*. Facultad de Ciencias Políticas y Sociología.
Campus de Somosaguas. 28223 MADRID

Editor

Siglo XXI de España Editores, S. A., Príncipe de Vergara, 78. 28006 Madrid
Teléfonos: 91 562 37 23 - 91 561 77 48. Fax: 91 561 58 19
E-mail: sigloxxi@sigloxxieditores.com

Suscripciones

MUNDI-PRENSA LIBROS, S. A.
Castelló, 37. 28001 Madrid
Teléfono: 91 436 37 01. Fax: 91 575 39 98
E-mail: suscripciones@mundiprensa.es

Sociología del Trabajo 49

NUEVA ÉPOCA

Otoño 2003



SUMARIO

Noel Whiteside, William Beveridge en perspectiva histórica	3
Ángel Luis Lara Rodríguez, El telemarketing en España: materiales para una cartografía del mundo del trabajo contemporáneo	27
Mirta Zaida Lobato, Organización, racionalidad y eficiencia de la organización del trabajo en la Argentina: El sueño de la americanización y su difusión en la literatura y en la prensa	61
José Martín Martínez, Patrimonio industrial y memoria colectiva. El caso de Puerto de Sagunto	93
Carles Grabuleda Teixidor, Patologías industriales. Una nueva aproximación al debate sobre las condiciones de vida en un entorno urbano (Barcelona, 1820-1920)	115
Juan Manuel Iranzo, La "especialización flexible" en la producción de la cultura: trabajo, consumo y des/orden social	141

A los colaboradores

Extensión: Las colaboraciones, artículos o notas no deberán exceder de **25 páginas** mecanografiadas a doble espacio (30 líneas x 70 espacios, lo que incluye referencias, cuadros, etc.) y habrán de venir acompañados **necesariamente** de un **resumen** de unas diez líneas. Una copia en **disquete**, en cualquier programa de procesamiento de textos, es imprescindible.

Los artículos se enviarán por **triplicado**: 3 copias en papel.

Para las formas de cita y referencias bibliográficas, los autores deben remitirse a los artículos publicados en este (o en cualquier otro) número de ST.

Los autores indicarán claramente su nombre completo y el **lugar de trabajo y dirección postal**, así como su e-mail, en su caso, que quieren que figure al pie de su colaboración.

Deberán dirigirse a Redacción de la revista *SOCIOLOGÍA DEL TRABAJO*, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Campus de Somosaguas, 28223 Madrid.

ST acepta para su eventual publicación réplicas o comentarios críticos a los trabajos que publica. La extensión de estos textos no debe sobrepasar las 10 páginas.

Tanto artículos como notas o réplicas son evaluados por dos expertos, miembros del Consejo de Redacción o exteriores a él.

Los autores recibirán, oportunamente, comunicación de la recepción de sus trabajos, notificándoseles con posterioridad su eventual aceptación para la publicación.

ST lamenta no poder mantener correspondencia sobre los textos remitidos al Consejo de Redacción, ni devolver originales ni disquetes.

Los autores recibirán, al publicarse su texto, 20 separatas, además de 2 ejemplares del número en el que se publique su artículo; **indiquen con claridad la dirección postal**.

Todos los artículos publicados en ST, incluidos los traducidos, deben ser **originales**, para ser sometidos al Consejo de Redacción.

Los resúmenes-abstracts de los artículos publicados en ST se recogen en ECOSOC-CINDOC y en Sociological Abstracts.

PRECIO DEL EJEMPLAR:

- España: 12 € IVA incluido (1.997 ptas.)
- Europa: 13,50 € IVA incluido (2.246 ptas.)
- Resto del mundo: 15\$

Fotografía de portada: «Operario ajustando una pieza en los talleres generales».

AHV-Fábrica de Sagunto, 1947.

Negativo de 35 mm sobre gelatina plata.

Ref. R-76, Archivo Fundación PPHIS

Sociología del Trabajo

Nueva época, núm. 49 - otoño de 2003

Edita: Siglo XXI de España Editores, S.A.

Príncipe de Vergara, 78 - 28006 Madrid

© *Sociología del Trabajo*

© Siglo XXI de España Editores, S.A.

Madrid, octubre de 2003

ISSN: 0210-8364

Depósito legal: M. 27.350-1979

Fotocomposición e impresión: EFCA, S.A.

Parque Industrial «Las Monjas», 28850 Torrejón de Ardoz - Madrid

Printed in Spain

William Beveridge en perspectiva histórica

Una reinterpretación del Informe Beveridge

Noel Whiteside *

Introducción

Las características del sistema de protección social de Beveridge son ampliamente conocidas en el continente europeo, si bien es cierto que se han malinterpretado. A menudo, se comparan con los planes de seguridad social bismarckianos. Estos se apoyan en el concepto de autofinanciación de los seguros sociales, basados en la cotización según el nivel de ingresos de empresarios y empleados, gestionados por los interlocutores sociales y por el Estado. La redistribución entre ricos y pobres es escasa; las cotizaciones y ventajas según los ingresos refuerzan las estructuras sociales establecidas y, por tanto, incentivan aún más el individualismo. Aquellos que carecen de empleo no cotizan y por tanto carecen de derechos: tales planes se consideran "paternalistas", ya que fomentan la dependencia de las mujeres de los maridos que trabajan (Esping-Andersen, 1990). Por el contrario, se considera que el modelo defendido por Beveridge ofrece iguales ventajas a todos los ciudadanos mediante la financiación del sistema tributario del Estado. Este sistema universal implica principios de solidaridad que ofrecen cobertura a las posibles pérdidas de ingresos (por desempleo, enfermedad, invalidez, jubilación, etcétera). Situaciones que en un sistema bismarckiano se someten a diferentes planes de se-

* Noel Whiteside es profesora de Política Pública Comparativa (Departamento de Sociología, Universidad de Warwick, Gran Bretaña). E-mail: noel.whiteside@warwick.ac.uk. Traducción de Olga Abásolo.

guros autofinanciados. Desde este punto de vista, William Beveridge parece proponer un plan de seguridad social cuasi socialista, desde el cual se atacan los cinco famosos gigantes de la Necesidad, el Paro, la Enfermedad, la Miseria y la Ignorancia, y se ofrece a los ciudadanos prestaciones que garanticen la subsistencia y la erradicación de la pobreza.

En la literatura de las ciencias sociales se recurre a menudo a estas dos tipologías como parámetros para comparar diferentes planes de seguridad social. Sin embargo, al igual que sucede con otros modelos, se han distorsionado considerablemente las conexiones entre cada sistema y su supuesto ideólogo. Aunque muchos habrán oído hablar del famoso *Informe Beveridge* (*Social Insurance and Allied Services*, Cmd. 6404/1942), sus contenidos no se han estudiado detalladamente, e incluso en más de una ocasión ni siquiera se ha leído. Por ejemplo, nunca se ha traducido al francés¹. A pesar de los esfuerzos que su autor realizara en el momento de su publicación por promocionar sus recomendaciones y garantizar su adopción en otros países, su impacto real en la reforma social de la Europa prebélica y en la Commonwealth británica fue bastante limitado. Incluso en Gran Bretaña, el gobierno laborista de la posguerra modificó sustancialmente sus recomendaciones al introducir la legislación del Estado del bienestar. Para algunos autores, el *Informe Beveridge* adquirió el estatus de nirvana: un sistema perfecto de futura justicia social.

Este artículo pretende analizar no tanto el propio *Informe Beveridge* como la evolución de su autor, para así exponer los elementos de su trayectoria que configuraron sus ideas en materia de reforma social e influyeron en sus recomendaciones de 1942. La raíz de sus ideas se halla en la época anterior a la Primera Guerra Mundial, en el "nuevo liberalismo" que caracterizó las reformas de Lloyd George y de los que apoyaban sus políticas en los años anteriores a 1914. Durante dicho periodo trabajó para el gobierno británico como director de oficinas de empleo en la Cámara de Comercio, bajo el liderazgo político del joven Winston Churchill. Durante esta época afinó los principios de su enfoque en materia de reforma social: enfoques que evolucionarían, a comienzos de la Segunda Guerra Mundial, hacia los principios de la planificación del Estado.

¹ Pero sí, en cambio, al español: *Seguro social y servicios afines. Informe de Lord Beveridge*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1989, 538 pp.; y *Pleno empleo en una sociedad libre. Informe de Lord Beveridge II*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1988, 491 pp. [Nota editorial].

Este artículo se divide en tres partes. En la primera se estudia el trabajo desempeñado por el joven Beveridge como funcionario público durante los años anteriores a la Primera Guerra Mundial, a lo largo de un periodo en el que fundamentalmente se ocupó de resolver el problema del desempleo. En la segunda, se indaga sobre el vínculo de esa primera etapa y el *Informe* de 1942; de este modo, se pretende reafirmar la aportación de Beveridge al desarrollo del Estado del bienestar en Gran Bretaña en la etapa de la posguerra. En la tercera, se extraen algunas conclusiones y se reafirman las comparaciones entre los sistemas de bienestar social bismarckiano y de Beveridge, y se plantea que las ideas de Beveridge se inspiraron en la Alemania bismarckiana más de lo que pudiera parecer a simple vista.

2. La evolución de William Beveridge

El joven Beveridge, que estudió Derecho en la Oxford University, se sintió atraído por el Settlement House Movement del East End londinense, que actuaba en el Toynbee Hall. Algunos jóvenes intelectuales vivían y trabajaban allí, en uno de los barrios más pobres de la capital, donde analizaban las causas de la pobreza. Muchos llegarían hasta la Cámara de Comercio para colaborar en diversos programas de reforma social. Beveridge estableció contacto con los Webb (Sydney y Beatrice), fundadores de la Sociedad Fabiana, que influiría considerablemente en los gobiernos liberales de 1906. Al igual que Beveridge, los fabianos creían firmemente en la capacidad de la ciencia social para identificar las causas de los problemas sociales y en el Estado como artífice de la mejora social. Para los fabianos, cofundadores del Partido Laborista británico en 1902, los conceptos socialistas implicaban la transferencia del poder político no a los trabajadores, sino a los profesionales que, como ellos mismos, tenían suficiente experiencia como para poder analizar los males sociales y plantear soluciones apropiadas. En Toynbee Hall, Beveridge emprendió su trayectoria profesional desde el periodismo: durante su estancia en Alemania en 1907 estudió la forma en que en diversas ciudades alemanas se gestionaban los problemas del mercado laboral mediante un sistema de oficinas de empleo. En particular, le impresionó Estrasburgo (que entonces pertenecía a Alemania). Invitado por Beatrice Webb, presentó un estudio de la Lorena alsaciana a la Comisión Real sobre Leyes de Pobres. Los Webb le presentaron a Winston Churchill, recién nom-

brado presidente de la Cámara de Comercio en 1908. Por aquel entonces Churchill pretendía reformar el mercado laboral y asignó a Beveridge para ocupar un puesto de reciente creación, director de oficinas de empleo, con el encargo de convertir en leyes sus ideas. Tras la implantación de un sistema nacional de oficinas de empleo en 1908, Beveridge pasó a comprometerse activamente en el primer programa de seguro de desempleo, que se introdujo como parte segunda del Acta de Seguridad Nacional en 1911.

Son bien conocidos los problemas que planteaba el mercado laboral del final de la época victoriana en Gran Bretaña, y que estas reformas deberían atajar. Las investigaciones oficiales, y las no oficiales, revelaron que la pobreza reinaba en las principales ciudades británicas. Las causas de la indigencia se achacaban en gran medida a un exceso de mano de obra y a una falta de organización que fomentaban la ineficacia. En Londres, caso que ha dominado el análisis contemporáneo, se dio un aumento del empleo eventual (intermitente, irregular), del número de trabajadores nacionales (infrarremunerados) empleados en la industria pesada y de los costes locales del subsidio de pobreza², del que dependían estos trabajadores. La situación empeoraba durante las crisis económicas.

El trabajador "fijo" que perdiera su puesto no tenía más derecho a recibir asistencia pública que el más desesperado de los vagabundos o eventuales. En tiempos difíciles se obligaba a los desempleados a competir por el trabajo con tal chusma; la precariedad del empleo y de la dieta les dejaba expuestos a quedar relegados al extremo más inestable del mercado laboral, de tal modo que acababa minándose cualquier voluntad de trabajar y la capacidad para ello. Así el desempleo alimentaba una incapacidad para encontrar trabajo a largo plazo, además de un *residuum* de trabajadores eventuales, que perjudicaba a aquellos con cualificación y experiencia, cualidades esenciales para alcanzar la recuperación económica. El "parado respetable", si recibía el mismo trato que un pobre (una persona permanentemente depen-

² La influencia de las leyes de pobres de la época victoriana en el desarrollo de la política social ha sido abrumadora. La ley, planteada deliberadamente con carácter punitivo (para evitar potenciales beneficiarios), exigía en teoría el internamiento voluntario de los beneficiarios indigentes en el asilo de pobres local, donde deberían someterse a un estricto régimen disciplinario muy similar al carcelario. Aunque a algunos grupos (los miembros más mayores) se les permitía un subsidio externo (ayuda fuera del asilo), la condición de "pobre" (receptor del subsidio de pobreza) acarrearba un estigma peyorativo, precedido tan sólo por el de criminal convicto, y la investigación de medios económicos (investigación de los recursos para determinar los niveles de subsidio) era un síntoma humillante de fracaso personal.

diente del subsidio de pobreza), acababa convirtiéndose en pobre, incapaz de mantenerse a sí mismo de un modo independiente. Esta espiral se consideraba como la principal fuente de degeneración social, que provocaba el declive físico y moral en el corazón de las principales ciudades británicas y constituía una amenaza tanto para el progreso económico como para el Imperio.

El otro componente fundamental en el desarrollo de este "problema laboral" radicaba en el temor al declive económico. Durante la década de 1870, Estados Unidos y Alemania comenzaron a erosionar la preeminencia de Gran Bretaña en el comercio mundial. La competencia internacional provocó una caída de los precios de las materias primas y de los beneficios; a su vez, esto produjo estrategias de gestión más agresivas diseñadas para aumentar la productividad y recortar los costes laborales. Como resultado de todo ello, empezaron a romperse las hasta entonces establecidas relaciones industriales, basadas en el entendimiento mutuo entre empresarios y empleados. En las décadas de 1880 y 1890 aumentó el número de huelgas y disputas. Los "nuevos" sindicatos empezaron a organizar a los trabajadores no cualificados. El éxito de la huelga de los muelles de Londres en 1889 es un buen ejemplo del paso de la cooperación a la confrontación que suscitaba el nuevo clima político. Para muchos contemporáneos, dichos cambios amenazaban la economía británica y, con ello, la seguridad del Imperio. Las huelgas frenaron la producción y mermaron la competitividad de la industria. La resistencia de los sindicatos elevaba los costes laborales en exceso, impedía la introducción de las nuevas tecnologías y dañaba la iniciativa empresarial y el crecimiento económico. Además, los problemas del mercado de trabajo urbano producían una subespecie de degenerados sociales y mentales: trabajadores ineficaces, que suponían una carga cada vez más pesada para las industrias y las comunidades en las que vivían, dada su permanente dependencia de las leyes de pobres. Es decir, la economía de libre mercado no funcionaba como sus defensores afirmaban que lo haría. La opinión de que era necesario emprender una reforma ganaba adeptos en todo el espectro político.

En 1900, las demandas de enmienda política no solo venían de la Federación Socialdemócrata y del Partido Laborista Independiente. Muchos filántropos reconocían que el problema no se solucionaría mediante el estudio personalizado y el trato individual, sino que era necesaria la intervención del Estado. Destacados políticos de los principales partidos, incluso algunos hombres de negocios, también estaban convencidos de que era necesario emprender la reforma. Tras la mediocre

actuación de Gran Bretaña en la guerra de los Bóers (1899-1902), surgió la preocupación por alcanzar nuevas cimas de eficiencia física, económica y nacional. En el Partido Conservador, Joseph Chamberlain fijó una agenda de reformas que incluía la provisión de obras públicas para los desempleados, que se financiarían mediante aranceles sobre todos los bienes importados. Las elecciones generales de 1906 supusieron la derrota de los conservadores, al agruparse el electorado en apoyo al libre mercado y los liberales.

El Partido Laborista, de reciente creación, obtuvo notables resultados, por lo que logró promover una serie de proyectos de ley, basados en el principio del derecho al trabajo, que exigía al Estado la creación de empleo para todos los parados. Si el nuevo gobierno liberal pretendía conservar el apoyo de los votantes de la clase trabajadora, debía responder con un programa propio de reforma del mercado laboral. Tras el abandono del primer ministro liberal (Campbell Bannerman) en 1908 y el establecimiento de una nueva administración liderada por Asquith, Churchill fue nombrado presidente de la Cámara de Comercio con el cometido de reformar el mercado laboral y frenar el declive industrial. Fue en este momento cuando Beveridge se incorporó a su departamento para trabajar en el problema.

Según la teoría liberal vigente, la competencia del libre mercado supuestamente garantizaba a los empresarios la posibilidad de contratar sólo a trabajadores cualificados y eficientes y de rechazar a aquellos que no pudieran —o no quisieran— asumir las exigencias del trabajo fijo. Así, los mecanismos del mercado de trabajo eliminarían a los “no aptos” de la competición por un puesto de trabajo. Los analistas sociales como Charles Booth idearon diversos programas para promover este proceso, en los que el Estado garantizaría pensiones para aquellos que eran demasiado mayores para trabajar, así como la reclusión de los ociosos en instituciones en las que se instauraría por la fuerza la virtud de hábitos de trabajo más regulares. Necesariamente, este enfoque implicaba una clasificación de las personas en busca de trabajo, un proceso normativo que implicaba la distinción entre los vagos y los parásitos y los “genuinos” parados. Para Charles Booth, tales distinciones eran responsabilidad de los propios empresarios —que deberían agruparse para promover una racionalización del mercado de trabajo en esa línea³—. Para William Beveridge, este enfoque era me-

³ Booth creó un proyecto para reducir el trabajo temporal en el puerto de Londres: diversos empresarios portuarios —principalmente las compañías portuarias— realizaron listas de trabajadores registrados con categorías A-C, de acuerdo a sus ca-

yor que la provisión de trabajo para los parados financiada por el sector público, ya que esta medida sólo servía para subvencionar el sustento de trabajadores ineficaces y perpetuaba la espiral negativa creada por los mercados laborales eventuales. En sus propias palabras:

La irregularidad del trabajo y de los ingresos fomenta hábitos irregulares, las condiciones de empleo en las que un hombre gana o pierde tan poco independientemente de su conducta generan irresponsabilidad, vagancia, insubordinación [...], así el grueso de los parados está incapacitado para trabajar. No obstante, es esencial distinguir entre aquellos que, a pesar de estar parados, siguen siendo miembros, miembros inferiores, del ejército industrial y aquellos que son meros parásitos, inútiles o que rechazan realizar un servicio útil. Es igualmente importante recordar que esa degradación de carácter conduce fácilmente no sólo al pecado original, sino a determinadas condiciones industriales, de modo que mediante la alteración de las condiciones de empleo es posible comprobar, por lo menos en parte, la oferta de “no aptos” (Beveridge, 1906, p. 326).

Por el contrario, Beveridge defendía que el Estado debería desempeñar un papel central en la eliminación de las causas del trabajo eventual y en la elaboración de una clasificación normativa de aquellos en busca de empleo, para determinar un trato adecuado para su situación. En este aspecto, tuvo el apoyo de los Webb, que también pretendían fomentar una clasificación más detallada de las masas empobrecidas para distinguir a los enfermos y los mayores de los incorregiblemente ociosos —tanto para atajar la pobreza mediante la identificación de sus causas como para promover la eficiencia nacional—. La solución que proponía Beveridge era una adaptación de las oficinas de empleo que observó en Alemania: la creación de un plan nacional de oficinas de empleo bajo la supervisión de los funcionarios del Estado. Si los empresarios contratan a todos sus trabajadores a través del intercambio, los funcionarios estarían en posición de concentrar el trabajo eventual o de temporada en manos de los más efi-

pacidades y a la regularidad de su asistencia. Estas listas permitían a los empresarios ofrecer trabajo a los de graduación A, luego a los de graduación B y posteriormente a los de graduación C, sólo una vez agotadas las dos anteriores. Los trabajadores podrían resituarse en la graduación (promocionarse y degradarse) según su rendimiento laboral. Este programa se introdujo en la década de 1890 y se convirtió en centro de la controversia, dado que las empresas lo utilizaban para eliminar a los agitados: es decir, nunca funcionó del modo en que originariamente pensaron sus diseñadores, ya que se convirtió en un medio para eliminar a los sindicatos del puerto (Phillips y Whiteside, 1985, cap. 2).

cientes. Esto aportaría buenos trabajadores con regularidad de ingresos, y a los empresarios una mano de obra más productiva, y excluiría a los no aptos del mercado de trabajo. Beveridge lo explicaba en estos términos:

Las oficinas de empleo impedirán al que pretenda obtener un trabajo eventual, de vez en cuando, lograr su deseo [...], el resultado es el extremo opuesto a lo que supone la asistencia al vago o al incapaz; dificultará el logro de sus objetivos y le obligará a regularizarse (Beveridge al RC sobre Leyes de Pobres, 14 de octubre de 1907: citado en Phillips y Whiteside, cap. 3).

Así, las oficinas de empleo se encargarían de la organización de las demandas de trabajo: sustituyendo el trabajo eventual por empleo fijo, organizando la emigración para el excedente de mano de obra y aislando a los "no aptos" en centros de reclusión (Beveridge, 1906, p. 331). Se pretendió erradicar las causas del subempleo mediante una racionalización del mercado de trabajo a escala nacional para lograr su reconstrucción, una vez eliminados los no aptos; el mercado laboral reconstituido se dividiría entre los que disfrutaban de empleo fijo y los que están dispuestos a tener un trabajo fijo, pero que son excedentes eventuales. Así, la política del Estado crearía a los "desempleados" (Mansfield, 1994).

Beveridge opinaba que, para que tal estrategia funcionara, era preciso imponer el registro de todas las ofertas de empleo y de todos aquellos en busca de trabajo en las recientemente establecidas oficinas de empleo. No era algo políticamente factible para un gobierno liberal que dependía del apoyo de los empresarios industriales, reacios, por lo general, de cualquier intervención del Estado en el mercado laboral. El uso de las oficinas de empleo siguió siendo voluntario. Se desarrolló un programa de seguro de desempleo (el primero en el mundo) para fomentar el registro así como para ayudar a aquellos que estuvieran temporalmente sin empleo y fueran excedentes. Este programa de seguro de desempleo controlado por el Estado ofrecía ayudas patrocinadas por el Estado a cambio de cotizaciones semanales —administradas por las oficinas de empleo (Beveridge, 1909)—. Las prestaciones se perderían en caso de que el beneficiario rechazara un trabajo considerado apropiado de acuerdo a su expediente de estatus y de aptitudes. En cuanto al resto, aquellos cuyo pasado laboral (documentado en su expediente de cotización) no fuera suficientemente estable como para merecer dicha asistencia tampoco merecían pertenecer al "ejército industrial" de Beveridge y, en caso

de resultar despedidos, quedarían abandonados a merced de la misericordia de la ley de pobres. De este modo, las oficinas de empleo y el seguro de desempleo se combinaban para organizar el mercado de trabajo y la clasificación entre los beneficiarios "merecedores" y "no merecedores" de ayuda se realizaba en función de su pasado contributivo de acuerdo, en palabras de Winston Churchill, con la "moral de las matemáticas".

La legislación aprobada en 1908 y 1911 introdujo oficinas de empleo y seguros de desempleo. Sin embargo, en la práctica, la revolución prometida de la política del mercado laboral no llegó a materializarse, en gran parte debido a que, por muy racional que pudiera parecer el enfoque a los profesionales, no resultaba muy atractivo a empresarios y sindicatos (Whiteside, 1993). Para estos, las oficinas de empleo ofrecían a los empresarios recursos para reventar las huelgas y, para los primeros, ofrecían un reclutamiento industrial de dudosa cualificación y/o escasa experiencia, y las cotizaciones a los programas de Seguridad Social Nacional incrementaban los costes industriales. Mientras los incentivos para colaborar con estas novedosas instituciones oficiales seguían siendo voluntarios, estas permanecieron en gran parte ignoradas: el mercado laboral eventual siguió funcionando como lo había hecho hasta entonces. Sin embargo, con el estallido de la Primera Guerra Mundial se ampliaron las competencias de las oficinas de empleo, que pasaron a ser obligatorias; la consiguiente desestabilización industrial forzó la dimisión de Beveridge y sus colegas de la política laboral. Con la creación del Ministerio de Trabajo durante el gobierno de coalición de Lloyd George en 1916 se inició la representación sindical en la política y la exclusión de los científicos sociales "profesionales". El propio Beveridge fue trasladado al Ministerio de la Alimentación y finalmente abandonó la administración pública en 1918 para dedicarse a la vida académica en el London School of Economics.

Las razones por las que la trayectoria profesional de Beveridge constituye un importante punto de partida para el análisis de su último informe se explicarán en la conclusión de este artículo. Sin embargo, hay varios factores que merecen destacarse ya en este punto. La política desarrollada por Beveridge durante sus años de juventud presenta dos rasgos que no desaparecieron a lo largo del tiempo. En primer lugar, el origen de su enfoque se debió menos a su deseo de eliminar la pobreza que a su fuerte necesidad de fomentar la organización y evitar el despilfarro. El empleo intermitente y el eventual dañaban en igual medida a las industrias implicadas y a los hombres que seguían tales pautas; ge-

neraban ineficacia y despilfarro de recursos económicos y de energía y potencial humanos. En segundo lugar, el programa de racionalización y organización del mercado de trabajo adoptado por Beveridge difícilmente puede considerarse como una refutación de la política bismarckiana. Por el contrario, los ejemplos alemanes de organización eficiente ofrecieron a Beveridge un punto de partida para desarrollar sus ideas. Finalmente, hallamos pocos síntomas de incipiente socialdemocracia en sus ideas (y deberíamos recordar que el sufragio universal no se introdujo en Gran Bretaña hasta 1918). Lejos de pretender implicar a la representación sindical (o empresarial) en el proceso administrativo, la solución que plantea Beveridge requería la subordinación del mercado laboral a la supervisión profesional de los funcionarios del Estado, únicamente dedicados a la racionalización siguiendo unas directrices prefijadas. De acuerdo a su perspectiva, todos los trabajadores, y todo trabajo, son intercambiables; el trabajo es móvil y la representación de los trabajadores o de los empresarios en el proceso de gobierno amenaza la parcialidad y provoca la disfunción del sistema. Aunque menos evidente en el informe de 1942, estos rasgos autoritarios siguen marcando la diferencia entre los sistemas de prestación social de Beveridge y de Bismarck hasta hoy.

3. *Hacia el Informe Beveridge: Social Insurance and Allied Services*

Tras su abandono de la función pública al finalizar la Primera Guerra Mundial, Beveridge siguió defendiendo la organización del mercado laboral como medio para mejorar el nivel de vida y fomentar la eficiencia industrial. Esto, argumentaba, se lograría mediante los mecanismos del seguro social encaminados a garantizar la protección social frente al riesgo de la pérdida de ingresos de todos los que cotizaban semanalmente. Su panfleto *Insurance for All and Everything* se publicó en 1924. En esencia, constituye una versión inicial del *Informe Beveridge* de 1942 que no incluye ni los cinco gigantes ni los supuestos que embellecerían la publicación tardía, sobre todo la obligación esencial del Estado de mantener el pleno empleo, sin el cual fracasaría cualquier programa de seguridad social.

Sin embargo, los años de entreguerras no eran un buen momento para fomentar la intervención del Estado y Beveridge, a estas alturas, se desilusionó con respecto a la viabilidad de las soluciones esta-

tales (Harris, 1994). La guerra de 1914-1918 ofreció a los defensores de la racionalización del mercado laboral por parte del Estado la oportunidad de demostrar la validez de su opción. A medida que el excedente de mano de obra, que caracterizaba los mercados laborales de las ciudades en Gran Bretaña durante los años de la preguerra, daba paso a la escasez de la misma durante la guerra, las oficinas de empleo de Beveridge se adaptaron para servir a las necesidades de las fuerzas armadas y la industria armamentística. La ampliación de los poderes normativos sobre el reparto de la mano de obra y el control de la negociación industrial provocó un profundo resentimiento entre los interlocutores sociales, en gran parte porque la administración pública demostró ser ecléctica, impredecible y, a fin de cuentas, profundamente ineficaz. Al terminar la guerra, tanto la industria como el movimiento sindical pretendían gestionar sus propios asuntos: se había generalizado la ampliación de los mecanismos de negociación colectiva que impedían la influencia del Estado. Incluso en Whitehall la noción de "la industria se gobierna desde dentro" resultaba muy atractiva a medida que el gasto público se iba recortando durante la posguerra (Lowe, 1986; Whiteside, 1991). Esta tendencia no favorecía las políticas intervencionistas que promovieran Beveridge y sus colegas antes de la guerra; el panfleto de 1924 tuvo escasa acogida.

También influyó la persistencia de las altas tasas de desempleo. En el invierno de 1920-1921, se superaron las cifras de la posguerra. El número de desempleados registrados en las oficinas de empleo aumentó hasta superar los dos millones, y se mantuvo en un millón hasta 1939. La recesión minó por completo la lógica que apuntalaba las anteriores reformas laborales: lejos de concentrar el trabajo en manos de unos pocos (y eficientes), los gobiernos no tardaron en interesarse en ampliarlo lo más posible. El Unemployment Insurance Fund no tardó en alcanzar el déficit a medida que la demanda de prestaciones excedió los ingresos derivados de las cotizaciones. El gobierno, temeroso de las consecuencias políticas que podría tener retirar el subsidio a los parados de larga duración, tal y como exigía el plan original, optó por "ampliar" los mecanismos de solicitud de prestaciones para cubrir los casos de extrema necesidad (Whiteside, 1994, cap. 4). Se desvaneció la opción de la organización del mercado de trabajo: el Tesoro pasó a ser la única respuesta al problema, y se aplicó una reducción de los costes laborales, para aumentar la competitividad de los productos industriales británicos en los mercados de ultramar. Esta estrategia se tradujo en recortes salariales y avivó una serie de

conflictos industriales a principios de la década de 1920, que culminaron con la huelga general de 1926.

En esta época el propio Beveridge acertó a comprender la dimensión del problema, por lo menos en parte, en términos similares. En su declaración ante la Comisión Real para el Subsidio de Desempleo, creada para rescatar al Fondo de Subsidio de Desempleo de la total bancarrota en 1931, Beveridge apuntó a que la solución al problema del desempleo masivo residía parcialmente en el recorte salarial. Esta opinión se exponía también en su libro de 1930, *Unemployment, a problem of Industry*, en el que deploraba la deformación de la política de preguerra durante la posguerra: "la continuidad del desempleo no puede invalidar el diagnóstico ni las políticas de 1909, ya que dichas políticas no han sido aplicadas", escribió.

El seguro de desempleo, con todos sus mecanismos para reducir las solicitudes de subsidio, se ha transformado en prestación por desempleo. Las oficinas de empleo, tras un inicio esperanzador, se sumieron en una marea de tareas bélicas y subsidios posbélicos [...], su oferta de servicios especiales y para los casos más necesitados de trabajadores eventuales se ha ido al traste. (p. 401).

No obstante, por encima de esto el desempleo masivo característico de la tradicional industria pesada británica del deprimido norte del país exigía sacrificios por parte de los trabajadores si se pretendía restablecer en aquellas zonas los niveles de empleo de los años previos a 1914. Tales sacrificios implicaban:

En primer lugar, con aquellos niveles de rendimiento industrial y salarial, era imposible evitar las altas tasas de desempleo; la exigencia sobre aquellos que desean mantener sus salarios es evidente. Hasta cierto punto, el mejor nivel de vida de los que tienen empleo fijo se obtiene a costa de los desempleados. Los trabajadores y sus líderes tienen la obligación no sólo de eliminar las restricciones sobre el rendimiento y no evitar las opuestas mejoras de la técnica industrial y de la organización, sino de ampliar dichas mejoras todo lo que puedan.

En segundo lugar, hasta el aumento de productividad más rápido puede tener escaso efecto, o ninguno, en el volumen de desempleo si sus mejoras son arrastradas por las demandas salariales. De algún modo, es necesario lograr que el rendimiento alcance al consumo, y esto significa, en el peor de los casos, que durante algún tiempo se impida el aumento general de los salarios (pp. 417-418).

Este enfoque no contribuyó a mejorar la reputación de Beveridge entre las filas del movimiento obrero organizado, desde las que se defendía que la solución para combatir el desempleo residía en la provisión de trabajos financiados por el sector público y no mediante la abolición de prácticas laborales establecidas, como afirmaba Beveridge.

A lo largo de la década de 1930, la postura de Beveridge cambió en dos aspectos fundamentales. En primer lugar, a partir de 1934 volvió a trabajar para el gobierno como presidente del Unemployment Insurance Statutory Committee, de reciente creación, para gestionar el subsidio de desempleo de todos aquellos "con derecho a subsidio" (es decir, parados que hubieran cotizado y pudieran justificar su demanda de prestaciones del Estado). Desde su nuevo puesto, Beveridge llegó a reconocer que en algunos sectores los salarios eran tan bajos que los parados que tuvieran familia numerosa a su cargo obtenían mayores ingresos del Estado. El plan de seguro de desempleo proporcionaba subsidios para niños dependientes; los salarios, no. Este aspecto, o trampa de la pobreza, le convenció de la necesidad de que el Estado ofreciera ayudas universales a los hijos tanto de parados como de trabajadores (llegarían a conocerse como subsidios familiares), ya que así se restablecería el incentivo para que los parados encontraran trabajo (Macnicol, 1978).

Por otra parte, aunque con cierto retraso con respecto a otros reformistas contemporáneos, Beveridge empezó a convencerse de las ventajas de una economía dirigida por el Estado y simpatizó con la teoría económica de J. M. Keynes. Como resultado de todo ello, el problema del desempleo dejó de ser competencia exclusiva de la industria y pasó a ser responsabilidad del Estado. En sus escritos de 1940, al contrario que en los de 1930, esta nueva convicción transformó las ideas inicialmente documentadas en *Insurance for All and Everything* en una política de posguerra factible. En *Full Employment in a Free Society* (1944), volumen que acompaña al *Informe Beveridge*, expuso los mecanismos políticos de regulación de la demanda de trabajo —que incluían un grado mucho mayor de implicación del Estado (mediante la propiedad directa del Estado) que el defendido por Keynes—. En el libro se incluyen argumentos a favor del salario mínimo legal, planes obligatorios de formación, control de los precios, limitación de la libre negociación colectiva y ampliación de la propiedad pública de la tierra, de los servicios fundamentales y, si fuera necesario, de la empresa privada.

Sin embargo, con el inicio de la Segunda Guerra Mundial, esta conversión no fue del todo evidente. Con la creación del gobierno

de coalición bajo el mandato de su anterior jefe, Winston Churchill, Beveridge se dispuso a trabajar desde el Ministerio de Trabajo en los problemas de los trabajadores, como lo hiciera durante la Primera Guerra Mundial. El ministro de Trabajo y Bienestar Nacional, Ernest Bevin, no obstante, tenía otras ideas. Era un antiguo sindicalista que se opuso a la dirección por parte del Estado de la mano de obra durante el anterior conflicto; quería que los controles se llevaran a cabo con la total cooperación del movimiento sindical, y la trayectoria de Beveridge provenía precisamente de lo contrario. Presionó a Beveridge para que presidiera un comité que investigara el modo en que los planes existentes de seguridad social podrían simplificarse y racionalizarse administrativamente. A partir de esta poco estimulante tarea Beveridge idearía su famoso informe.

El problema administrativo de la seguridad social en Gran Bretaña en los años anteriores a 1939 era real. A lo largo de la anterior mitad del siglo se introdujeron diferentes planes de seguridad social financiada por el Estado, cada uno administrado por diferentes departamentos administrativos, que funcionaban de acuerdo a distintas regulaciones y que ofrecían cobertura a diferentes sectores de la población. Beveridge era de las pocas personas que comprendía el funcionamiento de los sistemas existentes y, como quedaba reflejado en su anterior trabajo publicado, de los pocos cuyas convicciones estaban suficientemente afianzadas acerca de las posibilidades de mejora de la situación. Sus informes para el comité⁴ demuestran que había logrado más o menos elaborar un informe final antes de que otros miembros del comité dieran su opinión o presentaran cualquier dato. El informe, publicado justo antes de la importante victoria de los aliados en El Alamein (norte de África) en 1942, fue inicialmente recibido con avidez por parte de un gobierno agradecido que vio en él un medio para elevar la moral de la opinión pública mediante promesas de un mundo mejor. El ministro de Información elaboró una versión abreviada que circuló entre las tropas; finalmente, la publicación de la obra completa, *Social Insurance and Allied Services*, se convertiría en el mayor éxito de ventas entre los documentos gubernamentales del siglo XX en Gran Bretaña. El propio Beveridge, con el apoyo del ministro para la Reconstrucción, intervino en numerosos programas radiofónicos con difusión en el propio país y más allá de sus fronteras y viajó por el extranjero para promocionar sus ideas en un

⁴ Actualmente se encuentran en la British Library of Political and Economic Science en el London School of Economics.

ciclo de conferencias. La edición americana del *Informe Beveridge* vendió 50.000 ejemplares sólo durante los seis primeros meses.

El *Informe Beveridge* parte de tres "supuestos" en relación al desarrollo de la política de la posguerra: principalmente la introducción de subsidios familiares, un Servicio Nacional de Salud (SNS) gratuito para todo aquel que precise atención médica y garantías por parte del Estado para el pleno empleo. Estos supuestos, considerados a menudo como parte fundamental del informe, reflejaban los cambios que ya estaban discutiéndose para la reconstrucción de posguerra. No se los inventó Beveridge. El Tesoro ya estaba planteándose la aplicación de subsidios familiares para frenar las demandas salariales y por tanto la inflación provocada por el conflicto bélico (Macnicol, 1978). El gobierno creó el Emergency Medical Service, que funcionó durante las hostilidades, para atender las bajas civiles, producto de los bombardeos de la Luftwaffe. En 1941, el año anterior a la publicación del Informe Beveridge, la British Medical Association realizó un informe en el que apoyaba la ampliación de un servicio médico, dirigido por el Estado, que funcionara también en tiempos de paz. En el Ministerio de Salud se planteaba seriamente esta posibilidad: en el *White Paper* (Willink Report) de 1944 se abordaba la posibilidad de organizar un Servicio Nacional de Salud dirigido por un gobierno local; el gobierno laborista de la posguerra creó en 1946 un SNS centralizado. Beveridge, aparte de apoyar este principio, influyó muy poco en su forma.

La mayor parte del *Informe Beveridge* está dedicada a la tarea asignada a su autor. El programa múltiple de seguros de salud, desempleo y pensiones debería unificarse y la cobertura ampliarse a la totalidad de la población británica. Igual subsidio de subsistencia para todos a cambio de la misma cotización tripartita. Dado que las cotizaciones del cabeza de familia cubrían a sus mujeres e hijos, el nuevo plan podría garantizar subsidios de subsistencia "desde la cuna hasta la tumba" para situaciones en las que hubiera una interrupción en la recepción de ingresos. Ello implicaría, como Beveridge se jactaba, la abolición de las investigaciones de recursos familiares: promesa que aumentaría considerablemente la popularidad de su informe. Dichas investigaciones, reminiscencias del siglo XIX, eran obligatorias para los beneficiarios parados de larga duración⁵ durante la década de 1930.

⁵ Se trataba de parados que hubieran aportado menos de 15 cotizaciones semanales al plan de seguro de desempleo en los dos años anteriores. En las industrias en crisis —astilleros, ingeniería y minería del carbón fundamentalmente— los respa-

La promesa de garantizar su total desaparición y reemplazarlas por ayudas "por derecho" fue recibida con entusiasmo por el movimiento obrero. No obstante, haciendo retrospectión, es importante entender que "el subsidio por derecho" no puede traducirse en un sistema financiado por los impuestos. Por el contrario, como Beveridge aclaró explícitamente, sólo tenían derecho a las ayudas aquellas familias que hubieran cotizado:

Atajar la pobreza significa ni más ni menos que lo que se propone en mi informe sobre *Social Insurance and Allied Services* para garantizar a todos, a condición de que se trabaje y cotice mientras se pueda, suficientes ingresos para garantizar su subsistencia y la de su familia cuando, por cualquier razón, ya sea enfermedad, accidente, ancianidad o desempleo, no se pueda trabajar (la cursiva es mía; Beveridge, 1941, pp. 21-22).

En otras palabras, la relación entre lo cotizado y el derecho a subsidios era sagrada, aunque en la versión británica de la seguridad social (al contrario que en la alemana) no media ninguno de los dos aspectos de acuerdo a la cantidad de ingresos percibidos. El modelo de seguridad social de Beveridge, universal, unificado y uniforme, parece algo injusto retrospectivamente: implica la imposición de una tributación regresiva que penalizaba a los que tenían menos ingresos y no ofrecía absolutamente nada a aquellos permanentemente incapacitados para trabajar (por incapacidad mental o física).

El sistema de cotización a la seguridad social, por muy unificado que estuviera, seguía dependiendo, como lo había hecho hasta entonces, de la creación de pleno, o casi pleno, empleo. De lo contrario, los beneficiarios, privados de toda oportunidad de trabajar, no tendrían los recursos para obtener las cotizaciones que garantizarían su derecho a las prestaciones. No obstante, lo cual quizá pueda resultar sorprendente, la principal publicación de Beveridge sobre el tema, *Full employment in a free society*, 1944, tuvo una acogida mucho menor que su anterior informe. Este libro invirtió los supuestos que el autor defendiera durante los años del periodo de entreguerras sobre los beneficios derivados de la intervención del Estado: ahora la capacidad

bles trabajadores cualificados habían descubierto que, a medida que la crisis económica se hacía notar y se disparaba el desempleo, recibían igual trato que un vagabundo o mendigo cualquiera. Las investigaciones se imponían a familias enteras, por lo que a un parado se le podía negar el subsidio si alguno de sus hijos —o un huésped incluso— recibía algún tipo de ingreso. El malestar que generaba esta medida queda bien reflejado en la bibliografía de la época (por ejemplo, Greenwood, 1934).

de gestión del gobierno era mucho mayor. El pleno empleo se garantizaba mediante la planificación y la intervención directa del Estado como y cuando fuera necesario, en caso de demanda deficiente. Además, la vieja tarea atribuida al gobierno de garantizar la organización del mercado de trabajo siguió vigente:

El desempleo surge en tiempos de paz por tres razones: a raíz de una situación crónica o recurrente de demanda total deficiente de productos industriales; a causa de una mala gestión de la demanda; por un *fracaso en la organización del mercado de trabajo* [...]. Es preciso atacar el paro desde tres flancos para mantener un nivel de demanda adecuado en todo momento, redireccionar la demanda y *organizar el mercado de trabajo* (la cursiva es mía; Beveridge, 1944b, p. 18)

El colectivismo centralizado albergaba implícitamente un componente de disciplina: aquellos que no tuvieran trabajo durante un periodo de tiempo prolongado no podrían, en condiciones de pleno empleo, depender indefinidamente del subsidio, sino que deberían someterse a formación continua obligatoria.

El vínculo entre los derechos del ciudadano a recibir ayudas del Estado en caso de interrupción de sus ingresos y el concepto aún en boga de ciudadano entendido como trabajador y, por tanto, como contribuyente a la protección social colectiva era firme.

Esta construcción social de la ciudadanía pasa desapercibida a aquellos que malinterpretan el apoyo de Beveridge a las prestaciones universales por derecho sin que el que se beneficie de ellas tenga obligación alguna. Por el contrario, la visión cívica de Beveridge durante los años cuarenta avivó —y expandió— su anterior opinión sobre las ventajas derivadas de una gestión y control centralizados por parte del Estado. No obstante, si bien en su juventud aceptaba de buen grado que la libre empresa dirigiera la economía (limitando la intervención del Estado a la reforma de los mercados laborales), ahora defendía una serie de políticas a través de las cuales el gobierno podría influir en la producción y en los niveles de la demanda. Ello afectaba a ambas partes del sector industrial. El pleno empleo evitaría la necesidad de que los sindicatos tuvieran que defender prácticas desfasadas para proteger los puestos de trabajo; en una economía planificada, se eliminarían las fuentes de pérdida de trabajo y se redireccionaría a los hombres desde los sectores de la industria en declive a otros en expansión. Es decir, desde este enfoque se reducía el espacio para la democracia industrial, ya que se confería autoridad a la burocracia centralizada.

Lo cierto es que, para ser sinceros, el Plan Beveridge no excluía a todos los agentes, salvo al Estado, como proveedores de ayuda colectiva. Beveridge era un viejo admirador de las sociedades de socorros mutuos y de los sindicatos que ofrecían prestaciones a sus afiliados, y defendía que el Estado debería limitarse a garantizar la subsistencia y el bienestar social. Por lo tanto, aceptaba el ahorro privado y la posibilidad de autoayuda colectiva para elevar el nivel de vida de los trabajadores por encima de esta línea de pobreza (Beveridge, 1948). En este sentido, su pasado victoriano superó su conversión hacia la defensa de la planificación por parte del Estado centralizado, ya que abogaba por la ayuda mutua como una de las mayores virtudes cívicas a impulsar. El fuerte vínculo entre el trabajo y la protección social se fundó en Gran Bretaña a través de aquellas sociedades e incluso si ahora el gobierno pretendía coordinar su propio sistema de garantía de acceso para todos, sobraban razones para defender la provisión voluntaria de prestaciones básicas por parte del Estado.

El apoyo incondicional del Partido Laborista al *Informe Beveridge* —y la reticencia de Winston Churchill a comprometer al gobierno (y a los conservadores) en un programa aparentemente muy costoso en medio de una guerra que estaba resultando muy cara— garantizaba una abrumadora victoria laborista en las elecciones de 1945 (Addison, 1975). Tras la victoria, se desarrolló la legislación para aplicar las medidas de Beveridge. Ya se habían emprendido dos de los tres “supuestos”: la legislación para introducir subsidios familiares se aprobó en 1945, y en esa misma fecha se publicó un *White Paper* oficial sobre pleno empleo poco antes de que se publicara el libro de Beveridge sobre el tema. Se puso en marcha el establecimiento de un Servicio Nacional de Salud y se aprobó en 1946 una nueva legislación para introducir el primer (y cabría decir, el único) plan de seguro social de Beveridge. No obstante, no todo resultó ser como Beveridge lo había planeado en un principio. En primer lugar, el Tesoro rechazó aprobar la inclusión de indemnizaciones por separación basadas en la cotización de seguros, para las mujeres abandonadas o divorciadas (como Beveridge hubiera deseado), basándose en que tales medidas alentarían a los maridos a abandonar a sus familias. En segundo lugar, y aún más significativo, la cuestión de las pensiones de la tercera edad provocó polémica.

Las pensiones contributivas se aplicaron por primera vez en 1925, para complementar las pensiones basadas en los impuestos que creara Lloyd George en 1908. Dado que ambas eran escasas, durante la década de 1930 los ancianos sin recursos se vieron obligados a comple-

tar sus pensiones mediante un auxilio local que dependía de los resultados de las investigaciones de los recursos: sistema que sería sustituido por la asistencia nacional durante la guerra, cuando los niveles de inflación empeoraron aún más la situación de las pensiones. Aunque Beveridge recomendó que sus nuevas pensiones de subsistencia se aplicaran paulatinamente en un periodo de diez años, al gobierno laborista le resultó muy difícil no alterar la situación de los pensionistas. De igual modo, la futura diferenciación entre pensionistas “nuevos” y “existentes” sería difícil de mantener. Para resolver estos problemas, el gobierno decidió introducir inmediatamente las nuevas pensiones y, ante la insistencia del Tesoro, reducirlas para impedir que la carga sobre el nuevo fondo no provocara un déficit inmediato. Por tanto, en un principio se abandonó la aplicación de la pensión de subsistencia (Macnicol, 1994); los pensionistas sin recursos continuaron viéndose obligados a solicitar pagas complementarias basadas en los resultados de las investigaciones de recursos del National Assistance Board.

De modo que nunca llegaría a aplicarse una de las promesas de Beveridge con mayor acogida: la abolición de las investigaciones de recursos. El National Assistance Board, creado en 1948 para reemplazar la mirada de autoridades locales que, antes del estallido de la guerra, ofrecían asistencia a los indigentes previa comprobación de sus recursos, originariamente fue ideado por Beveridge para asistir a un remanente muy reducido de casos.

Aunque los niveles de pobreza se redujeron drásticamente tras el conflicto bélico, la labor del National Assistance Board seguía siendo fundamental. En 1948, 500.000 pensionistas seguían solicitando aquel tipo de ayudas y, a principios de la década de 1950, la cifra aumentó el doble. En 1960, las investigaciones desarrolladas en el London School of Economics revelaron la existencia de altos niveles de pobreza entre la tercera edad; muchos ancianos eran demasiado orgullosos como para solicitar la ayuda del NAB y someterse a las indignas pruebas de comprobación de recursos (Able Smith y Townsend, 1961). Ante la ausencia de índices de seguros y ante el envejecimiento de la población, las cifras de pobreza continuaron en ascenso: actualmente la Seguridad Social del Estado en Gran Bretaña depende abrumadoramente de las investigaciones de medios económicos. Nos vemos obligados a concluir que la huella que dejaron las leyes de pobres en la política social británica del siglo XIX fue mucho más profunda que la del *Informe Beveridge*.

4. Conclusiones

La evolución del pensamiento de Beveridge nos permite apreciar su enfoque del bienestar social desde otra perspectiva. De lo anteriormente expuesto se deduce que sus puntos de vista acerca de la función del gobierno como garante del bienestar de todos los ciudadanos cambiaron radicalmente a lo largo de su vida profesional. En un principio, estaba convencido de que el poder del Estado para lograr la mejora social le permitiría construir un mercado laboral liberal, ideal, sin alterar en exceso las relaciones de mercado. Las oficinas de empleo y los subsidios de desempleo permitirían la racionalización centralizada de la oferta y la demanda de trabajo, y se eliminaría una fuente fundamental de ineficacia industrial, de degeneración humana y de despilfarro económico. Tras la Primera Guerra Mundial, se meromó su fe en los méritos de la intervención del Estado. Ante la ausencia de mecanismos de regulación de los precios, los salarios y la productividad, el desempleo generalizado permanecería y acabaría por minar la eficiencia de sus primeras propuestas para evitar las disfunciones del mercado laboral. Su fe en el poder del Estado se restableció en las etapas finales de su producción literaria, durante el periodo en que escribió el *Informe*. Apoyaba la planificación del Estado y la ampliación de la regulación y el control centrales, como y cuando fuera necesario para garantizar el crecimiento económico y el pleno empleo, sin el cual su querido sistema universal de seguridad social estaría condenado al fracaso (Harris, 1994).

Aunque su opinión sobre el ámbito de responsabilidad del Estado parece haber variado considerablemente, no obstante, existe una cierta continuidad en las ideas que apuntalan su obra y que siguen siendo fundamentales a la hora de interpretar adecuadamente el *Informe Beveridge*. En primer y primordial lugar, al contrario que la mayoría de los estudiosos de la política social, se interesó menos por la pobreza como tal que en el funcionamiento del mercado de trabajo —como medio para promover un grado de prosperidad generalizada y garantizar el sustento de toda la población—. En un mercado de trabajo debidamente organizado, desaparecerían el desempleo y la mano de obra eventual y se ampliaría la regularidad de ingresos mediante planes colectivos de seguridad social para garantizar la subsistencia de todos durante toda su vida. Beveridge estableció un vínculo indisoluble entre ciudadanos y trabajadores. Odiaba las investigaciones de medios económicos tanto como cualquier trabaja-

dor, pero por diferentes motivos: para Beveridge estas formas de asistencia tan “dirigidas” minaban el incentivo de la independencia y “desmoralizaban” a sus beneficiarios. En términos más modernos, tales prácticas fomentaban la dependencia social. Por el contrario, la seguridad social recompensaba la regularidad de empleo y ofrecía incentivos a los beneficiarios. Las prestaciones que Beveridge proponía ofrecían asistencia durante los periodos de “interrupción” de los ingresos, pero no eran sustitutivas de ellos. Su fe en la racionalidad económica del hombre apuntalaba sus ideas: el hombre actuaría correctamente si se le ofrecieran los debidos incentivos económicos. Ello implicaba que el ciudadano debía trabajar con regularidad y el deber del Estado era garantizar la recompensa de su conducta. Este concepto de ciudadanía social es sustancialmente distinto al que se le atribuye comúnmente, según el cual el informe ofrecía asistencia por derecho a todo el que la precisara.

Por otra parte, y no menos importante, a Beveridge no le interesaba en absoluto promover la socialdemocracia. Al contrario que el plan bismarckiano de seguridad social restablecido en Alemania tras la Segunda Guerra Mundial, el enfoque de Beveridge jamás incluyó la representación de los asegurados en la administración de su plan. Por el contrario, cabe deducir de su fe en la imparcialidad del Estado que, para él, la centralización burocrática tenía ventajas. El funcionario público, sin intereses propios en los conflictos industriales, podía actuar con imparcialidad en beneficio de todos. A lo largo de su trayectoria, como se extrae de lo anteriormente expuesto, sus ideas chocaban intermitentemente con los principios de la democracia industrial y con el derecho a la libre negociación colectiva que constituía la base de partida del movimiento sindical británico. Aunque el TUC acogió con entusiasmo la mayor parte del *Informe Beveridge*, la actitud de los líderes sindicales hacia él y sus colegas durante la Primera Guerra Mundial debe tenerse presente —y siguió vigente en la aceptación de Bevin de su solicitud para trabajar para el gobierno en 1940—. Para Beveridge, las cotizaciones reunidas en beneficio de la mano de obra industrial no eran propiedad de los trabajadores, sino que constituían un medio para que el gobierno gestionara el mercado laboral y reformara los “malos” (es decir, irregulares) hábitos de trabajo. Si se comparan los sistemas de seguridad social bismarckiano y de Beveridge desde esta perspectiva, resulta sorprendente la naturaleza más descentralizadora y democrática del primero frente al segundo. Para comprender la lógica que subyace a la evolución de la seguridad social alemana sería pre-

ciso desarrollar otro artículo. Aun así, parece obvio que el imperativo organizacional implícito en cualquier modelo de seguridad social era bastante más burocrático y centralizado en la versión británica que en cualquier otra de las interpretaciones desarrolladas en el continente europeo.

Este contraste apunta a un enigma final que plantea el enfoque más conocido de los planteamientos de Beveridge y de los sistemas de prestaciones sociales que promoviera. Indica que las ideas aparentemente "liberales" sobre las que el autor basó sus escritos no incluían principio socialdemócrata alguno. Es un modelo mucho más autoritario que los continentales. Para Beveridge la planificación económica se basa en que la centralización de los poderes adoptada por el gobierno como medida de emergencia durante el conflicto bélico debe mantenerse también en tiempo de paz. Hoy en día sabemos que esta perspectiva algo estalinista, que refleja el momento histórico en el que Beveridge trabajó en sus escritos, jamás podría adoptarse a largo plazo. Aquellos controles tolerados con el fin de obtener la victoria se desmantelaron en el periodo de posguerra y con ellos el fundamento de los conceptos de Beveridge sobre la necesidad de una planificación económica para garantizar el pleno empleo y, por tanto, hacer viable su plan de seguridad social. Una vez separado de sus fundamentos, dicho régimen de bienestar social se desmorona: cabe afirmar que ello contribuye a explicar por qué se ha quedado en mera ilusión en el mundo de la posguerra.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Able Smith, B. y Townsend, P. (1961), *The Poor and the Poorest*, Londres.
 Addison, P. (1975), *The Road to 1945*, Londres, Cape.
 Barnett, C. (1986), *The Audit of War*, Londres, Macmillan.
 Beveridge, W. H. (1906), «The Problem of the Unemployed», *Sociological Papers*, vol. 3.
 Beveridge, W. H. (1909 y 1930), *Unemployment, a Problem of Industry*, Londres, Longmans.
 — (1942), *Social Insurance and Allied Services*, Cmd 6404/1942, Londres, HMSO [Seguro social y servicios afines. Informe de Lord Beveridge, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1989, 538 pp.].

- (1944), *Full Employment in a Free Society*, Londres, Allen and Unwin [Pleno empleo en una sociedad libre. Informe de Lord Beveridge II, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1988, 491 pp.].
 — (1944b), *Full Employment in a Free Society: a summary*, Londres.
 — (1948), *Voluntary Action*, Londres, Allen and Unwin.
 Esping-Andersen, G. (1990), *Three Worlds of Welfare Capitalism*, Londres, Polity.
 Harris, J. (1977), *William Beveridge, a Biography*, Oxford, OUP.
 — (1994), «Beveridge's social and political thought», en J. Hills, J. Ditch y H. Glennerster (eds.) (1994), *Beveridge and Social Security: an international retrospective*, Oxford, Clarendon Press.
 Lowe, R. (1985), *Adjusting to Democracy*, Oxford, OUP.
 Macnicol, J. (1980), *The Movement for Family Allowances, 1918-45*, Londres, Heinemann.
 Macnicol, J. (1994), «Beveridge and old age», en Hills *et al.*, *Beveridge and Social...*, Oxford, Clarendon Press, 1994.
 Mansfield, M. (1994), «Naissance d'une definition institutionnelle du chômage», en M. Mansfield, R. Salais y N. Whiteside (dirs.), *Aux sources du chômage, 1880-1914*, París, Belin.
 Phillips, G. y Whiteside, N. (1985), *Casual Labour*, Oxford, OUP.
 Whiteside, N. (1991), «Concession, coercion or co-operation? State policy and industrial unrest in Britain, 1916-20», *Estratto da 'Annali' della Fondazione Giangiacomo Feltrinelli, 1990/1*.
 Whiteside, N. (1993), «The Revolution that Failed», *Annuario per la Storia Administrativa Europea*, núm. 5.
 Whiteside, N. (1994), *Bad Times: unemployment in British social and political history*, Londres, Faber and Faber.
 Williams, K. y Williams, J. (eds.) (1987), *A Beveridge Reader*, Londres, Allen and Unwin.

El telemarketing en España: materiales para una cartografía del mundo del trabajo contemporáneo

Ángel Luis Lara Rodríguez *

El fenómeno del telemarketing ha conocido un desarrollo espectacular en los últimos años. En nuestro país, las empresas especializadas del sector se han multiplicado en poco tiempo, disparando a la vez su volumen de negocio y su importancia en el ámbito de los servicios a empresas. Prueba de ello es que en nuestros días ya son cerca de cincuenta mil las personas que se encuentran empleadas en el telemarketing, de las cuales casi la mitad lo hacen en centros de trabajo que están localizados en la Comunidad Autónoma de Madrid. Solamente durante el año 2001 las empresas del sector facturaron más de novecientos millones de euros, aumentando un 30% en relación al ejercicio anterior.

Esta importante evolución como sector económico ha sido posible gracias a un entorno absolutamente favorable al desarrollo del fenómeno del telemarketing. Por un lado, porque el avance tecnológico centrado en las telecomunicaciones experimentado en las últimas décadas ha hecho posible una rápida evolución en materia de infraestructuras y de servicios. Por otro lado, porque la reestructuración de los sistemas productivos y de las relaciones laborales que hemos conocido en los últimos veinte años ha impulsado un decidido desarro-

* Departamento de Sociología III (Estructura Social), Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, Campus de Somosaguas, 28223 Madrid. Correo electrónico: ruso@ladinamo.org.

Resumen. «William Beveridge en perspectiva histórica. Una reinterpretación del Informe Beveridge»

La literatura que documenta el crecimiento del Estado del bienestar desde la Segunda Guerra Mundial distingue normalmente los sistemas de apoyo social bismarckianos de los "beveridgeanos". Los primeros ofrecen esquemas basados en el seguro administrados por los interlocutores sociales, mientras que el último se acepta generalmente que ofrece beneficios basados en los impuestos a todos los ciudadanos. Este artículo toma la interpretación de Beveridge como tarea. Por el examen de los cimientos de sus ideas sobre política social se demuestra: en primer lugar, que su plan debe más a Bismarck y los principios de la seguridad social de lo que normalmente se asume y que, en segundo lugar, la estructura administrativa de sus propuestas era menos democrática que la de la alternativa bismarckiana. En primer lugar, Beveridge siempre asoció los derechos a los beneficios estatales con las contribuciones de la seguridad social y, por tanto, con la participación en el mercado de trabajo. En segundo lugar, su visión no contaba con la importancia de la representación de los trabajadores en la administración del proceso a favor de burocracias centralizadas que ofrecían uniformidad "imparcial" y economías de escala. El artículo concluye que su bastante fechado, supercentralizado, plan no fue nunca totalmente adoptado en el Estado británico del bienestar, y sugiere que eso no fue una mala cosa.

Abstract. «Re-reading the Beveridge Report: William Beveridge in Historical Perspective»

The literature documenting the growth of state welfare since the Second World War, commonly differentiates Bismarckean from Beveridgean systems of social support. The former offer insurance-based schemes administered by the social partners, while the latter are widely assumed to offer tax-funded benefits to all citizens. This paper takes this interpretation of Beveridge to task. By examining the foundations of his social policy ideas, it demonstrates: first, that his Plan owed more to Bismarck and social insurance principles than often assumed and that, second, the administrative structure of his proposals was less democratic than the Bismarckean alternative. In the first place, Beveridge always associated rights to state benefits with social insurance contributions — and thus labour market participation. Second, his vision discounted the importance of worker representation in the administrative process in favour of centralised bureaucracies rather dated, over-centralised, plan was never fully adopted in the British welfare state and suggests that this was probably no bad thing.

llo acorde con las estrategias y las políticas empresariales. Esto es así porque el telemarketing posee un carácter dual que se relaciona directamente tanto con la revolución de las telecomunicaciones y el consiguiente desarrollo de la denominada sociedad de la información (Castells, 1997) como con las mutaciones observadas en los sistemas productivos y la profunda redefinición de las relaciones laborales acontecida en las dos últimas décadas.

En este sentido, la categoría de telemarketing da cuenta de una actividad productiva centrada en el desarrollo del marketing directo y la atención a los clientes a través del uso de las nuevas tecnologías de la comunicación y, al mismo tiempo, de una de las estrategias empresariales más importantes para la reestructuración de la organización del proceso productivo y de la empresa. Se trata de una herramienta que como actividad permite la gestión de la circulación de informaciones desde/hacia un mercado sujeto a imprevisibles alteraciones y como sector de empresas posibilita una externalización y flexibilización gerencial de enormes segmentos productivos que contribuye a la rápida adaptabilidad a las fluctuaciones en la demanda y a los movimientos en el mercado. De esta manera, el telemarketing es un elemento que se inscribe no sólo en la redefinición general de un proceso productivo que incluye completamente la comunicación en su seno y que experimenta una radical inversión de su relación clásica con el mercado (Marazzi, 1999), sino también en las importantes mutaciones que desde hace dos décadas están afectando considerablemente al desarrollo de las propias relaciones laborales.

Desde el punto de vista del trabajo, el proceso productivo propio del telemarketing pone de manifiesto la tendencia contemporánea a la inmaterialización de los contenidos de la actividad y a la generalización de la relación de servicio en y entre las empresas (Lazzarato, 1997). Desde el punto de vista del empleo, el sector de empresas de telemarketing hace evidente la hegemonía del carácter temporal de la contratación, así como de un proceso de intensificación de la empleabilidad de los trabajadores (Bilbao, 1999a).

El crecimiento del volumen de negocio, así como el desarrollo y la significación del sector del telemarketing, está directamente relacionado con el cambio de ciclo económico operado durante los años setenta y que se consolidó a lo largo de la década de los ochenta. Los años setenta fueron testigos de una disminución de la tasa de crecimiento de la productividad industrial, de una considerable inestabilidad de los mercados monetarios y financieros que se extendió a los mercados de materias primas, así como de una disminución de la tasa

de acumulación de los principales países que provocó la transición de un esquema macroeconómico keynesiano y un orden técnico-institucional rígido (*fordista*) al nuevo paradigma socioeconómico hoy dominante de corte neoliberal y basado en la idea de un modelo de acumulación flexible (*postfordista*) (Bologna y Fumagalli, 1997).

En este nuevo contexto, las empresas desarrollan un intenso proceso de reducción de unos costes del trabajo considerados "excesivos" en una realidad siempre más global y mundializada caracterizada por la presión de la competencia internacional. Expresiones anglosajonas como *lean production*, *outsourcing* o *just in time* son continuamente empleadas para hacer referencia a una reducción generalizada de costes a través de la externalización de enteros segmentos productivos mediante la subcontratación de servicios, una producción volcada sobre la demanda que para evitar la acumulación de reservas excesivas organiza el trabajo interno del modo más flexible posible y, en general, una importante mutación en la estructura de unas empresas que en nuestros días se organizan con técnicas y tecnologías renovadas para hacer frente a las oscilaciones del mercado y a los requerimientos de los consumidores. En este sentido, los discursos del *management* contemporáneo se mueven sistemáticamente en los mismos parámetros: si en el pasado los tiempos y modos de producción estaban férreamente programados, en nuestros días todo es mucho menos programable y continuamente las empresas deben aferrarse a las ocasiones que el mercado ofrece y que no pueden dejarse escapar porque, en un periodo de fuerte competencia y de saturación de los mercados como el actual, la más mínima variación de la demanda puede resultar fatal.

Desde este punto de vista, resulta evidente que cualquier aproximación al fuerte desarrollo experimentado por el sector del telemarketing en los últimos años debe considerar su relación directa con el contexto que habita. En este sentido, la significación del fenómeno del telemarketing es dual:

1. Como herramienta para el tratamiento de la información y la comunicación con el mercado. Más que afianzar el dominio de la cuna de su producto, la empresa actual se plantea una estrategia de control de la desembocadura del proceso productivo, es decir, se vuelve hacia la venta y la relación con el consumidor. Esta estrategia se basa en la producción y consumo de información, movilizand o importantes dinámicas de comunicación y marketing para la recogida de información (conocimiento de las tendencias de la demanda) y su circulación

(construcción de un mercado) (Lazzarato, 1997). Producir significa "respirar con el mercado", responder a la demanda y no hacerla depender de la oferta de mercancías. Este vuelco en la relación entre demanda y oferta explica la entrada de la comunicación en los procesos directamente productivos: la cadena productiva se ha convertido de hecho en una cadena lingüística, en una conexión semántica en la que la comunicación ha devenido una materia prima y un instrumento de trabajo en la misma medida que lo hizo en su día la energía eléctrica (Marazzi, 2002).

2. *Como instrumento para la externalización y flexibilización empresarial de determinados segmentos de la producción.* El movimiento anterior señala la existencia de una fuerte competitividad provocada por la centralidad absoluta del mercado y del control tendencial sobre los movimientos de la demanda. Para afrontar esta situación el empresario requiere de la constitución de un tejido productivo reticular que haga posible la delegación de numerosas tareas periféricas mediante la subcontratación de servicios, así como de una flexibilidad constante de las condiciones de trabajo que permita tanto un abaratamiento del precio de la fuerza de trabajo como una plena adaptabilidad y una inmediata capacidad de reacción ante las oscilaciones y variaciones en el comportamiento de la demanda. En este sentido, el sector del telemarketing posibilita el despliegue de un proceso de "liofilización organizativa" que se desarrolla en torno a la descentralización productiva, la división del trabajo entre empresas y el desarrollo de redes de comunicación mediante soportes telemáticos que se acompaña de una fuerte precarización de las condiciones de trabajo y un deterioro manifiesto de las relaciones laborales (Castillo, 1994).

El sector del telemarketing constituye un elemento estratégico interesante en el proceso generalizado de flexibilización y externalización de actividades que caracteriza las políticas empresariales hegemónicas en nuestros días, ofreciendo a las distintas empresas que contratan sus servicios las infraestructuras y la gestión necesaria para el desarrollo de dicho proceso. Desde el punto de vista del empresario, el telemarketing posee una doble dimensión estratégica: por un lado, es usado como medio para flexibilizar y externalizar actividades a través de la subcontratación de servicios a las empresas del sector; por otro lado, en torno a esa política generalizada de flexibilización y externalización de actividades el propio telemarketing emerge como sector económico que se nutre de la venta de infraestructuras y servi-

cios para la realización de dicha política empresarial. De esta manera, constituye un medio y un fin al mismo tiempo, es un vehículo para los negocios y también un negocio en sí mismo.

La breve radiografía del sector de empresas de telemarketing que se propone a través de este artículo parte del hecho de que este sector no posee una especificidad real en relación a otros sectores productivos, sino que constituye una ventana por la que asomarse a la realidad global de las relaciones laborales y de las condiciones de trabajo generales. El potencial valor que pueda tener esta mínima aproximación al sector del telemarketing reside precisamente en su carácter de acercamiento concreto a una situación concreta, en su naturaleza de investigación directa que puede permitir la construcción de una cartografía de la realidad laboral realmente existente en nuestros días (Castillo, 1988, 1994 y 2003¹). Por tanto, entender el telemarketing como una ventana al campo general de las condiciones de trabajo actuales, de las políticas y discursos empresariales hegemónicos en nuestros días, de la acción sindical y de la conflictividad que atraviesa el mundo del trabajo contemporáneo es el propósito de este artículo.

Es obvio que tanto una descripción de las características fundamentales del proceso de trabajo como de las relaciones laborales en el interior de las empresas del sector del telemarketing debe comunicarse con el contexto económico, social y político que las hace posibles, fundamentalmente porque la relación entre empleadores y trabajadores encadena temporalidades y ciclos que desbordan absolutamente el ámbito de la empresa, implicando con su movimiento

¹ Una de las experiencias de estudio más interesantes a la hora de abordar el acercamiento concreto a las situaciones concretas de trabajo a través de la investigación directa es el Proyecto TRABIN, financiado durante el periodo 2001-2003 por el Plan Nacional de Investigación Científica, Desarrollo e Innovación Tecnológica del Ministerio de Ciencia y Tecnología. "La propuesta fundamental de este programa de investigación es la de hacer frente, a través de la investigación sobre el terreno y bajo una mirada sociológica, a la reciente trivialización del discurso sobre la desaparición del trabajo, iluminando, por el contrario, lo que creemos que son procesos de ocultación del trabajo que sostienen la posibilidad de tales argumentos" [J. J. Castillo, P. López Calle y A. Lahera Sánchez: «El trabajo invisible en España: una evaluación y valoración del trabajo realmente existente, de su condición, problemas y esperanzas (Proyecto TRABIN)», en Castillo, 2003]. A través de estudios concretos de caso el Proyecto TRABIN se ha propuesto, entre otras cosas, identificar y observar las nuevas formas de actividad laboral, conocer los caracteres de las nuevas formas cambiantes del trabajo, evaluar las transformaciones que este está experimentando y conocer los posibles reversos complementarios de las innovaciones organizativas, tecnológicas y empresariales de las políticas de reestructuración industrial.

al conjunto de lo social. De igual modo, es evidente que el trabajo es una forma de mediación absolutamente social que afecta al conjunto de las relaciones sociales y que las relaciones de empleo operan sobre categorías sociales cuya definición se configura en el espacio social extralaboral. En este sentido, se podría decir que comprender la realidad laboral existente en el ámbito de las empresas de telemarketing debe pasar necesariamente por una referencia a las formas de la determinación social de los estatutos obreros, así como a la regulación-socialización estatal de los empleos y los mercados laborales (García López, 2001). No obstante, el presente artículo propone una mirada únicamente sobre la realidad en el mero ámbito de las empresas, consciente de su carácter incompleto a la hora de dibujar el mapa complejo del sector del telemarketing, pero también del valor fenomenológico que poseen las miradas sobre los procesos y los centros de trabajo a la hora de hacer tangibles las transformaciones actuales del mundo del trabajo y de las relaciones laborales, así como para relatar las traducciones vivenciales de los discursos empresariales y sindicales contemporáneos en el interior de las empresas.

Cabe señalar que este artículo está elaborado con materiales que forman parte de un trabajo de investigación más extenso y completo sobre el sector del telemarketing en la Comunidad Autónoma de Madrid desarrollado durante el año 2002². En él se aborda un análisis complejo del fenómeno del telemarketing: la naturaleza, la genealogía y el desarrollo del sector, la conflictividad y las condiciones de trabajo en las empresas, las particularidades y el carácter de los procesos productivos, las características de la fuerza de trabajo y sus procesos de subjetivación. Dicha investigación se inscribe en un proyecto de tesis doctoral en curso que se propone un análisis de los procesos contemporáneos de precarización, invisibilización e inmaterialización del trabajo. Al mismo tiempo, tiene por objeto abordar una aproximación al contexto en el que se desarrollan dichos procesos, fundamentalmente en lo referente a la transformación de los mercados de trabajo, las relaciones laborales y la organización del trabajo acontecida en las dos últimas décadas, así como a las particulari-

² Los resultados de dicha investigación se recogen en el informe *Estudio del sector del telemarketing en la Comunidad de Madrid: una mirada a las transformaciones en las relaciones salariales, la organización del trabajo y las relaciones laborales a través del telemarketing*. Premio de investigación de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la UCM en el año 2002. Actualmente en fase de publicación como documento de trabajo del Departamento de Sociología III (Estructura Social) de dicha facultad.

dades y la composición de la nueva fuerza de trabajo precaria tendencialmente hegemónica en nuestros días.

Estrategias gerenciales y condiciones de trabajo en el sector

Existe un consenso generalizado en torno a la idea de que las nuevas tecnologías de la comunicación han jugado un papel central en la reestructuración generalizada de las empresas y los procesos productivos desatada en las dos últimas décadas. Parece como si las nuevas tecnologías hubieran acudido al auxilio de un empresariado necesitado de herramientas no sólo políticas e ideológicas, sino también técnicas, para el desarrollo de una intensa redefinición de las estrategias gerenciales y de los procesos de producción. En cierta medida estas han sido el elemento que ha posibilitado técnicamente la entrada de la comunicación en la producción, permitiendo una estructuración flexible del proceso productivo y un cambio de dirección en la relación entre producción y consumo. El pasaje de una producción programable a una producción cada vez más dependiente de los movimientos imprevisibles del mercado ha sido posible gracias a este soporte infraestructural de las nuevas tecnologías de la comunicación.

No obstante, la llamada "revolución tecnológica" no ha sido la causa de las mutaciones en los paradigmas productivos, tampoco de la reestructuración de la organización de las empresas. Su papel ha sido el de posibilitar e impulsar los cambios, no el de situarse como principio constitutivo de los mismos, como en no pocas ocasiones apuntan interesadamente los discursos gerenciales. En realidad, el empresariado ha tenido que cambiar de partitura para adaptarse a las transformaciones que le ha ido imponiendo una economía cada vez más globalizada y un contexto de competencia que exigía una capacidad cada vez más rápida de reacción frente a las transformaciones, tanto en su propio entorno de competencia como en los variables comportamientos de la demanda. El medio ambiente de estas mutaciones ha sido el amplio proceso de reestructuración de las relaciones sociales que se ha consolidado en los últimos años y el desarrollo de una nueva racionalidad económica que, a través de una política monetaria activa y una fuerte flexibilización de los mercados laborales, ha supeditado toda lógica a la secuencia contemporánea que vincula la actualización a la baja de los costes salariales con el aumento del beneficio empresarial.

Sin embargo, las nuevas tecnologías de la comunicación se han convertido en la herramienta perfecta del discurso empresarial para justificar y legitimar una estrategia de reestructuración que ha basculado sobre el empeoramiento manifiesto y generalizado de las condiciones de trabajo y la erosión de los derechos de los trabajadores³. Un

³ La traducción concreta de esta estrategia ha pasado por una serie de desarrollos normativos que han tenido su inicio en la mitad de la década de los años ochenta, observándose dos momentos de especial relieve (Castillo, 2003): *año 1984*, con la reforma del Estatuto de los Trabajadores que facilitó la contratación temporal y los despidos; *año 1994*, con la Ley de Reforma del Estatuto de los Trabajadores, que instituyó la contratación temporal en el mismo plano que la indefinida, ampliando las posibilidades de movilidad funcional (difuminando las fronteras entre grupos profesionales), flexibilizando la estructura del salario y el modelo de negociación colectiva y añadiendo causas que justifican la suspensión del contrato laboral y los despidos colectivos.

No obstante, años antes se habían sentado ya las bases para este impulso con los propios Pactos de la Moncloa (1977), que establecieron, respecto a las relaciones laborales, la necesidad de autorizar los contratos temporales; el Estatuto de los Trabajadores (1980), que consagraba el principio de concertación social pero, al mismo tiempo, inauguraba un cambio legal hacia el deterioro de las condiciones de trabajo al reconocer la contratación eventual; y el Acuerdo Nacional sobre Empleo (1982), en el que las cúpulas de los sindicatos mayoritarios aceptaron el desarrollo de las modalidades de empleo precario como supuesta medida para frenar el desempleo. Otras fechas relevantes que componen el cuadro completo de las medidas legislativas que han impulsado, independientemente del partido en el gobierno, los procesos de precarización son:

— *Año 1992*: Real Decreto Ley de 5 de abril, que recorta las prestaciones por desempleo. Supone la elevación a un año del periodo mínimo de cotización necesario para la obtención de subsidio y reduce el periodo de percepción del mismo entre dos y ocho meses; Real Decreto Ley de 21 de julio, por el que se establecen medidas concretas para la reducción del gasto público, como la privatización de la cobertura por enfermedad o accidente y la colaboración privada en la gestión de la Seguridad Social.

— *Año 1993*: Real Decreto Ley de 3 de diciembre, que introduce el contrato de aprendizaje como medio de abaratamiento de los salarios durante un periodo de tres años a personas de hasta 25 años, incluye un nuevo régimen de contrato a tiempo parcial y provoca mayor flexibilidad en el marco normativo, legalizando las agencias privadas de colocación y las denominadas Empresas de Trabajo Temporal (ETT).

— *Año 1997*: Acuerdo Interconfederal para la estabilidad del empleo, que pretende garantizar una mayor estabilidad incrementando la flexibilidad del sistema de contratación. Se abarata el despido y se modifica el Estatuto de los Trabajadores ampliando el carácter de despido procedente para facilitar a la empresa su adecuación a los movimientos del mercado.

Resulta muy interesante el valor de la evolución de la siniestralidad laboral como indicador de la situación de las relaciones laborales en nuestro país, así como su estrecha relación con la precarización de las condiciones de empleo y trabajo: si en 1984 el índice de incidencia de la siniestralidad (n.º de accidentes por cada mil trabajado-

discurso empresarial que se ha socializado como sentido común, naturalizando la aplicación de unas tecnologías de la información previamente objetivadas, es decir, concebidas como creación social completamente independizada que ha acabado indefectiblemente por determinar y gobernar las propias relaciones sociales (Simmel, 1977):

Estas empresas nacieron con un talante nuevo, absolutamente abierto a cosas distintas de las que había, no tanto porque en sí mismo ellos pensaran que eso tenía que ser así, sino porque estaban forzados por las nuevas tecnologías. [...] Las nuevas tecnologías lo que requieren es una mayor flexibilidad en el trabajo y eso el modelo tradicional no lo da. Yo creo que va por ahí, que eso no tiene vuelta de hoja⁴.

Esta es la trama argumental utilizada comúnmente por la gerencia para dar cuenta del origen del propio sector del telemarketing y de las formas de organización de la empresa y del trabajo a él asociadas. Se trata de un modelo causal de análisis que sitúa la innovación tecnológica como origen de unos cambios irreversibles, que siempre se mueven en el sentido de los intereses gerenciales, y que funciona como una suerte de profecía que se cumple a sí misma (Baetghe y Oberbeck, 1995)⁵. Estas lógicas empresariales están atravesadas por un determinismo evidente. Por un lado, porque plantean un avance tecnológico que supuestamente está por encima de los poderes y los grupos sociales, convirtiendo en absurda cualquier crítica a un desa-

res) era de 53,3, en 1990 era ya de 68,6. Entre 1994 y 1999 la cifra de accidentes creció en algo más de 600.000, un 12% acumulativo anual. En los primeros siete meses de 2000 los accidentes laborales crecieron un 10,82% sobre el mismo periodo de 1999 (Castillo, 2003). Sólo a lo largo de ese año el trabajo segó la vida de 1.133 trabajadores en España. Solamente en el periodo comprendido entre los meses de enero y marzo de 2003 murieron trabajando 232 personas en nuestro país.

⁴ Entrevista con abogado de la Asociación de Empresas de Marketing Telefónico (AEMT), organización empresarial que agrupa a la mayoría de las organizaciones del sector.

⁵ Es interesante observar cómo algunos de los elementos que componen el repertorio de medidas de "flexibilización" del trabajo se anticiparon a la propia aplicación generalizada de las nuevas tecnologías. El sistema de horario flexible, por ejemplo, "fue adoptado por las empresas antes de la expansión y la introducción en los procesos de trabajo de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. Por tanto, la primera constatación que hemos de realizar es que el horario flexible no es una consecuencia de la introducción de dichas tecnologías, sino más bien respuesta a la remodelación de las estructuras organizativas del trabajo previas a la generalización de dichas tecnologías. Por tanto, la flexibilización del tiempo de trabajo se nos presenta como una estrategia empresarial de carácter organizativo" (Belzunegui, 2002).

rollo definido como irreversible y que se identifica con el progreso. Por otro lado, porque lo que resulta bueno para una parte de la sociedad es presentado como bueno para su conjunto, concibiendo que aquello que beneficia a los grupos más acomodados y mejor situados en las relaciones de poder resulta provechoso también para aquellos sujetos o grupos más vulnerables.

Este discurso, que en cierta medida opera en una lógica de sustitución de la sociedad por la tecnología, se completa con la idea de una sustitución paralela de la sociedad por el mercado. Este, objetivado y fetichizado, se convierte junto a la tecnología en el eje de todas las determinaciones, representando uno de los pilares de la ortodoxia económica actual activada por el empresariado. En ella el mercado aparece como mecanismo de regulación autónomo de las relaciones entre los individuos y el beneficio empresarial se sitúa en el origen del crecimiento económico, considerando todos los factores que contribuyen al aumento de este beneficio como funcionales al propio desarrollo económico (Bilbao, 1999).

Habitualmente se considera que el elemento central de estas nuevas estrategias empresariales es una inversión direccional del viejo esquema fordista que establecía la primacía de la oferta sobre la demanda. Desde este punto de vista, las actuales estrategias gerenciales se enfocan hacia un manejo eficaz de la comunicación con el mercado y una ruptura con todas las rigideces que impidan una estructuración lo más flexible posible de un proceso productivo que debe dar cuenta rápidamente de los movimientos y oscilaciones de la demanda. En este contexto, las empresas de telemarketing son representativas de la sustitución generalizada de una racionalidad funcional, "muda" y volcada sobre el proceso de trabajo, por una racionalidad sistémica que prioriza la gestión de la información y la relación con el mercado, hasta el punto de ser el propio cliente de la empresa el que en muchos casos determina las formas de empleo de la tecnología y los cambios en las relaciones de trabajo (Baetghe y Oberbeck, 1995). El concepto clave en este sentido es el de *flexibilidad*:

Llega el mercado y te cambia tu orientación, te das cuenta entonces de que tu dimensión no es válida porque donde parece que hay más llamadas es por la tarde. Si tú no tienes la flexibilidad para poder reforzar, para poder modificar eso de alguna manera, ¿dónde te mueves?, ¿qué es lo que haces? [...] Esa es la cierta flexibilidad que en un momento determinado se demanda⁶.

⁶ *Ibidem*.

La categoría de flexibilidad da cuenta en el marco de esta lógica de la necesaria adaptación aproblemática a situaciones operativas variables, así como de una imprescindible capacidad de reacción frente a las variaciones repentinas a las que la empresa debe enfrentarse. Se trata, según el discurso del *management* actual, de reducir los costes inherentes al factor trabajo, obteniendo al mismo tiempo una flexibilidad funcional a través de una reorganización del trabajo centrada en los procesos (Kovács, 2002). La necesaria flexibilidad del trabajo significa la posibilidad de adaptar permanentemente el grado de utilización de la fuerza de trabajo a las exigencias de la empresa, de tal manera que esta pueda adecuarse con velocidad a los cambios macroeconómicos y optimizar el empleo de tecnología, así como las modalidades de organización del trabajo que se pongan en juego.

Mientras que en el plano discursivo el empresariado ha convertido en un mito de progreso el fenómeno de la flexibilidad, este se materializa realmente a través de dinámicas de acción que implican una intensificación del trabajo y una precarización efectiva y generalizada de las condiciones del mismo. Desde esta lógica, se vincula directamente la seguridad en la gestión económica con la inseguridad del trabajo, imposibilitando cualquier posibilidad de sustracción de la fuerza de trabajo a las determinaciones de la lógica del mercado. Este discurso empresarial, que resulta parcial porque se sostiene en una causalidad "técnica" de la flexibilidad que concede toda la importancia a las variaciones en el mercado, borra sistemáticamente el carácter central de la relación entre capital y fuerza de trabajo, ocultando el hecho de que las razones históricamente dominantes de este tipo de reestructuraciones conducen siempre a la necesidad de valorización de capital (Cillario, 1991).

Desde este punto de vista, el sector del telemarketing no sólo es importante porque en su seno se observe un desarrollo paradigmático de este tipo de flexibilidad, sino porque el propio sector opera además como instrumento que posibilita que otro tipo de empresas pueda flexibilizar su proceso productivo a través de la externalización (*outsourcing*) de actividades. Las empresas de telemarketing ejemplifican magistralmente las dinámicas contemporáneas de reorganización de los tejidos productivos que se desarrollan a través de la descentralización productiva⁷ y la división del trabajo entre empre-

⁷ Uno de los fenómenos de descentralización productiva más significativos y comentados del sector ha sido el realizado en el norte de África por Telefónica, a través de su filial Amena. La compañía de telecomunicaciones comenzó a trasladar parte

sas, una configuración de la producción en tiempo real, un gran desarrollo de redes de comunicación necesarias para integrar los fragmentos productivos y un permanente deterioro de los sistemas de garantías para los trabajadores, así como de las condiciones de trabajo⁸ (Castillo, 1994).

Uno de los elementos fundamentales de esta precarización de las condiciones de trabajo característica de las empresas de telemarketing es la fuerte temporalidad que se observa en el empleo: cerca del 95% del personal tiene un contrato a tiempo parcial, siendo el más común el suscrito por obra y servicio, y tan sólo en torno al 5% dispone de contratos indefinidos.

El origen de los elevados niveles de temporalidad es puesto por la gerencia en una organización de la producción enteramente dependiente de la demanda que necesita de una intensa flexibilidad en la gestión de la mano de obra. Las empresas de telemarketing son empresas de servicios a empresas cuya organización del trabajo depende de los movimientos de las empresas-clientes. De esta manera, la gerencia sitúa la gestión de la fuerza de trabajo en una lógica de producción ligera que le permite reclutar y prescindir de trabajadores en función de los movimientos del mercado y de las campañas de venta o atención telefónica que le son contratadas en cada momento. El telemarketing ofrece un modelo paradigmático de producción *just in time* que programa y moviliza la fuerza de trabajo en función de las oscilaciones de la demanda:

Ellos ofrecen mano de obra... teleoperador a peso... "aquí le pongo, aquí le quito... el número que usted quiera cuando usted quiera y como usted

del servicio de información 1003 en marzo de 2001 a través de la sociedad Atento Maroc, que invirtió unos 2.960 millones de pesetas en la construcción de dos *call centers* en las ciudades de Tánger y Tetuán. La prensa informó por aquel entonces de una operación de deslocalización posible gracias al cable de fibra óptica depositado bajo las aguas del estrecho de Gibraltar y movida por las ventajas fiscales y los bajos sueldos existentes en el país vecino. El sueldo mensual de los teleoperadores con cuya actividad se abrió el servicio era de 2.600 dirhams, unas 45.000 pesetas (*La Vanguardia*, 20 de marzo de 2001). Pese a que en un principio Atento preveía la contratación de unas dos mil personas para sus *call centers* africanos, la experiencia no ha resultado como la empresa había proyectado, debido fundamentalmente a problemas de índole cultural con la fuerza de trabajo (desconocimiento de la geografía española, manejo problemático de las conversaciones, dificultades idiomáticas, acento marcado, etc.).

⁸ Prueba de ello es que durante el año 2000 el sector del telemarketing fue el que acumuló mayor número de denuncias laborales (según noticia aparecida en la sección de economía del periódico *La Vanguardia* el 9 de septiembre de 2000).

quiera... usted decide cuánto quiere que trabaje el empleado y cuántos empleados quiere". Sí, sí... es que no ponen condiciones⁹.

En el fondo de estas prácticas se sitúa el papel preponderante del cliente y la centralidad que tiene para el desarrollo del telemarketing el fenómeno de la externalización de actividades periféricas por parte de las empresas. En este sentido, la empresa-cliente tiene un papel activo en la constitución del producto, está inscrita en el propio proceso de producción y participa de él organizándolo y controlándolo directamente. Cuando el servicio de telemarketing tiene un carácter externo, es decir, cuando se presta en el espacio físico de la empresa contratante, la intensidad de la determinación del cliente sobre el proceso y las condiciones de trabajo se hace más evidente. Este fenómeno tiene varias consecuencias:

- a) Aumento del control sobre la fuerza de trabajo. Al control ejercido por la propia empresa que contrata al trabajador, se une el que ejerce el cliente que contrata el servicio.
- b) Desterritorialización, desinformación y desprotección de unos trabajadores que en muchas ocasiones no saben muy bien para qué empresa trabajan en realidad.
- c) Uso estratégico de la figura del cliente para intensificar el trabajo y disciplinar a la fuerza de trabajo: la demanda como amenaza.

La posición activa de la empresa-cliente en el proceso productivo propio del telemarketing pone de manifiesto que la flexibilidad del sistema de coordinación entre empresas (producción en red) descansa en realidad en la rigidez que impone la compañía contratante en torno a los objetivos productivos que marca, repercutiendo de manera inmediata en las condiciones de trabajo y en la organización del mismo (Castillo, 1994). De este modo, la descentralización y fragmentación de la producción hace más férreo el control sobre la red productiva y sobre la fuerza de trabajo, haciendo emerger la flexibilidad desatada por la gerencia como lo que realmente es: un dispositivo disciplinario basado en una concentración de poder sin centralización evidente de funciones (Sennett, 2001).

Este proceso se acompaña, lógicamente, de una intensificación importante del trabajo a través de un control estricto y una fuerte presión sobre los ritmos de ejecución de las tareas. La obsesión por la

⁹ *Ibidem*.

intensificación de la jornada de trabajo provoca una vigilancia constante de los tiempos y una permanente actividad de control y cierre de la porosidad de la jornada por parte de supervisores y coordinadores. Es obvio que el peso de esta intensificación es considerable para la fuerza de trabajo, puesto que instituye unos ritmos de trabajo que obligan al trabajador a trabajar más, con mayor desgaste y en el mismo tiempo (Del Bono, 2000). En este sentido, a los teleoperadores se les cronometra cada llamada, se les impone una duración determinada para cada servicio de atención telefónica y se les presiona para que hagan las menos pausas técnicas posibles:

En cualquier otro trabajo si tienes sueño te echas para atrás en la silla, respiras y dices "Pues voy a la máquina de café, me sacó un café, me lo tomo y luego sigo trabajando", pero aquí no, aquí es con el ritmo constante, sin poder moverte. Es que hasta para ir al baño el ordenador sabe que tú en ese momento no estás ahí trabajando y te cae la bronca¹⁰.

El objetivo gerencial de valorizar el tiempo a través de su intensificación se acompaña de un control disciplinario de la mano de obra en el proceso de trabajo que posee un carácter dual. Por un lado, se produce un ejercicio informatizado de la vigilancia que instaura una lógica panóptica en la relación de la gerencia con los trabajadores: el teleoperador se siente completamente vigilado, sujeto a un control total y permanente. Por otro lado, existe un control humano desarrollado por personal de estructura que vigila físicamente la mano de obra durante el proceso de trabajo. Desde este punto de vista, los *call centers* constituyen espacios en los que se desarrolla plenamente el carácter dual propio del poder disciplinario: es a la vez absolutamente indiscreto, ya que está por doquier y siempre alerta, no dejando en principio ninguna zona de sombra, y absolutamente discreto, ya que funciona permanentemente y en buena parte en silencio (Foucault, 1998). Este tipo de vigilancia no sólo ejerce un control cuantitativo de los tiempos, es decir, sobre las cantidades de tiempo, sino que también busca asegurar la calidad: control ininterrumpido, presión de los vigilantes, supresión de todo cuanto puede turbar y distraer, se trata de construir un tiempo integralmente útil para la gerencia, de que toda la jornada de trabajo se constituya en tiempo absoluta y permanentemente productivo.

Además de este control que tiene como objeto una intensificación del tiempo de trabajo, se produce otro ejercicio de vigilancia

¹⁰ Entrevista grupal con teleoperadores.

permanente sobre el uso del lenguaje a través de escuchas de las interacciones telefónicas entre los teleoperadores y los consumidores o usuarios de los diferentes servicios de telemarketing. Se trata del control sobre la denominada *excelencia telefónica*¹¹ que se realiza mediante monitorizaciones, posibles gracias a la digitalización del tráfico telefónico, que son realizadas tanto por coordinadores y supervisores como por la propia empresa-cliente que ha subcontratado el servicio. Las empresas del sector del telemarketing están sujetas al control de una serie de empresas especializadas que realizan periódicas auditorías sobre el nivel de calidad de los servicios que oferta cada empresa. Para ello, someten literalmente a examen las actividades de los trabajadores, puntuando una serie de ítems que previamente han sido codificados. Los trabajadores suelen estar obligados por contrato a alcanzar una cierta puntuación, en base a los criterios de excelencia telefónica establecidos por la gerencia y las empresas auditoras, para mantener su puesto de trabajo o para obtener incentivos económicos¹².

La intensidad del control sobre los tiempos y las continuas monitorizaciones a los teleoperadores ponen sobre la mesa la existencia de una contradicción manifiesta: por un lado, emerge la necesidad empresarial de fundar la producción de beneficio sobre la capacidad cognitiva e intelectual de una fuerza de trabajo que introduce en el proceso productivo sus actitudes comunicativas, afectivas, relacionales, en definitiva, su subjetividad; por otro lado, se expresa la necesidad de sobredeterminar y comandar la potencia del trabajo vivo en términos rígidos y jerárquicos. Las situaciones reales de trabajo en las empresas de telemarketing dejan ver cómo en el desarrollo real de

¹¹ El concepto de excelencia telefónica hace referencia a un uso óptimo del lenguaje por parte de los teleoperadores en la gestión de las interacciones con el cliente. La definición del nivel de excelencia telefónica se realiza mediante la estandarización del uso del lenguaje en torno a diferentes elementos que son evaluados continuamente, tales como la educación y la amabilidad, el tono de voz y la entonación, la utilización de una terminología adecuada al interlocutor, la actitud comercial, el suficiente conocimiento del producto o la solución de demandas al primer contacto.

¹² Ni que decir tiene que los criterios establecidos para la puntuación de la denominada excelencia telefónica son bastante arbitrarios, dependiendo en gran medida su valoración de la subjetividad del examinador. Gracias a este procedimiento, cuando la gerencia tiene la intención de despedir a un trabajador basta con que se considere que no alcanza la puntuación requerida. Los elementos que se someten a juicio constante son factores tan subjetivos como la sonrisa telefónica, la entonación correcta sin musicalidad, el tono agradable y ameno, un lenguaje adecuado al interlocutor, etcétera.

una organización del trabajo convencionalmente definida como postfordista a menudo se manifiestan procedimientos y modelos típicamente tayloristas: la rigidez de los reglamentos ("tiempos y normas"), el papel irrenunciable de cuadros intermedios como correa de transmisión de la dirección y también manifestaciones de rechazo típico de la cadena¹³ (Caccia y Casarini, 1996). Este rechazo se muestra en formas de cortocircuito y sustracción de los intensos ritmos de trabajo, a través de técnicas de bloqueo informático de los procedimientos de control computerizado que se socializan entre la fuerza de trabajo, así como con la práctica de un fuerte absentismo laboral:

Es gente muy joven, de una gran inmadurez laboral, o sea... aquí hay un absentismo fenomenal, gente que se va de juerga un jueves y el viernes como no se encuentra bien no viene a trabajar. [...] Hay un absentismo bestial, es curioso, que gente tan joven se ponga tanto enferma, con una rotación enorme... todos los meses se me cae un 10% de la plantilla. Te diría ingenuidad, inmadurez y, a veces, mucha mala leche¹⁴.

El fuerte absentismo y el alto nivel de rotación de mano de obra que se observa en las empresas de telemarketing son consecuencia directa de las propias condiciones de trabajo. La intensidad de los ritmos de trabajo y la presión que ejercen tanto el carácter temporal de las modalidades de contratación hegemónicas como los imperativos de un número mínimo de llamadas o los criterios de excelencia telefónica provocan continuas y numerosas situaciones de estrés. En este sentido, se constata la existencia de una considerable presión psíquica sobre los trabajadores que es originada fundamentalmente por estados continuos de ansiedad. Esta categoría define un estado de tensión interna sufrida por el sujeto como desagradable y provocada por un estado de espera de un acontecimiento potencial y exterior que, en el momento de surgir, pondría en peligro la integridad de la persona. Es evidente que el estado de emergencia y precariedad consciente-

¹³ "La integración de tecnologías telefónicas e informáticas —que de por sí define la noción de *call center*— ha conllevado una profundización, un salto cualitativo, en la 'taylorización' de los trabajos de teleatención: avance de la presión mental, física y emocional; monitoreo electrónico pero también control directo de supervisores y mandos intermedios; máxima presión para optimizar resultados y reducir costos, extenuantes ritmos de trabajo, etc. [...] Los teleoperadores y teleoperadoras [...] son trabajadores/as con una imaginaria cadena de montaje en la cabeza ('an assembly line in the head')" (Del Bono, 2000).

¹⁴ Entrevista con director de Departamento de Recursos Humanos de empresa de telemarketing.

mente construido por la gerencia en las empresas de telemarketing, con unas condiciones de empleo marcadas por la arbitrariedad y la fuerte temporalidad, provoca la vivencia de un riesgo permanente que produce una ansiedad que, convenientemente instrumentalizada, resulta para la gerencia la mejor herramienta de disciplinamiento de la fuerza de trabajo en el seno de la empresa.

El propio contenido del trabajo provoca también en teleoperadores y gestores telefónicos diferentes problemas de salud y malestares físicos, como dolores de espalda y de cuello, así como problemas visuales por la continua exposición ante la pantalla del ordenador (pizazón, sensación de ardores oculares, diplopía, etc.). En este sentido, las exigencias cognitivas en el trabajo de los operadores telefónicos y la destacable uniformidad de sus reacciones frente a los requerimientos de la actividad suelen provocar cierto síndrome neurótico consistente en cefaleas, zumbidos y silbidos, pensamientos obsesivos relativos al trabajo, fragmentos estereotipados y alteraciones del sueño y del carácter (Wisner, 1988).

Estos problemas provocados por los propios contenidos de la actividad se acompañan de la situación precaria que caracteriza muchas de las infraestructuras y de los contextos físicos en los que se desarrolla el trabajo en numerosas empresas de telemarketing. En este sentido, es frecuente la existencia de centros de trabajo que muestran importantes problemas ergonómicos y de salubridad:

Con Gestel teníamos un trocito de una sala donde estábamos todos los teleoperadores apiñados, hacías así con un codo y le dabas al de al lado, en unas sillas que estaban en unas condiciones precarias y... incluso los cascos que utilizabas ocho horas seguidas te hacían daño porque no tenían almohadilla¹⁵.

Como no se personalizan los cascos, en mi empresa ha habido enfermedad de otitis y de infecciones porque todo el mundo usa los mismos. [...] Yo he estado una semana de baja por tema postural, porque yo necesito un reposapiés y una silla con brazos, y hasta que me la han puesto...¹⁶.

Pese a que en los últimos años la presión de los sindicatos ha contribuido a mejorar considerablemente las condiciones de trabajo en las empresas del sector, todavía queda casi todo el camino por andar. Las lógicas gerenciales que colocan en el centro de sus estrategias la

¹⁵ Entrevista con teleoperador.

¹⁶ Entrevista grupal con teleoperadoras y gestoras telefónicas.

reducción de costes para alcanzar mayores cotas de competitividad, ligando directamente seguridad económica con inseguridad del trabajo, son las que precisamente se sitúan en el origen de las lamentables condiciones de trabajo propias del sector del telemarketing en nuestro país. Aunque parte del discurso empresarial sitúa la clave de una evolución favorable de las empresas del sector en una mejora necesaria de la calidad de los servicios y de las condiciones de trabajo en los *call centers*, la realidad desvela que la hegemonía de las dinámicas desenfrenadas de reducción de costes y de obtención de beneficios está todavía en las antípodas de esta tendencia. La clave de la práctica gerencial está puesta en nuestros días en la reducción de los costes del factor trabajo y esa es precisamente la base sobre la que se articula un panorama laboral como el que estamos describiendo.

Conflictividad y acción sindical en las empresas de telemarketing

Resulta difícil pensar un marco de condiciones de trabajo como el característico de las empresas de telemarketing sin la presencia de alguna manifestación de conflictividad en el seno de las relaciones laborales. Sin embargo, es usual la propuesta de miradas sobre las realidades laborales precarizadas que centran únicamente su atención en la descripción de las estrategias y prácticas concretas de sujeción y control patronal sobre la fuerza de trabajo, obviando absolutamente las dinámicas de respuesta y resistencia por parte de la mano de obra. En este sentido, los análisis de la realidad realmente existente en los centros de trabajo deben incluir una preocupación por desvelar los mecanismos de oposición a las políticas gerenciales sobre el proceso productivo, por muy invisibles e informales que estos sean, desde el convencimiento de que las relaciones de poder son también relaciones de resistencia.

Desde este punto de vista, el fenómeno del poder no debe abordarse mediante lógicas de propiedad y localización que simplifiquen los análisis, sino desde una perspectiva abierta que lo entienda como una estrategia, como algo que está en juego permanentemente y cuya clave de inteligibilidad debe situarse más bien al nivel molecular de una microfísica (Foucault, 1997). Desde esta lógica de comprensión de las relaciones de poder, las tramas de la conflictividad se complejizan, cobrando centralidad el descubrimiento de los territo-

rios que habita el discurso oculto (Scott, 2000), es decir, aquel constituido por las manifestaciones lingüísticas, gestuales y prácticas que confirman, contradicen o tergiversan lo que aparece en el discurso público.

A tenor de estas consideraciones, las empresas de telemarketing aparecen como espacios atravesados por una densa trama de conflictos y resistencias, siendo el escenario de una conflictividad que tiene un marcado carácter dual: *manifestaciones institucionalizadas* y *expresiones informales* que en numerosas ocasiones presentan un carácter contradictorio y que se estructuran en torno a dos polos diferenciados:

1. Una *conflictividad horizontal* que se experimenta en el seno de la propia fuerza de trabajo y que es instrumentalizada por la gerencia. Su fenomenología recorre dos espacios bien diferenciados:

a) Conflictos que enfrentan a los trabajadores precarios subcontratados con los operarios estables de la empresa-cliente que coexisten en el mismo espacio laboral en los servicios de telemarketing externo. Los teleoperadores precarios ven a los trabajadores estables como unos privilegiados, mientras que los primeros son percibidos por los segundos como una amenaza a sus condiciones de trabajo:

Tienes los malos rollos con la gente de IBM, porque tú eres una subcontrata y ellos son de IBM, aunque estés en el mismo sitio. Los ibeberos, como los llamamos nosotros, pues su corbatita, su tal y a ti te miran porque vas con tus zapatillas... o en el comedor, que no puede comer la gente subcontratada con los trabajadores de IBM, tienes un comedor aparte para los subcontratados, como si fuéramos... en la época de negros y blancos, un *apartheid* total. Entrás en el ascensor y hay veces que te están mirando de una manera¹⁷.

b) Conflictos entre los propios trabajadores precarios en el desarrollo de la actividad por la existencia de una competitividad que es introducida por la gerencia a través de los pluses de productividad y la amenaza de rescisión de contrato por bajo rendimiento, lo que en algunos servicios desata una verdadera batalla por la recepción de llamadas entre los propios teleoperadores:

¹⁷ Entrevista con teleoperador.

Normalmente se putean mucho entre ellas, se intentan levantar los usuarios... bueno, el último día que yo estuve allí se acabaron pegando dos pibas, se agarraron de los pelos y tal. [...] Las tías que trabajaban los fines de semana tenían broncas todos los santos días, porque las tías que más rápido trabajaban le levantaban los usuarios a todo el mundo¹⁸.

2. Una *conflictividad vertical* entre los trabajadores y la gerencia que se presenta de dos formas fundamentales:

- a) *Conflictividad informal* cotidiana de carácter discreto y cuestionamiento de la autoridad de los supervisores y coordinadores por parte de los trabajadores. La conflictividad discreta se materializa en problemas relacionados con la práctica generalizada del absentismo, vulneración de horarios, bloqueo de los ritmos en el proceso productivo y pugna por la personalización del puesto (colocación de fotografías, pegatinas y carteles sindicales y políticos, etc.). El enfrentamiento con el personal de vigilancia de operaciones es continuo por constituir este la personificación del control empresarial de la fuerza de trabajo y gozar de una deslegitimidad absoluta de cara a unos trabajadores que conocen las débiles bases de su autoridad y su conocimiento:

Yo a la coordinadora que tengo, que puede sonar muy prepotente, pero es que la doy mil vueltas. A mí qué me va a escuchar, para decirme que no sé hablar cuando es mi trabajo desde hace tres años y lo hago mejor que ella. ¿Qué me va a decir a mí?¹⁹

Una manifestación cualitativamente importante de esta conflictividad de índole informal posee una naturaleza explícitamente ética y se deriva del rechazo por parte del trabajador del contenido de su actividad. En este punto, la separación entre fuerza de trabajo y sentido de la actividad es máxima, llevando en muchos casos al abandono del empleo o a la denuncia ante el cliente de las anomalías del servicio:

Había un dilema moral ahí alucinante, un dilema ético total... total. Lo que pasa es que yo no tenía un duro, o sea, no tenía más opción.

¹⁸ Entrevista con teleoperadora de línea erótica.

¹⁹ Entrevista con teleoperadora.

porque en cuanto que pude me largué. Tenía que compensar lo malo que para mí estaba haciendo... no lo malo, pero sí el decir "Estoy engañando a alguien" con ayudarlo por lo menos, porque me parecía mal²⁰.

A mí un montón de veces me afecta... no sé, hay un montón de procedimientos que tú sabes que lo que está pasando es *x* y no puedes contarle la verdad al cliente, porque si el cliente lo supiera actuaría de otra manera de como está previsto que actúe... a mí me parece una putada enorme. [...] Yo lo cuento, pero el procedimiento de Vodafone es que eso no se le dice... el cliente se encuentra con que no puede reclamar, sigue sin línea y se está dejando una pasta... llega un punto en que te planteas "¿por qué me vas a echar?, ¿por qué le he contado al cliente la verdad? Vale, vamos a juicio a ver qué pasa y cuántos clientes pierdes"²¹.

- b) *Conflictividad formal* entre sindicatos y gerencia por el cumplimiento del convenio colectivo vigente en el sector y por la mejora de las condiciones de trabajo. Las manifestaciones de esta conflictividad responden a los repertorios usuales de acción sindical (asambleas, huelgas, denuncias en magistratura, tramitación de inspecciones de trabajo, etc.).

Es interesante apuntar que las características básicas de la mano de obra requeridas por los departamentos de recursos humanos de las empresas de telemarketing presentan una contradicción manifiesta de cara a los intereses de la gerencia. Se trata de una fuerza de trabajo joven y mayoritariamente universitaria, en posesión de una serie de competencias y capacidades generales que son puestas en el centro de los procesos de trabajo, que ve en el telemarketing una etapa transitoria y puntual en su vida laboral. Si bien estas características resultan apropiadas a las políticas gerenciales, puesto que favorecen una alta eventualidad, posibilitan una intensa movilidad funcional y permiten la explotación de cualidades que no son retribuidas ni reconocidas formalmente²², al mismo tiempo provocan una agudización mani-

²⁰ Entrevista con teleoperadora de *party line*.

²¹ Entrevista con teleoperador.

²² "El teleoperador no es un puesto de trabajo que reciba una formación o capacitación reglada, ni pública ni privada. A lo mejor para ser auxiliar administrativo pues puedo ir a la formación profesional en cualquiera de los niveles, puedo ir a una academia y me forman como auxiliar administrativo, es decir, me dan una capacitación, una formación y una titulación. Pero para teleoperador no hay absolutamente

fiesta de la separación entre los trabajadores y el trabajo concreto que realizan que conlleva una compleja y difícil gobernabilidad en el seno de la empresa.

En este sentido, la preocupación fundamental de la gerencia se sitúa en abrir un proceso de transformaciones que propicie un acercamiento de fuerza de trabajo y trabajo, a través de la subsunción de las categorías de teleoperador y gestor telefónico en las lógicas de la profesionalización, la carrera y el oficio. Los mismos sindicatos comparten esta lógica patronal y señalan también la necesidad de ahondar en la profesionalización de la figura del teleoperador. En este sentido, en el II Convenio Colectivo Estatal para Telemarketing, vigente hasta diciembre de 2003, se han introducido una serie de modificaciones entre las que se incluyen mejoras salariales, así como la contratación indefinida obligatoria de un 30% de las plantillas hasta el año 2003.

Para los sindicatos se trata de combatir una flexibilización que impone una regulación temporal del trabajo en puestos de trabajo fijo, a través de una estabilidad en el empleo que recupere una suelta armonía perdida entre trabajo y fuerza de trabajo, en el convencimiento de que el operario recobrará así gran parte de su autonomía y de su poder en la empresa. Bajo este prisma, el horizonte político de la reflexión y la acción sindical en el sector no es el trabajo como abstracción y mediación social irrenunciable, es decir, no son los territorios complejos de la imposición de las relaciones salariales, sino la existencia de un trabajo en malas condiciones que desestabiliza las relaciones laborales en su conjunto e impide la realización de los trabajadores en su actividad.

En el fondo de estos postulados subyace cierta aprehensión crítica de la categoría de flexibilidad tal y como ha sido definida por el empresariado, es decir, como posibilidad de adaptación total del grado de utilización de la fuerza de trabajo a las exigencias de la empresa. Se aceptan las coordenadas patronales sobre las que se mueve el

ningún curso" (entrevista con director de Departamento de Recursos Humanos de empresa de telemarketing). De la misma manera que la cualidad del trabajo no determina la cualificación del trabajador, el proceso de cualificación institucionalizado no reconoce las competencias genéricas y compartidas por todos los miembros de la sociedad (lenguaje, afectos, capacidad relacional, saber escribir, etc.). Si los saberes efectivamente puestos a funcionar en el trabajo son siempre relativos, son también relativos a la escala instaurada por la cualificación (Stroobants, 1993). Al operar mayoritariamente en la actividad de teleoperadores y gestores telefónicos estas competencias comunes y genéricas no reconocidas, la empresa saca provecho de ellas sin que incidan de ninguna manera en el valor de cambio de la fuerza de trabajo.

término y se renuncia a su articulación desde el punto de vista de la fuerza de trabajo, a la posibilidad de estirarlo y atravesarlo dejando claro que para que se pudiera hablar realmente de flexibilidad sería requisito necesario que el concepto mismo fuera aplicable también desde la perspectiva del trabajador: flexibilidad como libre elección de trabajo, posibilidad permanente de escoger la modalidad de desarrollo de la actividad laboral en términos de horario, de cargas y de tareas; reconocimiento de la posibilidad de elección en función de las características de las actividades laborales ofertadas por las empresas y del reconocimiento efectivo de las competencias y de la formación madurada en el curso de la experiencia de la vida. Una categoría de flexibilidad, en definitiva, para la que cualquier forma de imposición del trabajo a cualquier precio fuera considerada como una "rigidez impropia" (Fumagalli, 2001).

En cualquier caso, es importante resaltar el hecho de que las empresas de telemarketing son un territorio extremadamente complejo para la acción sindical por dos razones fundamentales. La primera es que la estructura productiva y las condiciones de trabajo propias del sector dificultan sobremanera la actividad de los delegados sindicales y los flujos de comunicación con los trabajadores. La segunda es que existe una política gerencial que en numerosas empresas desata dinámicas de intento manifiesto de bloqueo directo de la actividad sindical:

Es el intentar sacar listas en las empresas... un boicot increíble, o sea, la gente que aparece en la lista tiene que ir con cuidado, o sea, despedidos, despedidos directamente. Hay casos... se presenta la lista y despiden a unas cuantas, el efecto encaja. Luego en el conflicto por los despidos lo que buscan es ralentizarlos, ralentizar el proceso para dilatarlo en el tiempo, para que la gente flaquee y lo deje. [...] Cuando lo ven ya chungo han llegado a dar dinero, porque hay despidos que salen nulos. En Salamanca dieron dinero para que no continuaran a personas que se iban a presentar en las listas. En Madrid ocurrió exactamente lo mismo²³.

Sin embargo, no basta con el relato del catálogo de actos de censura y rechazo de la acción sindical que la gerencia protagoniza para componer el cuadro de las dificultades que encuentran los sindicatos en el desarrollo de su actividad en los diferentes centros de trabajo. No es suficiente con los efectos de las estrategias empresariales en

²³ Entrevista grupal con delegados sindicales de la Coordinadora Estatal de Telemarketing de la CGT.

términos negativos, como represión y rechazo, hace falta referirse también a los efectos en constructivo, al hecho de que las políticas que la gerencia diseña y aplica producen realidad, son productivas. En este sentido, la batalla sindical se desarrolla en un terreno profundamente erosionado por la producción empresarial de unas estrategias de constitución de la precariedad y de organización de la producción que atomizan, incomunican e individualizan al trabajador.

Las nuevas formas de organización del trabajo y el desarrollo de las políticas actuales hegemónicas de empleo producen una realidad difícilmente habitable para los sindicatos en el interior de las empresas²⁴. Fuerte atomismo, intensa segmentación de la fuerza de trabajo, desterritorialización en la vivencia de la subcontratación, individualización tendencial de las relaciones laborales, clima de miedo e inseguridad debido a la alta temporalidad en la contratación, incomunicación en el proceso de trabajo: estos son algunos de los componentes de la poblada fenomenología que da cuerpo a la dificultad de desarrollo de la actividad sindical en las empresas de telemarketing. Por poner un ejemplo en este sentido, cabe decir que la construcción del proceso electoral para la conformación de los comités de empresa resulta un reto de difícil cumplimiento. Los delegados sindicales deben "viajar" por todas las islas productivas que configuran el archipiélago de los servicios externos que la empresa realiza en casa del cliente para establecer comunicación con los trabajadores y mantenerlos informados:

Es muy difícil, tienes que ir a las campañas externas para hablar con la gente y muchas veces la empresa no te da la información. Bueno, para hacer las elecciones fue una verdadera pasada... "Nos hemos enterado de que hay una campaña en no sé donde" y vas para allá... "Hola, que somos de Iberphone"... "Ah, coño es verdad, si yo trabajo en Iberphone", porque llevan trabajando fuera toda la vida y nunca han ido a su propia empresa... impresionante, no saben ni lo que es un comité²⁵.

Por otra parte, el fenómeno del telemarketing es todavía muy joven y aún no hay tradición sindical en las empresas del sector, eso hace que tanto por parte de la gerencia como por parte de los trabajadores no exista un hábito de convivencia con la actividad de los sin-

²⁴ Convendría apuntar que la situación es difícil para la actividad sindical allí donde han llegado los sindicatos, porque existe un gran número de centros de trabajo en los que no hay presencia sindical de ningún tipo. Las empresas dedicadas al negocio de líneas eróticas y party lines resultan paradigmáticas en este sentido.

²⁵ Entrevista con delegado sindical en empresa de telemarketing.

dicatos. Existe una desinformación muy grande y una ausencia total de cultura política y sindical entre los propios trabajadores que dificulta considerablemente la labor de organización y afiliación de la gente en los centros de trabajo. La dificultad más importante para la implicación de los trabajadores en la acción sindical se deriva de la propia composición de la fuerza de trabajo:

1. Estudiantes y jóvenes universitarios sujetos al mito de la transitoriedad de su condición de trabajadores de telemarketing que muestran un enorme desinterés por implicarse en la empresa. Se trata de teleoperadores que encuentran en el telemarketing un empleo a tiempo parcial que les permite compaginar sus estudios con la obtención de una remuneración económica o que lo ven como una actividad laboral supuestamente temporal hasta la llegada de una situación de trabajo acorde a sus expectativas. El mito del carácter circunstancial y transitorio de la actividad actúa como mecanismo desmovilizador al provocar en el trabajador un desinterés por la realidad del centro de trabajo que le distancia de la actividad sindical.

2. Mujeres que rondan los cuarenta años o que ya los han superado y que tienen cargas familiares. Fundamentalmente se aproximan al telemarketing por la facilidad que este les ofrece para compaginar una actividad remunerada con el trabajo doméstico para la familia. La necesidad irremediable de ingresos periódicos hace que estas trabajadoras no se acerquen a los sindicatos ni se impliquen en la actividad sindical por miedo a perder su empleo.

La preocupación por las condiciones de trabajo pasa a un segundo término ante la importancia de trabajar. El trabajo aparece como la mediación imprescindible para la obtención de dinero, como la única fuente de renta. El trabajo no es nada más que eso y todo eso: para el trabajador precarizado la incertidumbre constante en su situación con respecto a la estructura del consumo le sujeta, le inmoviliza. Desde este prisma, la relación con los sindicatos se mueve en muchos casos entre dos únicas posiciones: por un lado, percepción instrumental como fuente de servicios: consultas por incidencias en nómina y defensa jurídica para el mantenimiento del puesto de trabajo²⁶; por otro

²⁶ En este sentido, llaman la atención las medidas que las empresas de telemarketing comienzan a tomar para cortocircuitar el acercamiento de los trabajadores a los sindicatos por la vía de los servicios de consulta y asesoramiento. En muchos centros de trabajo se ha abierto ya un servicio de atención telefónica para trabajadores. La

lado, radicalidad en el rechazo a los sindicatos y actitud de desconfianza absoluta.

El cuadro general de la relación de la fuerza de trabajo con la actividad sindical no difiere del resto de sectores productivos en los que predomina una fuerte componente de trabajo precarizado: desinformación elevada, desconocimiento de derechos, falta de interés generalizado, bajo nivel de afiliación y de participación en asambleas, separación manifiesta de los sindicatos. Algunos trabajadores que sí muestran un talante favorable a la actividad sindical no eximen a los sindicatos de responsabilidad ante la situación. Desde su punto de vista, las estructuras sindicales no se interesan todo lo que debieran por las opiniones de la gente, no consultan antes de proponer movilizaciones y precisamente ahí reside una de las razones de la desconexión y la desconfianza de los trabajadores:

No se hace un sindicalismo realmente asambleario, no se sabe el centro qué es lo que está demandando... o sea, que es necesaria la función de los sindicatos a la hora de reclamar lo que se está incumpliendo, pero que en ningún momento hay esa consulta en cada empresa, en cada edificio, como que van... reivindicar sin los trabajadores. Sí, da la impresión de que no hay lugares donde "vamos a ver, traernos vuestras quejas" o "vamos a debatir sobre qué nos gustaría reivindicar". En eso la gente que se queja tiene razón²⁷.

Pese a la situación descrita, el sector del telemarketing vivió unas movilizaciones importantes durante el año 2001 con las negociaciones del actual convenio colectivo como telón de fondo. Su momento álgido se produjo en el mes de junio, cuando más del noventa por ciento de los trabajadores secundó una huelga de veinticuatro horas que había estado precedida de paros de una hora. Se celebraron manifestaciones convocadas por los sindicatos en todas las ciudades que cuentan con presencia de empresas de telemarketing. En Madrid, miles de trabajadores salieron a la calle y se concentraron en la Puerta del Sol desbordando las previsiones sindicales más optimistas. ¿Cómo fue posible el éxito de una movilización de este tipo y la participación prácticamente unánime de unos trabajadores mayoritariamente

empresa Power Line ha creado un departamento específico que se ocupa de la atención directa a trabajadores de su plantilla. El nombre lo dice todo: Departamento de Atención al Cliente Interno. El discurso gerencial define al trabajador como cliente porque en la lógica dominante el empleo aparece como un servicio que se contrata con la empresa: el modelo de las Empresas de Trabajo Temporal permea completamente los discursos de la gerencia del sector de telemarketing.

²⁷ Entrevista con teleoperador.

reacios a la acción sindical y sujetos a una precariedad que normalmente los bloquea por el miedo a la pérdida del empleo?

Hay varias claves importantes que ayudan a entender la implicación de la casi totalidad de los trabajadores en la movilización. En primer lugar, la huelga había estado precedida de pequeñas iniciativas sindicales que habían mostrado la posibilidad del desarrollo de formas de protesta en un clima de normalidad laboral, erosionando parcialmente el atomismo en el que estaban inmersos los trabajadores y articulando un interés general y un mínimo sentimiento colectivo. Además, la convocatoria de huelga coincidía con un momento en el que para buena parte de los teleoperadores y gestores telefónicos el propio proyecto vital se estaba poniendo en tela de juicio. Para muchos de ellos el tiempo había pasado y seguían trabajando en el telemarketing. Una ocupación y unas condiciones de trabajo que supuestamente tenían un carácter transitorio duraban ya demasiado tiempo y amenazaban con convertirse en eternas. Una realidad laboral y vital que se había hecho habitable gracias a la ficción que sostenía el mito de su carácter transitorio se desmoronaba para muchos, provocando cierta inquietud y frustración.

Por otro lado, un último factor clave en el éxito de la movilización fue la centralidad de la temática salarial en la naturaleza del conflicto: el reclamo utilizado por los sindicatos para movilizar a la gente fue fundamentalmente el bajísimo nivel salarial propio del sector y la necesidad de un incremento considerable en las retribuciones. La temática del dinero, ligada a un aumento en el poder adquisitivo, aparecía para los trabajadores como el horizonte de una movilización que, definida en esos términos, sí les resultaba atractiva²⁸.

Esta huelga de 2001 y el posterior acuerdo suscrito con la patronal del telemarketing pueden funcionar como analizadores de los diferentes discursos y posiciones sindicales existentes en las empresas del sector. En torno al momento álgido y puntual de conflicto que supuso la huelga se distribuyeron los diferentes discursos sindicales existentes, por un lado los correspondientes al bloque conformado

²⁸ Para el trabajador socializado y precarizado el salario, en su dimensión estrictamente monetaria y cualquiera que sea su volumen, cobra una relevancia inusitada. En este sentido, suele ser concebido de forma disociada del esfuerzo, apareciendo las expectativas salariales desvinculadas de la jornada y de las condiciones de trabajo en general. El dinero es lo importante. La monetarización completa y absoluta de las relaciones económicas y sociales coloca en un único plano la percepción del salario, independientemente del esfuerzo y las condiciones de la actividad necesaria para obtenerlo (Bilbao, 1988).

por CC OO y UGT, por otro lado los activados por la CGT²⁹. La postura esgrimida por los denominados sindicatos mayoritarios en el ámbito del telemarketing no difiere de los planteamientos sindicales hegemónicos en nuestro país. La funcionalidad del sindicato en el terreno de la empresa es la de actuar como instancia de mediación entre los trabajadores y la gerencia para institucionalizar y conducir la conflictividad en todo momento hacia parámetros de gobernabilidad. Desde este punto de vista, los delegados de CC OO en las empresas de telemarketing no tienen ninguna duda sobre el sentido de su acción sindical:

Vas apagando un fuego aquí, otro allí... "venga dales las pausas que los trabajadores estarán contentos y te van a rendir más", lo tienes que ir vendiendo así, "si el trabajador está contento te trabaja mejor y de cara al cliente que le tienes allí...". Se trata de hacer cumplir el convenio y de apagar fuegos, de apagar muchos fuegos³⁰.

La lógica que subyace a estas concepciones del sindicalismo es la de la existencia de una relación directa entre garantías del trabajador y exigencias del crecimiento económico. Estos planteamientos son los propios de la tradición arraigada en el movimiento obrero a partir del periodo europeo de posguerra, cuando comenzó a abordarse la configuración del proceso económico en términos neutrales³¹. De esta manera, la acción sindical en el ámbito de la empresa se liga al desarrollo económico y el sindicato aparece como órgano de constitución de la armonía entre intereses de los trabajadores e intereses de la gerencia. Desde esta óptica el horizonte de la acción en las empresas es el de la práctica de un posibilismo coherente con esta lógica y

²⁹ Además de estos dos bloques existe otro espacio sindical conformado por ELASTV y LAB, de carácter local y cuyo ámbito de actuación son únicamente las empresas de telemarketing del País Vasco.

³⁰ Entrevista grupal con delegados sindicales de CC OO en empresas de telemarketing.

³¹ "A partir de aquellos años, la economía no fue percibida en términos de proceso capitalista de acumulación, como un proceso vinculado a una clase social, sino en términos de progreso económico nacional. A partir de ese momento la referencia a la economía como sustento material de la producción sustituyó a las referencias al capitalismo como expresión de dominio de clase. La acción sindical fue incorporando esta nueva dimensión con la consecuencia de que su acción no se planteó en términos de hostilidad al modo capitalista de producción, sino como un factor que contribuye al progreso de la economía nacional. Esto abría una nueva práctica sindical en la que la mejora de las condiciones salariales estaba asociada al progreso de la economía nacional" (Bilbao, 1999b).

el freno de todas aquellas formas y manifestaciones de conflictividad que no se sujeten al esquema.

El problema con el que se enfrenta esta lógica sindical en el sector del telemarketing y en un contexto económico y laboral como el actual es el fin del modelo de relaciones laborales que precisamente dio origen a estas dinámicas sindicales. El reconocimiento institucional y gerencial de los sindicatos en la época de la hegemonía de los planteamientos keynesianos ligados al denominado *welfare state* se derivaba de su actividad de mediación entre los intereses de los empresarios individuales y el funcionamiento del conjunto del sistema, es decir, de su capacidad para frenar la contradicción entre los intereses individuales del capital y la totalidad del proceso económico. En este contexto los sindicatos no sólo resolvían un problema político de limitación de la conflictividad, sino que eran además un factor del desarrollo económico (Bilbao, 1995).

Sin embargo, en la actualidad el panorama descrito ha sufrido importantes mutaciones y los sindicatos se encuentran atrapados entre dos fuegos: por un lado, la tendencia neoliberal manifiesta a prescindir de la mediación sindical; por otro lado, el evidente rechazo a los sindicatos por parte de la fuerza de trabajo precarizada. El problema que se les plantea es precisamente la deslegitimidad por ambos lados: incipiente cuestionamiento de su rol de mediación por parte del capital y evidente rechazo por parte de los trabajadores.

Al contrario que los denominados sindicatos mayoritarios, la CGT muestra un talante más radical en sus planteamientos al cuestionarse la existencia y el sentido del propio sector del telemarketing en sí. El problema fundamental para este sindicato es el propio concepto de telemarketing, no aceptando que tal término defina sector económico real alguno. El telemarketing desde este punto de vista no es un sector económico, sino una estrategia empresarial concreta de precarización y flexibilización de grandes segmentos de la fuerza de trabajo a través de la externalización de actividades por parte de las empresas. A tenor de estas consideraciones, el horizonte es la inclusión formal de las actividades de telemarketing en el sector de las telecomunicaciones y que las condiciones de trabajo en su seno se rijan por el convenio propio de este sector productivo. El objetivo global de sus políticas sindicales es el combate a la precarización de las condiciones de trabajo en el sector a través del cuestionamiento de la lógica de la externalización y de la subcontratación.

En el plano concreto, estos planteamientos se traducen en un rechazo frontal al II Convenio Colectivo Estatal para Telemarketing,

suscrito por la patronal, CC OO y UGT en diciembre de 2001. La razón fundamental es que tal convenio es interpretado por la CGT como un ejercicio de regulación de las dinámicas de precarización en el seno del sector de telecomunicaciones, como un reconocimiento formal de la obtención de beneficios empresariales a través de la precariedad en el empleo. Uno de los puntos del convenio que sintetiza para este sindicato esta idea es el artículo 17, referente a la extinción del contrato por disminución del volumen del servicio, que reconoce la posibilidad de despido de teleoperadores por descenso del volumen de llamadas, lo que es interpretado como la cobertura legal de una forma real de despido libre.

El problema básico al que se enfrenta la CGT es la negativa carga simbólica de radicalidad que le distancia en muchas ocasiones de los propios trabajadores y la legitimidad con la que cuentan los denominados sindicatos mayoritarios, fundamentalmente por su importante significación a nivel mediático. En este sentido, es usual que se asocie su imagen al riesgo y a la radicalidad en sentido peyorativo, frente a la supuesta sensatez y sujeción al principio de realidad que marca simbólicamente el significante de los otros sindicatos. Esta problemática es reconocida por algunos delegados sindicales de CGT, que señalan parte de su origen en la utilización de un lenguaje demasiado ideologizado, en cierto nivel de autorreferencialidad y en la articulación de una imagen de la conflictividad que genera distanciamiento por parte de muchos trabajadores. Este distanciamiento también es producido, en cierta medida, por el desinterés que provoca en la fuerza de trabajo la fórmula sindical que liga estabilidad en el empleo con un carácter profesional del puesto de trabajo que permita hacer carrera en el ámbito de la atención telefónica. Esta idea no resulta atractiva para muchos trabajadores, puesto que no ven en ella solución alguna para sus problemas. Lo que precisamente buscan en el telemarketing es lo contrario, un empleo que les quite el menor tiempo posible para el desarrollo de otras actividades, puesto que el trabajo de teleoperador es concebido no como espacio de realización personal, sino únicamente como mediación necesaria para el acceso al consumo³².

³² Por esta razón precisamente el salario se convierte en la única preocupación para la mayoría de los teleoperadores, porque es la instancia que establece las relaciones de proporcionalidad entre tiempo de trabajo y tiempo libre: a mayor salario, menor tiempo en el trabajo y mayor capacidad de ocio para seguir estudiando, mantener el mito de la transitoriedad del telemarketing buscando el supuesto "empleo definitivo" o realizarse en otras actividades como voluntariado social, etcétera.

Lo que parece evidente es que la acción sindical en las empresas del sector del telemarketing está condicionada por la práctica empresarial continua de la ilegalidad que caracteriza las relaciones laborales actuales, en cierta medida porque la misma noción de un campo absolutamente desregulado y flexibilizado desde el punto de vista de la gerencia es opuesta a la propia existencia de una legislación laboral (CAES, 1998). En este sentido, la estrategia sindical de cuestionamiento del fenómeno de la descentralización productiva como herramienta para la flexibilización patronal del mercado laboral encuentra en la defensa de la legalidad vigente una herramienta imprescindible, puesto que desde el punto de vista sindical la base de estas políticas gerenciales en el sector es la práctica de una supuesta ilegalidad a través de las figuras de la *cesión ilegal de mano de obra* y la *discriminación entre trabajadores* en los servicios de telemarketing externo.

Pese a que para los sindicatos la denuncia de las supuestas ilegalidades representa una forma de cuestionamiento del poder absoluto de la gerencia sobre la organización del trabajo y la posibilidad de bloquear las estrategias empresariales de precarización, el problema reside en poder demostrar su existencia conforme a los supuestos que establece la jurisprudencia. Ese es precisamente uno de los retos sindicales más importantes de cara al futuro en el sector del telemarketing. Por su parte, la estrategia gerencial en este asunto es absolutamente la contraria, profundizando en la posibilidad de reducción de los costes del factor trabajo a través de una descentralización productiva que profundice en unas relaciones cada vez más transparentes entre las unidades que configuran el proceso productivo, es decir, entre el servicio final de atención al cliente y las unidades subcontratadas que producen los recursos necesarios para la prestación de dicho servicio (Castillo, 1994).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Baetghe, M. y Oberbeck, H. (1995), *El futuro de los empleados. Nuevas tecnologías y perspectivas profesionales en la gerencia empresarial*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- Belzunegui, Á. (2002), «El control del tiempo de trabajo en el teletrabajo itinerante», *Sociología del Trabajo*, nueva época, núm. 45, Madrid.

- Bilbao, A. (1988), «El trabajador socializado», *Sociología del Trabajo*, nueva época, núm. 4, Madrid.
- (1995), *Obreros y ciudadanos. La desestructuración de la clase obrera*, Madrid, Trotta.
- (1999a), *El empleo precario. Seguridad de la economía e inseguridad del trabajo*, Madrid, Los Libros de la Catarata.
- (1999b), «La nueva regulación del mercado de trabajo en España», en Carlos Prieto (coord.), *La crisis del empleo en Europa. Vol. 1*, Alemania, Barcelona.
- Bologna, S. y Fumagalli, A. (1997), *Il lavoro autonomo di seconda generazione. Scenari del postfordismo in italia*, Milán, Feltrinelli.
- Caccia, G. y Casarini, L. (1996), «144, Il padrone della voce», en *Stato e diritti nel postfordismo*, vv AA, Roma, Manifestolibri.
- CAES (Centro de Asesoría y Estudios Sociales) (1998), «La cesión ilícita de mano de obra y discriminaciones en materia de contratación», en <http://www.nodo50.org/caes/AJ/bot1AJ/docj3.htm>, Madrid.
- Castells, M. (1997), *La era de la información, vol. 1: La sociedad red*, Madrid, Alianza.
- Castillo, J.J. (1988), «La división del trabajo entre empresas», *Sociología del Trabajo*, nueva época, núm. 5, Madrid.
- (1994), *El trabajo del sociólogo*, Madrid, Editorial Complutense.
- (2003), *En la jungla de lo social. Reflexiones y oficio de sociólogo*, Buenos Aires, Miño y Dávila.
- Cillario, L. (1991), «El engaño de la flexibilidad», en Juan José Castillo, *La automatización y el futuro del trabajo. Diseño del trabajo y cualificación de los trabajadores*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- Del Bono, A. (2000), «Call Centers, ¿el trabajo del futuro? El caso de Estrategias Telefónicas S.A. (ESTRATTEL)», *Sociología del Trabajo*, nueva época, núm. 39, Madrid.
- Foucault, M. (1997), *Un diálogo sobre el poder*, Madrid, Alianza.
- (1998), *Vigilar y castigar*, Madrid, Siglo XXI.
- Fumagalli, A. (2001), «Flessibilità e gerarchie nel mercato del lavoro», *Posse*, núm. 2/3, Roma.
- García López, J. (2001), «Pierre Naville y la otra sociología del trabajo», *Política y Sociedad*, núm. 38, Madrid, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la UCM.
- Kovács, I. (2002), «Cómo hacer visible el trabajo que el discurso dominante oculta», *Sociología del Trabajo*, nueva época, núm. 45, Madrid.
- Lazzarato, M. (1997), *Lavoro immateriale. Forme di vita e produzione di soggettività*, Verona, Ombre Corte Edizioni.
- Marazzi, C. (1999), *Il posto dei calzini. La svolta linguistica dell'economia e i suoi effetti sulla politica*, Turín, Bollati Boringhieri.
- (2002), *Capitale e linguaggio. Dalla New Economy all'economia di guerra*, Roma, Derive Approdi.
- Scott, J. (2000), *Los dominados y el arte de la resistencia*, México, Era.

- Sennett, R. (2001), «La flexibilidad laboral: aparato ideológico y dispositivo disciplinario», *Archipiélago*, núm. 48, Barcelona.
- Simmel, G. (1977), *Filosofía del dinero*, Madrid, Vda. De Galo Sáez.
- Stroobants, M. (1993), *Savoir-faire et competences au travail. Une sociologie de la fabrication des aptitudes*, Bruselas, Editions de l'Université de Bruxelles.
- Wisner, A. (1988), *Ergonomía y condiciones de trabajo*, Buenos Aires, Humanitas.

Resumen. «El telemarketing en España: materiales para una cartografía del mundo del trabajo contemporáneo»

El sector de empresas de telemarketing en nuestro país ha sufrido un crecimiento espectacular en los últimos años. El fenómeno del telemarketing se relaciona directamente tanto con la revolución de las telecomunicaciones y las mutaciones operadas en los sistemas productivos como con la importante transformación que han experimentado las relaciones laborales en las dos últimas décadas. El sector de telemarketing opera en este sentido como espacio paradigmático de observación de las nuevas formas de organización del trabajo y de la empresa, así como de las consecuencias concretas de las actuales políticas de empleo. La propuesta del presente artículo es usar el telemarketing como ventana por la que asomarse al marco general de condiciones de trabajo, de relaciones laborales y de conflictividad en el seno de las empresas contemporáneas.

Abstract. «Telemarketing in Spain: materials for a cartography of work in contemporary societies»

The telemarketing sector in our country has undergone a spectacular growth in the last few years. The telemarketing phenomenon is directly related not just to the telecommunications revolution and the changes taken place in production systems but also to the important transformations suffered by work relations in the last twenty years. In this respect the telemarketing sector appears as a paradigmatic space in which the new ways of work and enterprise organisation, as well as the specific consequences of the current employment policies can be observed.

This paper proposes to use the telemarketing field as a window through which the general framework of working conditions, work relations and labour conflict inside present-day companies can be studied.

Reis

Revista Española
de Investigaciones
Sociológicas

100

Octubre-Diciembre 2002

CIS

Centro de Investigaciones Sociológicas

Revista Española
de Investigaciones
Sociológicas

100

Octubre-Diciembre 2002

La sociedad española
cien números después

**Ricardo Montoro
Romero**
Presentación REIS 100

**Cristóbal Torres Alberó
y Emilio Lamo de
Espinosa**
In Memoriam
Robert K. Merton

Fracisco Murillo Ferrol
Discursos:
acto de investidura
Doctor *Honoris Causa*
por la Universidad
de Granada
e intervención en el acto
de entrega del Premio
Nacional de Sociología
y Ciencia Política 2002

José Cazorla Pérez
La Escuela Mudéjar:
evocación de una
experiencia personal de
tres décadas (1950-1980)

José Castillo Castillo
Variaciones sobre la ironía
sociológica o retrato de
un profesor jubilado

Miguel Beltrán Villalva
A vueltas con los
«terremotos»
demográficos en España

**Salustiano del Campo
y María del Mar
Rodríguez-Brioso**
La gran transformación
de la familia española
durante la segunda mitad
del siglo xx

Salvador Giner
Sazón y desazón en la
cultura española

Juan González-Anleo
Panorama de la educación
en la España de los
cambios

Juan E. Iranzo
Economía y trabajo:
la gran transformación de
la sociedad española

Eduarne Uriarte
Ciudadanos y partidos en
el consenso y disenso
sobre el Estado de las
Autonomías

**Pedro López López y
Ángel Villagrà Rubio**
Estudio bibliométrico
de la *Revista Española
de Investigaciones
Sociológicas* (1978-2002)

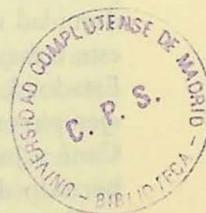
**Javier Rodríguez
Martínez**
Presentación. Max Weber
sobre el País Vasco

Max Weber
Dos cartas sobre
el País Vasco

Organización, racionalidad y eficiencia en la organización del trabajo en la Argentina

El sueño de la americanización
y su difusión en la literatura y en la prensa

Mirta Zaida Lobato *



Después de la Primera Guerra Mundial Estados Unidos había ganado mucho respeto entre algunos extranjeros, fueran ellos liberales o radicalizados, como un camino susceptible de ser recorrido por otras naciones del mundo occidental para consolidar la producción industrial. La imagen de Estados Unidos era la de sus inventores, industriales, ingenieros y su sistema de organización de la producción. Mucha gente estaba fascinada por la prosperidad y la grandeza a la que habían llegado en la nación del norte.

En ese país, la organización científica del trabajo había sido modificada por Taylor. Ese cambio abrió un campo a la producción en gran escala y expandió la economía nacional. El proceso abierto con las ideas de Taylor se consolidó con el impulso dado a la producción de bienes por Ford. La organización centralizada, el sistema de producción basado en el taylorismo (la organización científica) y el fordismo (la producción en masa) constituyó el *americanismo* que despertó el entusiasmo en numerosas naciones como por ejemplo en Rusia y Alemania.

* Mirta Zaida Lobato; PEHESA-Facultad de Filosofía y Letras; Puán 470, 4.º piso, oficina 418; Ciudad de Buenos Aires (CP 1406); Argentina. E-mail: lobato@filo.uba.ar. Agradezco la colaboración de Lizel Tornay en la búsqueda de material.

La Argentina, con una producción industrial más modesta, también cayó bajo el torrente de la *americanización*. Al menos, en el plano de las ideas, la organización científica del trabajo y de la producción comenzó a ser difundida en algunos círculos especializados en el período de entreguerras. Fue la prensa, la editada por los estudiantes de ingeniería, por el Centro Argentino de Ingenieros, por quienes hacían el *Boletín del Museo Social Argentino* o la *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, el agente difusor, pero también lo hizo la literatura que fue incorporando, paulatinamente, al trabajo y a los obreros en el centro de sus ficciones.

Quiénes, cuándo y cómo tomaron a la organización, racionalidad y eficiencia en la organización del trabajo como símbolo de la modernidad industrial son los interrogantes que intentaré contestar en este trabajo. Al hacerlo busco mostrar también que la mirada sobre Estados Unidos fue virando de un deslumbramiento inicial, por ejemplo en los escritos de Sarmiento, a la desconfianza y la crítica, en Cané y Justo, para convertirse en un nuevo deslumbramiento en el período de entreguerras. Como derivación podría agregar que se produjo un deslizamiento en la forma con la que se aludía a la experiencia norteamericana, pues se pasó del rótulo de *yanquismo* al de *americanismo*.

En cuanto a las fuentes, me he concentrado en la literatura y en la prensa, en particular del período de entreguerras, pero he recortado tres nombres para dar cuenta de las visiones existentes en la segunda mitad del siglo XIX sobre la experiencia norteamericana, y mostrar mejor los deslizamientos que se produjeron en esas lecturas. Sarmiento y Cané son los pretextos que me permiten avanzar en una tematización ausente en los análisis existentes sobre estos autores. Por ejemplo, Tulio Halperín Donghi popularizó en el campo académico la visión sarmientina de una sociedad de consumidores letrados, David Viñas se concentró en la figura de Cané como la del *gentleman* escritor producto del ocio diplomático y numerosos estudiosos han enfatizado el examen de sus intervenciones políticas asociadas con la represión del anarquismo y del movimiento obrero¹. La figura de Juan B. Justo es la cara crítica y menos esperanzada que la de su pariente y militante socialista Adolfo Dickman.

¹ Tulio Halperín Donghi, *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, CEAL, 1982; David Viñas, *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires, CEAL, 1982, y Juan Suriano, *Trabajadores, anarquismo y Estado represor: de la Ley de Residencia a la Ley de Defensa Social (1902-1910)*, Buenos Aires, CEAL, 1988, entre otros autores.

1. Del yanquismo al americanismo

La mirada atenta sobre la experiencia de formación nacional de Estados Unidos no fue una novedad del siglo XX. Es bastante conocido el deslumbramiento que despertó en algunas figuras intelectuales y políticas del siglo XIX. Una de esas figuras fue Sarmiento, de quien se conocen sus relatos de viajes por Europa y América. A fines de 1845 Sarmiento inició su travesía por Francia, Italia, España, Suiza, Estados Unidos y Canadá y narró sus experiencias a través de las cartas que enviaba a sus amigos. El viajero se dejó impresionar con lo que observaba, pero, al mismo tiempo, fue crítico e irónico a la hora de describir sus experiencias.

Decía Sarmiento, luego de su recorrida por algunas ciudades norteamericanas, que en Estados Unidos “no sólo en las artes útiles, sino en los trabajos de inteligencia, los norteamericanos empiezan por tomar una posición propia”². Esa posición se basaba en la aplicación de ideas nuevas, de procesos y de máquinas que se llevaban al país del extranjero. También comentaba que Inglaterra comenzaba a confesar su esterilidad y a reconocer la “fecundidad de su joven rival”. Para Sarmiento “Norteamérica invade hoy al mundo, no ya con productos e inventos, sino con ingenieros, artífices y maquinistas que van a enseñar las artes de producir mucho a poca costa, osarlo todo y realizar maravillas”³. La expresión más acabada de la existencia de “inventores, artífices y maquinistas” era un edificio que le permitía a la joven nación vanagloriarse de sus logros: “La Oficina de Patentes [que] encierra en un museo de modelos la historia de los progresos que las artes industriales han hecho desde su creación”⁴.

Para un intelectual y político como Sarmiento, lo que le atraía de Estados Unidos y llamaba su atención era la constatación de que el progreso era posible en una nación joven, incluso aunque tuviera que desanudar el nudo gordiano de la esclavitud. De sus relatos se desprende que su entusiasmo era mayor frente a la confirmación de que la transformación de la sociedad era posible que ante la producción industrial, el uso del vapor, la existencia de miles de kilómetros de vías férreas o la magnificencia de las actividades comerciales. El cam-

² Domingo Faustino Sarmiento, *Viajes*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1981, pág. 591.

³ *Ibidem*, p. 581.

⁴ *Ibidem*, p. 590.

bio podía materializarse porque diferentes agentes iban a enseñar a producir.

Pero hacia fines del siglo XIX volver la mirada hacia Estados Unidos no sólo era una forma de pensar a la Argentina, también era posible asumir un gesto crítico al modelo de país encarnado por la nación del norte. Desde mediados del siglo XIX se había entendido que la ciencia podía dar a la humanidad las posibilidades del desarrollo, era una lectura esperanzada y optimista sobre el papel que ella jugaba para los hombres. En el cambio de siglo esa admiración se fue transformando en preocupación ante la extensión de la ciencia a la técnica porque podía caerse en el materialismo y en el culto a la tecnología. Como señala Óscar Terán, el autor que expresa ese cambio fue Miguel Cané⁵.

Según Terán, hacia fines del siglo XIX se fue conformando en la Argentina una cultura científica, esto es, el reconocimiento de la ciencia como base de la legitimidad de las argumentaciones, pero también se fueron produciendo ciertos deslizamientos que cambiaron la admiración inicial hacia el valor por las argumentaciones científicas por cierta desconfianza⁶. La preocupación sobre la relación entre ciencia e ideal aparece como una marca de la literatura de Cané expresada en la contraposición entre la gracia aristocrática y el burdo mecanismo inscrito en la oposición cantidad/cualidad y la oposición entre el desarrollo técnico y utilitario y el despliegue armónico y espiritualizado. En ese juego de oposiciones se dibuja la figura del "yanquismo" basado en el utilitarismo y en el comercio con las ideas ajenas, que esconde detrás del mecanismo, de la técnica y de la máquina la falta de distinción y tacto propia del advenedizo. No era sólo eso, habría que agregarle la amenaza de las sombras morales.

Este viraje de la admiración sarmientina por el modelo norteamericano a la desconfianza por el desarrollo técnico y utilitario, así como la crítica a la falta de distinción que expresaba Cané, tiene otra derivación en la mirada de Juan B. Justo. Hacia 1895 Justo realizó un viaje hacia Estados Unidos, pues consideraba que la vida del pueblo norteamericano "tiene el valor de un experimento"⁷, y publicó sus

⁵ Óscar Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la "cultura científica"*, Buenos Aires, FCE, 2000.

⁶ En este párrafo sigo a Óscar Terán, *op. cit.*

⁷ Véase Patricio Geli y Leticia Prislei, «Apuntes de viaje: Juan B. Justo en los Estados Unidos», en *Entre pasados*, núm. 11, 1996. Los párrafos corresponden a Juan B. Justo, *En los Estados Unidos. Apuntes escritos en 1895 para un periódico obrero*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1928, 2.ª edición, citado por los autores.

impresiones en el periódico socialista *La Vanguardia*. A diferencia de Sarmiento y Cané la pregunta acuciante que se formulaba esta figura clave del pensamiento socialista era cómo compatibilizar el desarrollo científico y tecnológico con el sistema político democrático y republicano. Para encontrar una respuesta a este interrogante volvió su mirada hacia Estados Unidos, pues allí "las máquinas han tenido tiempo de desarrollar toda su acción, en medio del progreso científico incesante y de las instituciones políticas y sociales de hace un siglo" aunque también "se han producido anomalías y conflictos en el cuerpo social".

A diferencia de Cané, para Justo la ciencia y la tecnología tienen que estar al servicio de la clase obrera, mejorar las condiciones y la calidad de su vida y contribuir a la instalación de una república igualitaria. Para él, en el experimento norteamericano no se habían eliminado ni la desocupación, ni la explotación de las mujeres ni la de los niños, ni las distancias entre las riquezas producidas y la capacidad de consumo del pueblo. Por el contrario, la presencia de todos estos males se acentuaban con la innovación tecnológica constante que expulsa mano de obra y por la organización industrial en gran escala. En la descripción e interpretación justista Estados Unidos se ha salido de su cauce y las fuerzas productivas aparecen como irracionales. Para él las relaciones capitalistas carecen de los elementos de contención (el Estado) que ordene y armonice los intereses en juego⁸.

En estas postales de viajes tanto la admiración por el modelo norteamericano la desconfianza que generaba se pueden colocar bajo el rótulo de "yanquismo", en palabras de Cané. La expresión *americanismo* servía para designar los experimentos políticos y sociales de la América Latina, que, a veces, eran amenazados por la república del norte. Recién cuando se instale el reinado de la producción industrial a una escala significativa, el modelo exitoso de organización industrial será designado con el nombre de *americanismo*. Pero ya estaremos en el periodo delimitado por la Primera y Segunda Guerra Mundial.

2. El dominio de los brazos mecánicos: la ficción

El *americanismo* como símbolo de una nueva cultura de la industrialización tuvo en el periodo de entreguerras una clara representación en

⁸ *Ibidem*, pp. 12-13.

la literatura. La clave de esas creaciones se concentró en las fábricas y, como he demostrado en otros trabajos⁹, fueron los frigoríficos de capital norteamericano los que sintetizaban las imágenes de racionalidad y eficiencia en la organización del trabajo.

Las fábricas fueron tomadas como el escenario de las máquinas estremecedoras, de sonidos e imágenes del futuro, como el teatro de las lacras humanas o de las batallas contra la explotación. Eran tanto el espacio donde hierros, ruidos y metales se amalgamaban con la carne humana, donde se condensaban los sonidos de la mecanización bajo la máxima abstracción de la maquinaria, como la arena donde se desenvolvían los dramas de la sociedad o el escenario de la producción y de las resistencias obreras. Según Jameson, el gusto por la máquina hace perceptibles las «energías mecánicas» de los momentos tempranos de la modernización¹⁰ y las fábricas se convierten en metáforas de la vida proletaria.

Para un conjunto de narradores poco estudiados por el canon de la crítica literaria, incluso pueden ser catalogados como narradores sin gusto o marginales, el mundo del trabajo y de la producción industrial se convirtió en la materia prima de sus relatos. En las novelas de Moreno, González Arrilli, Velázquez o Larra, la fábrica aparece como escenario y protagonista de una confrontación y encuentra su máxima expresión en los frigoríficos que se constituyen en el centro de la escena. En las novelas, lo que sucede en el interior de las fábricas es tan importante como lo que pasa en los alrededores, pues el drama es el trabajo.

En *El matadero* (1921) de Ismael Moreno, cuyo contorno más amplio es Berisso (una comunidad obrera localizada en la provincia de Buenos Aires modelada por el trabajo en los frigoríficos), la fábrica cobra vida con el ajetreo incesante de los trabajadores que se preparan para iniciar la jornada de labor. La representación que se hace de ella es clásica en toda la literatura y en las imágenes difundidas sobre el trabajo industrial: la fábrica es un monstruo que devora a los obreros y los lanza extenuados (fatigados) a una vida que no alcanza para recuperar lo perdido. En el drama social de Moreno la destrucción del monstruo sólo llegará cuando los hombres y mujeres dejen de ser «un inconsciente brazo de acero» y asociados «a los trabajadores del

⁹ Mirta Zaida Lobato, *El "taylorismo" en la gran industria exportadora argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1989, y *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, 1904-1970*, Buenos Aires, Prometeo Libros-Entrepasados, 2001.

¹⁰ Frederic Jameson, *Ensayos sobre el posmodernismo*, Buenos Aires, Ediciones Imago Mundi, 1991. En particular véase la «Apoteosis del capitalismo», pp. 60-62.

mundo» empiecen por pedir «como una fórmula transitoria, más salario y menos horas de trabajo»¹¹.

Los engranajes de la producción industrial aparecen claramente en *Pobres habrá siempre* (1944) de Luis Horacio Velázquez¹². En la novela se llega a la fábrica luego de vivir como nómada. En la década del treinta los trabajadores nativos se trasladaban de una provincia a otra para trabajar como golondrinas en las más diversas tareas; al final de ese periplo recalaban en la ciudad donde se realizaba un doble descubrimiento: la vida urbana y el trabajo fabril bajo el dominio de las máquinas. Velázquez se interna en las entrañas de la fábrica. El tiempo imperturbable de la noria y del sistema estándar aparece en «Tiempo dormido». El ritmo de trabajo impuesto mecánicamente produce en el obrero un solo «deseo obsesionante»:

Que venga un gancho vacío. [...] Que se detenga la noria. [...] Que se descompongan las máquinas de la usina, [...] que toque la sirena. [...] Que el tiempo pase más veloz que la noria arrebatada¹³.

En la novela, el fantasma de Taylor, el creador de un nuevo paradigma de la organización del trabajo industrial en Estados Unidos, se levanta amenazando a «criaturas débiles, ingenuas y simples». Las duras condiciones de trabajo son descritas en «El invierno infinito». A las cámaras frías pobladas de trabajadores extranjeros llegaba la muerte a caballo de la insensibilidad del «capital extranjero» o de la mano de los «sirvientes del extranjero». Velázquez denuncia que ambos descuidan el capital humano:

[...] olvidándose de la máxima de Taylor: «La racionalización debe ser aceptada por los obreros, por su convencimiento de que es útil a sus intereses y jamás impuesta por el patrón»¹⁴.

El trabajo fabril —su organización y sus condiciones— es el protagonista y por medio de él es posible denunciar la incapacidad de los que gobiernan, el parasitismo de una nación extranjera; y pregonar la unión de los que combaten «la opresión y la explotación inhumana del trabajo»¹⁵.

¹¹ Ismael Moreno, *El matadero*, Buenos Aires, Selecta, 1921.

¹² La novela de Luis Horacio Velázquez *Pobres habrá siempre* obtuvo el tercer premio en el concurso literario que organizó el diario *Noticias Gráficas* en 1942 y fue publicada por la editorial Claridad en 1944. La novela de Velázquez fue reeditada durante el gobierno del general Perón, su autor ya había abandonado las filas del comunismo para adherir a la nueva fuerza política; también fue llevada al cine con un crédito oficial.

¹³ *Ibidem*, p. 45.

¹⁴ *Ibidem*, p. 138.

¹⁵ *Ibidem*, pp. 200 y 201.

Raúl Larra, vinculado con el partido comunista, también se concentra en los espacios de producción. Escribió *Sin tregua*, una novela dedicada a José Peter, un militante comunista que organizó la Federación de Obreros de la Industria de la Carne¹⁶. Como he señalado antes siguiendo a Jameson, el trabajo fabril y la vida proletaria se convirtieron en la clave de una confrontación ideológica que colocó los lugares de trabajo como parte de otro más vasto asociado con las luchas contra la explotación. En la novela de Larra, como en la de Luis Horacio Velázquez, la fábrica con su organización inhumana es la que permitirá la redención de los hombres. Pero Larra enfatiza que la fábrica será el escenario para que actúen «obreros conscientes» de que la lucha es «sin tregua para derrotar al capital imperialista» e instaurar un mundo mejor. Para el escritor, como para Peter en sus memorias, la fábrica es un descubrimiento y una esperanza:

A través de la ventanilla absorbió Pablo la *imponencia del frigorífico* y la muchedumbre arracimada ante su entrada. *Nunca había visto tantos obreros juntos*, centenares y centenares que *desaparecían por esos portones semejantes a las fauces de un monstruo*. Cuando el tren se fue acercando alcanzó a ver el nombre de la fábrica y enseguida a oír el *zumbido de sus potentes máquinas*¹⁷.

En la fábrica se encuentra la materialidad de la clase obrera y ella es la portadora de una esencia transformadora de la realidad. Pablo, el protagonista de la novela de Larra, inicia su experiencia de trabajo en la industria orientado por el partido comunista y bajo el signo de “organización”, “racionalización”, “estandarización”. En esas palabras encuentra los argumentos necesarios para librar sus batallas contra la explotación. Larra ha trabajado de cerca con las memorias de Peter, un obrero de los frigoríficos de Zárate y Avellaneda, y toma de ellas la materia prima para capítulos como «El hechizo de la playa de matanza», «La noria con los nueve puntos» y «Abajo el standard», donde construye una descripción realista del trabajo en las “empresas imperialistas”.

Las catedrales del *comed beef*, los frigoríficos, fueron tomadas por la literatura como el símbolo del trabajo industrial en la Argentina. En las fábricas se producía la vida obrera y ellas eran leídas bajo las imágenes de la racionalidad productiva, de la explotación y dominación del capital, de las resistencias y de su transformación. Socialistas, comunistas y católicos aparecen en las novelas citadas como portadores

¹⁶ José Larra, *Sin tregua*, Buenos Aires, Editorial Boedo, 1975. La primera edición es de Hemisferio, 1953.

¹⁷ *Ibidem*, p. 26.

de un idealismo que encuentra en los trabajadores a los interlocutores (y ejecutores) para sus sueños de transformación.

Las fábricas, en este caso los frigoríficos de capital norteamericano en la Argentina, concretaban los sueños de orden, centralización y control que desde la Primera Guerra Mundial atraían a las naciones que querían seguir los pasos de Estados Unidos, a la que veían como la más productiva de las naciones del mundo. El *americanismo*, que años más tarde sería identificado como la suma de taylorismo y fordismo, era percibido como un camino que se abría para el futuro de las naciones. La americanización hipnotizaba a empresarios, políticos, ingenieros, gerentes¹⁸.

Esa atracción es la que traducen las palabras de Ferretti, un estudioso italiano de la conservación de carnes que visitó la Argentina en 1930. Decía Ferretti refiriéndose a los frigoríficos Swift y Armour:

*Se diferencia[n] de aquellos de Buenos Aires no sólo por el diverso modo de disponer los edificios sino también por sus requisitos funcionales. [...] Los frigoríficos Armour, Swift Rosario y Swift La Plata representaban junto al Anglo un grupo que se destaca de los otros frigoríficos —ingleses, americanos y argentinos— porque trabajando casi del mismo modo y siguiendo las mismas direcciones se siente una diferencia sustancial en la conducción de los establecimientos. Se siente en suma que ellos son americanos y mi impresión personal es que se pueden juzgar sus plantas con los más grandes conceptos. En todo el ejercicio del detalle ellos son verdaderamente perfectos*¹⁹.

Sin embargo, no sólo era puro entusiasmo. Lo que el *americanismo* revelaba era la posibilidad de incrementar los beneficios basándose en una compleja organización del trabajo, donde efectivamente se cuidaban todos los detalles. El principio básico de esa organización era la separación de los procesos físicos de producción de los de planeamiento y control. Dicho de otra manera: era la división del trabajo en sus fases de concepción y ejecución acompañada por un desmenuzamiento de las labores en diferentes operaciones elementales que podían ser medidas y registradas²⁰. El proceso de trabajo en las grandes

¹⁸ El énfasis sobre la invención, el desarrollo y la construcción de sistemas tecnológicos importantes para pensar los valores de una cultura industrial y considerar la tecnología como socialmente construida se encuentra en Thomas P. Hugues, *American General: A Century of Invention and Technological Enthusiasm*, Nueva York, Penguin Book, 1990.

¹⁹ Uberto Ferretti, *L'industria delle carni in Argentina. Note ed impressioni di un viaggio di studio dell' Plata*, Roma, Fano Tipografica Sonciciano, 1930, p. 117.

²⁰ Frederick Winslow Taylor, *Management Científico*, Madrid, Biblioteca de la Empresa, Hyspamérica, 1984 (la primera edición es de 1911).

corporaciones tenía tal grado de organización que la producción estaba desmenuzada en sus movimientos más elementales y se había establecido un riguroso sistema de programación y control de actividades. Además, la separación de la carne de los huesos y la selección y preparación de las carnes desosadas se efectuaba en los marcos de una separación genérica de las tareas. El trabajo especializado (separar el hueso de la carne) estaba en manos masculinas, mientras que las mujeres la trozaban para la preparación de las conservas o acondicionaban menudencias para el envío a las cámaras frías²¹.

El *americanismo* y la perfección del trabajo en los frigoríficos alcanzaban su máxima expresión en los ritmos de producción, la variedad de procesos, la dispersión de los trabajadores en grandes unidades que ocupaban varias hectáreas y la contratación de miles de asalariados. La división de las tareas y el ritmo de la noria cobra vida en los relatos de los trabajadores, en los informes técnicos y aparece también en la literatura.

En 1921, Ismael Moreno describía la playa de matanza del siguiente modo:

Otra vez el chirrido de hierros, la compuerta se abre y otras dos víctimas rodando por la playa. [...] Los cadáveres salían colgantes, tajados y sanguinolentos. [...] El playero destrababa el engranaje con su percha y descendían las cadenas, como un brazo mecánico, depositando los cuerpos blandos vientre arriba sobre el suelo, donde caía el chorro de la manguera, cuyo extremo llevaba el matamblero al hombro, con esguinces de culebra. Los desolladores, con aires de cirujanos, llevando gorras blancas y los brazos remangados, se inclinaban metiendo las hoces relucientes; un tajo al medio, un tajo suave a la derecha, otro a la izquierda, unos pases de magia y la manta pelosa caía a ambos lados, [...] otros gorros blancos se inclinaban sobre la presa. Sacaban las pezuñas, las garras. Tocaban con la hoz y caían las articulaciones de las patas como si fueran juguetitos de desarme. El playero movía su percha; el brazo mecánico se encogía y el cadáver blanco [...] iba al carril con su capa al revés [...] se alejaba para dar el sitio a otro [...] al volver la fila caía la cabeza, la sierra sin fin se llenaba de cuernos y el cráneo mefistofélico bajo la cuchilla mecánica quedaba partido en dos. [...] No hay voces de mando, la máquina gobierna; es una noria gigantesca que anda serpenteando, y da a cada uno el tiempo que necesita para mover su hoz; es un desfile continuo frente a los hombres. [...] un descuido es bastante para que la res pase sin la operación del distraído, y entonces el orden se conturba, la máquina debe detenerse, todos protestan y gesticulan. [...] Admirable inge-

²¹ Un análisis detallado se puede encontrar en Mirta Zaida Lobato, *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso 1904-1970*, Buenos Aires, Prometeo Libros-Entrepasados, 2001.

*nio mecánico para que no se derroche un segundo y los hombres se vuelvan pieza de máquina, dando y dando acompasadamente. La noria anda; los cadáveres cuelgan, los canjilones humanos, con las gorras blancas, moviéndose isócronos, vierten su fuerza*²².

Engranajes, brazos mecánicos, gobierno de la máquina, ingenio mecánico, noria gigantesca son metáforas que aluden a tres elementos clásicos de las formas taylorizadas de organización del trabajo: desmenuzamiento de las tareas, imposición mecánica de los ritmos de labor y estudio de los movimientos que realiza el trabajador. El estudio de los movimientos adquiere contornos más específicos en los relatos de Velázquez y Larra. Dice Velázquez:

Por la puerta que comunica con la crujía de las cocinas entran y salen desde hace rato inspectores, mayordomos, superintendentes. Vienen a constatar la nueva capacidad de trabajo que ha empujado a todo el establecimiento más adelante. El técnico del standard admirado susurra: “*¡Esto sí que es la supresión de los tiempos perdidos!*” rememorando una frase leída en el manual de Taylor y viendo retorcerse, entre la sangre, las cuatro filas de playeros como las innumerables y agitadas patas de una escolopendra monstruosa²³.

Estudiar los movimientos realizados por los trabajadores, acelerar el tiempo de ejecución de las tareas, aumentar la capacidad de trabajo, y con ello los beneficios, suprimir las pérdidas de tiempo son los ejes de un modelo de organización productiva que permitía incrementar las ganancias de las empresas industriales. Pero en el texto de Larra, el tiempo no está asociado solamente a la producción. Refiere también al momento en que sobrevendrá la transformación de la sociedad. Así escribía Larra:

*El tiempo. ¿Qué es el tiempo? La aguja del reloj se mueve sin moverse. En su estatismo la manecilla parece adherida al cuadrante. Pero si se la observa fijamente puede advertirse la levedad de su latido. [...] El martillo resonaba sobre el testuz de las reses bramantes, el riel corría velozmente con su carga, los cuchilleros se aprestaban a la faena. El ritmo del standard imprimía a los gestos el estilo mecánico de los robots. Pero en lo profundo de la acción latía un tono balbuciente, tal si el engranaje fuese a estallar, un eslabón a partirse, y la cadena estuviere pronta a destrozarse con estrépito. ¿Por dónde iba a deshacerse el nudo?*²⁴.

²² Ismael Moreno, *op. cit.*, pp. 50 y 51. El destacado es mío.

²³ Luis Horacio Velázquez, *op. cit.*, p. 51. El destacado es mío.

²⁴ Raúl Larra, *op. cit.*, p. 117.

Para el autor, dos son los tiempos que se viven en la fábrica. El del reloj es el que pasa lentamente, el que se asocia con el ritmo de trabajo que transforma a los hombres en máquinas. Pero Larra vislumbra otro tiempo cuando se pregunta por dónde se desanudará el engranaje. ¿Cuándo y de qué manera se eliminará "el maldito standard [...] el nombre fatídico del sistema criminal?" Y su respuesta es la luz revolucionaria que transforma al obrero alienado en un trabajador preparado para el combate. La causa es la lucha contra la explotación (como en Velázquez), el medio es el partido político revolucionario.

El tiempo dominaba la división del trabajo imperante en los frigoríficos así como la imposición mecánica del ritmo de trabajo. Dispositivos mecánicos, tuberías, canaletas distribuían los materiales a cada departamento donde hombres y mujeres realizaban sus tareas organizados de tal modo que cooperaran entre ellos y se ensamblaran con las máquinas. En las fábricas una multiplicidad de engranajes (humanos, mecánicos y técnicos) convivían en una sola unidad de producción.

3. Otros agentes difusores: la prensa

a) Los ingenieros ocupan la escena

No sólo la literatura se detuvo a mirar los lugares y las formas de trabajo. Al comenzar el siglo XX profesionales, intelectuales, militantes y burócratas reflexionaron intensamente sobre la organización del trabajo y la situación de los trabajadores. La reflexión era impulsada por múltiples motivaciones y el medio más utilizado para transmitir las inquietudes fue la prensa. Durante el periodo de entreguerras los ingenieros publicaron la revista *La Ingeniería* y otros profesionales (médicos, abogados) y políticos lo hicieron a través de la *Revista Argentina de Ciencias Políticas* y del *Boletín del Museo Social Argentino*. En todas esas publicaciones se discutían las cuestiones relacionadas con la seguridad social, los conflictos laborales y se diseñaban algunos de los tópicos más importantes para una intervención estatal compensadora de las desigualdades sociales. En el Instituto Popular de Conferencias se cruzaban abogados, médicos e ingenieros para difundir sus ideas sobre el trabajo, su organización, las consecuencias sobre los trabajadores y las formas de conflicto y organización gremial.

Los problemas del trabajo industrial encontraron en las páginas de *La Ingeniería* un espacio importante y la organización científica del trabajo fue tomada por los apóstoles del nuevo evangelio: los ingenieros²⁵. Los ingenieros como hombres de ciencia (así se veían ellos mismos) querían resolver los problemas de la vida industrial pero también sensibilizar a la sociedad en torno a la industria y el trabajo.

Durante el periodo de entreguerras, los ingenieros comenzaron a plantear, de manera más sistemática, aquellos tópicos relacionados con la organización del trabajo industrial, la racionalización, el sistema de incentivos salariales y la productividad, que buena parte de la literatura sociohistórica la vincula directamente al periodo peronista²⁶. Esos planteos formaban parte del clima internacional que vio a la industria como motor de la sociedad moderna y a la organización del trabajo como centrales para el logro de una mayor eficiencia del esfuerzo humano²⁷. Los ingenieros estaban preocupados por los problemas del trabajo industrial y las instituciones desde donde hablaron fueron el Centro de Ingenieros, la Sociedad Científica Argentina o la Facultad de Ingeniería. Algunos de ellos se transformaron en los primeros especialistas del trabajo y como tales buscaron construir un campo de especialización. De modo que no sólo la literatura tomó a

²⁵ En este punto resumo las ideas publicadas en Mirta Zaida Lobato, «*La Ingeniería: industria y organización del trabajo en la Argentina de entreguerra*», *Estudios del Trabajo*, núm. 16, segundo semestre de 1998.

²⁶ El impacto del peronismo sobre estos temas se debe, entre otras cosas, a que en mayo de 1953 se organizó el Congreso General de la Industria, cuyas conclusiones y recomendaciones comenzaban con los temas relativos a la productividad. En agosto de 1954 se vuelve sobre la cuestión en ocasión del Primer Congreso de Organización y Relaciones del Trabajo promovido por la CGE, la Confederación de la Industria y el Instituto Argentino de Relaciones Industriales (IARI) y la realización del Congreso Nacional de la Productividad en marzo de 1955. Véase Germán Zwicky, «El papel del trabajador en la cruzada de la productividad», en *Revista Horizontes Económicos*, año XI, núm. 113, febrero de 1955. Sobre el Congreso de la Productividad se puede consultar: Marcos Gimenez Zapiola y Carlos M. Leguizamón, «La concertación peronista de 1955: el Congreso de la Productividad», en Juan Carlos Torre (comp.), *La formación del sindicalismo peronista*, Buenos Aires, Legasa, 1988; Daniel James, «Racionalización y respuesta de la clase obrera: contexto y limitaciones de la actividad gremial en la Argentina», en *Desarrollo Económico*, vol. 21, núm. 83, octubre-diciembre de 1981, y Rafael Bitrán, *El Congreso de la Productividad. La reconversión económica durante el segundo gobierno peronista*, Buenos Aires, El Bloque Editorial, 1994.

²⁷ El entusiasmo tecnológico llegó después de la Primera Guerra Mundial a Europa y Rusia, quienes querían conocer de qué modo Estados Unidos se transformaron en la nación más productiva. Thomas P. Hugues, *American Genesis. A Century of Invention and Technological Enthusiasm*, Penguin Books, 1989, en particular pp. 249 a 295.

las fábricas como centros de la moderna producción industrial, también puede rastrearse en diversas expresiones periodísticas.

Ahora bien, según el sociólogo francés Pierre Bourdieu, las palabras que tienen la fuerza de crear visiones de la sociedad y que contribuyen también a la creación de ese mundo tienen más probabilidades de éxito cuando ellas están fundadas en la realidad²⁸. Para que las voces de los profesionales pudieran ser escuchadas la presencia significativa de fábricas y talleres debía ser innegable en el panorama de la industria argentina.

En el periodo de entreguerras, el crecimiento de las actividades industriales, las mejoras en las instalaciones y en los métodos de elaboración favorecieron también la ampliación de las oportunidades laborales y la relativa consolidación de los trabajadores de talleres y fábricas. El obrero moderno adquirió perfiles más definidos, mientras que la figura de un trabajador que alterna su trabajo con labores rurales o como cuenta propia fue perdiendo intensidad.

Los problemas originados por la crisis y la guerra impulsaron la búsqueda de soluciones de diverso orden, que acompañaban, por otra parte, las expectativas que se abrían con los cambios políticos que culminaron con la llegada del radicalismo al gobierno. Los ingenieros proponían las suyas desde las páginas de la revista del Centro Nacional de Ingenieros, *La Ingeniería*. Por cierto que quienes lo hacían estaban preocupados por encontrar una solución, posiblemente más que una alternativa, a las dificultades del desarrollo económico que la crisis y la guerra develaban. Desde las páginas de *La Ingeniería* Domingo Selva pregonaba en 1916 la necesidad de aprovechar el momento propicio de industrializar el país²⁹. La dependencia de la nación de la agricultura y de la ganadería tenía una solución en la industria y ella ya mostraba signos de su vitalidad. Adolfo Dorfman, el historiador de la industria, mostró la evolución de diferentes indicadores de importancia a la hora de evaluar las transformaciones en distintas ramas industriales. Disminución de las importaciones de telas, sean ellas de lana o algodón, de calzados, de productos químicos, el consumo de derivados del petróleo y la relación entre producción nacional e importación o la evolución de la industria cementera³⁰. Los datos de Dorfman nos dicen que el momento era propicio no sólo para meditar

²⁸ Pierre Bourdieu, *Cosas dichas*, Argentina, Gedisa, 1988, «Espacio Social y Poder Simbólico».

²⁹ *La Ingeniería*, 16 de agosto de 1916, p. 262.

³⁰ Adolfo Dorfman, *Historia de la industria argentina*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1970, pp. 323-363.

sobre el estado del país o su potencialidad, sino también para darle efectividad al discurso de quienes estaban interesados en el desarrollo y crecimiento de la industria.

El crecimiento industrial hacía creíble la difusión de discursos relacionados con la organización del trabajo industrial, pero como en una vía de doble mano la creciente difusión de técnicas, procedimientos y problemas vinculados con la industria, tanto desde las páginas de *La Ingeniería* como de una vasta producción periodística³¹, alimentó la construcción de una imagen del desarrollo económico y de relaciones sociales que tuviera a la producción industrial y al trabajo como eje.

Si la lectura de la situación del país realizada por el ingeniero Selva en 1916 era una expresión más de que la fe en el progreso se había fisurado³², lo cierto es que paulatinamente comenzaban a construirse nuevas representaciones donde la industria, el trabajo y la técnica se entrecruzaban para construir una gran nación. Y donde los ingenieros podían intervenir porque estudiaban los mejores procedimientos utilizables en el desarrollo de diferentes actividades industriales, porque estaban preocupados por la educación técnica de los jóvenes y por los estudios universitarios de ingeniería mecánica e industrial y porque tenían los conocimientos necesarios para planificar y organizar el trabajo en la industria.

Como síntoma de esos cambios se puede señalar que en 1916 es un ingeniero civil quien está colocando el tema de la industrialización. En cambio, en 1941, en un número especial de *La Ingeniería* dedicado a la industria, sobre 34 artículos, 20 están escritos por ingenieros industriales, uno por un ingeniero mecánico y el resto por ingenieros civiles. Al iniciar la década de 1940, los ingenieros indus-

³¹ *La Ingeniería* se inscribe en la emergencia de un periodismo técnico de carácter institucional y/o vinculado a saberes cuyas vías de transmisión son instituciones como la universidad. La empresa de difusión que realizaban los ingenieros se diferenciaba de aquellos saberes técnicos popularizados por las revistas de divulgación, que se multiplicaron desde los años veinte, como de los saberes científicos destinados a los «trabajadores» por el socialismo y el anarquismo. Véase Beatriz Sarlo, *La imaginación técnica. Sueños modernos de la cultura argentina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1992, y Dora Barrancos, «La modernidad redentora: difusión de las ciencias entre trabajadores de Buenos Aires, 1890-1920», en *Siglo XIX*, núm. 12, julio-diciembre de 1992.

³² «Las breves rachas de florecimiento que hemos tenido nos han engañado al punto de hacernos imprevisores y de hacernos imprudentes, fomentando en todos una equivocada convicción de incontenible progreso que nos ha llevado a la locura de las especulaciones, causa primera de esta profunda crisis», en «Industrialicemos el país», *La Ingeniería*, 16 de agosto de 1916, p. 247.

triales se habían constituido como voces autorizadas no sólo para evaluar la evolución industrial en su conjunto y por ramas de actividad (desde la textil hasta la del petróleo, desde el cemento y el papel hasta la industria cinematográfica), sino también para analizar los problemas económicos de la industria, los salarios racionales en la misma, las construcciones industriales y los orígenes de la enseñanza industrial universitaria³³.

De ningún modo estoy diciendo que los ingenieros ingresaran masivamente a las fábricas y las convirtieran en su territorio, sólo estoy señalando que ellos encontraron en la industria un nuevo campo para su actuación profesional y que la veían también como un esfuerzo de su intervención. Pero este fue un proceso en el que no sólo la materia para que ellos se transformaran en dirigentes y organizadores debía ser real (las fábricas), sino que desde el punto de vista de las bases conceptuales que podían regir las organizaciones industriales el empirismo debía sustituirse por una elección metódica, basada en el conocimiento científico y racional. El cambio residía en que la ciencia debía nutrir a la industria, que requería de invenciones originales, un proceso de experimentación científica, profesionales e instituciones científicas. Innovar y producir estaban rodeados de un ambiente científico y ello significó también la aparición de una proporción creciente de trabajadores científicos y técnicos que se ocupaban de la investigación y del desarrollo en la industria o a cuenta de ellas³⁴. La ciencia, a diferencia del pensamiento científico de fines del siglo XIX, en manos de trabajadores, científicos y técnicos tenía la misión de innovar e incrementar la producción de manera incontenible.

En la Argentina de la primera posguerra se difundieron aquellas herramientas necesarias para la tecnología científica (física clásica, química orgánica, electromagnetismo). Las universidades nacionales de La Plata y Buenos Aires eran los focos de formación. En la Facultad de Ingeniería se creó la especialidad de ingeniero industrial "con una sólida preparación de 'base' que les ha permitido especializarse en diferentes industrias" y se crearon algunos laboratorios de experimentación con el objetivo de estimular a "ingenieros jóvenes" y estudiantes en investigaciones para mejorar sus productos, obtener otros

³³ *La Ingeniería*, núm. 8, agosto de 1941.

³⁴ Sobre la transformación de las economías industriales, Eric Hobsbawm, *Industria e Imperio*, España, Ariel, 1977, en particular el capítulo 9. Sobre el papel de la ciencia y la tecnología se puede consultar André Groz, «Técnica, técnicos y lucha de clases», en *Crítica de la división del trabajo*, Barcelona, Buenos Aires, Editorial Laia, 1977.

nuevos o producirlos a menor costo³⁵. La disminución de los costes se asociaba directamente a la capacidad para medir (y racionalizar) los gestos realizados por los trabajadores como a la transformación de las máquinas herramientas y a la modificación de los circuitos de producción.

Desde otro ángulo también podríamos preguntarnos de qué modo contribuyeron los industriales a montar laboratorios en las fábricas o a crear institutos dedicados a la investigación y asesoramiento para la propia industria. Las respuestas son muy provisionales pero un indicio del tema lo proporciona el Dr. Hilario Magliano, quien al evaluar en 1941 el estado de las investigaciones científicas y técnicas, luego de mencionar algunos organismos oficiales y privados (Asociación para el Progreso de las Ciencias, Comisión Nacional de Cultura, Asociación Argentina del Frío), resalta el papel que las reparticiones dependientes del Ministerio de Obras Públicas de la Nación tuvieron en el progreso técnico del país. Obras Sanitarias de la Nación y Ferrocarriles del Estado sostenían laboratorios que realizaron importantes estudios sobre materiales así como la Dirección Nacional de Vialidad, sin olvidar la Comisión de Carburante Combustible Nacional dependiente de la Dirección de Geología y Minas y a Yacimientos Petrolíferos Fiscales o a los talleres y arsenales navales y militares³⁶.

Los indicios consignados por Magliano inducen una primera conclusión. Son algunas de las ramas industriales las que estrechan los lazos entre ciencia e industria, pero es el Estado, fundamentalmente, el que sostiene las inversiones para la formación de los recur-

³⁵ Es difícil el abordaje de la relación entre ciencia e industria, pues no abundan estudios específicos para el periodo estudiado. Se puede consultar José Babini, *Historia de la ciencia en la Argentina*, Buenos Aires, Ediciones Solar, 1986, y Hebe Vessuri, «La ciencia académica en América Latina en el siglo XX», en *Redes*, núm. 2, vol. 1, diciembre de 1994.

³⁶ Hilario Magliano fue decano de la Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas de la Universidad Nacional de La Plata en el periodo 1936-1940. Sus observaciones fueron tomadas de «La investigación científica y técnica», *La Ingeniería*, agosto de 1941. La evaluación de Magliano fue expuesta también en una conferencia dictada el 4 de agosto de 1939 en el Instituto Popular de Conferencias. En cuanto al estímulo de la industria, en particular la de maquinarias, se puede consultar Enrique P. Cánepa, *La vida de un ingeniero*, Buenos Aires, Fundación del Cronista Comercial, 1973. Respecto a la Asociación Argentina para el Progreso de la Ciencia, fue fundada en 1933 y el Dr. Bernardo Houssay señalaba que muchas de las personas que ellos formaron ocupaban posiciones eminentes en la industria. Se puede consultar también «Plan para desarrollar la investigación técnico-científica en la Argentina», del ingeniero Augusto Durelli, en *Ciencia y Técnica*, mayo de 1959.

tos humanos que articulan la producción científica con la producción de bienes.

Se podría señalar entonces que en la entreguerra se va a operar una transformación en la estructura económica y social que va a favorecer la eficacia que desde entonces adquiere el discurso sobre la industrialización y el trabajo. Que los ingenieros fueron uno de esos sectores interesados en producir esa modificación y que ello fue un movimiento simultáneo al reconocimiento de la importancia de su formación científica y técnica para opinar, legítimamente, sobre el tema. El lugar que ocupaban los ingenieros fue acompañado también por una especialización profesional. El «ingeniero industrial» ocupó un papel en la escena de la producción. Claro que para ello había que desalojar —cierto que parcialmente— a los trabajadores y jefes de taller formados empíricamente.

Si los industriales recurren a los médicos y no a los “curanderos”, decían en «Nuestras explotaciones industriales», “es ilógico su proceder cuando para los males de su fábrica solicitan al ‘curandero-mecánico’ olvidándose del ingeniero, y reclamaban una campaña de conocimiento mutuo ‘para evitar continúe el alejamiento entre el profesional y el industrial’, tratando de llegar, por las razones de mutua conveniencia, en donde los pequeños problemas son consultados —aun por correspondencia— a los profesores y profesionales especializados. No es secreto para nadie que nuestro ambiente industrial rehúye sistemáticamente el concurso del ingeniero, cuyo consejo no podría serle, en el peor de los casos, perjudicial, por el contrario”³⁷.

La presencia del especialista (ingeniero) en las fábricas se consideraba necesaria por varias razones. La más evidente era que había un orden jerárquico donde los “jefes de taller”, los “capataces” (un puesto que el trabajador obtenía por los conocimientos adquiridos tras una larga experiencia de trabajo y significaba un ascenso en su carrera laboral) tenían solamente la misión de vigilar, observar y conservar las instalaciones y resolver cuestiones de menor importancia pero “nunca encomendarles —como es frecuente— problemas tales como ampliaciones de fábricas, adquisición de nuevas maquinarias, cambios en los procedimientos en el trabajo y elaboración así como de cuestiones del mismo orden de importancia, en las que es necesario capacidad”³⁸. Es decir, que mientras los ingenieros tenían la función de dirección por sus capacidades y conocimientos adquiridos en

³⁷ «Nuestras explotaciones industriales», *La Ingeniería*, febrero de 1927, p. 143.

³⁸ *La Ingeniería*, febrero de 1927.

la institución universitaria, los trabajadores tenían la tarea de ejecutar el trabajo que se les ordenaba y, a lo sumo, en el caso de los jefes de taller resolver problemas menores. Esto constituía una línea de tensión permanente entre los saberes adquiridos institucionalmente y los saberes prácticos que conforman el capital cultural de los pobres.

Asimismo, la presencia de un ingeniero en la fábrica dejaba al industrial un beneficio que se obtenía por la mejor disposición de las máquinas y la más eficiente organización del trabajo humano. La eficiencia se asociaba, entonces, con la disminución de gastos y en consecuencia el aumento de las ganancias.

El reclamo de reconocimiento de la función directiva del ingeniero y de sus saberes y capacidades se hacía frente a los saberes técnicos y prácticos del obrero. El saber técnico del ingeniero se relacionaba con la dirección, puesto que ella se consideraba como el factor más importante en el progreso técnico y social³⁹. Sus conocimientos se alzaban por sobre el saber hacer manual propio de los trabajadores y se diferenciaba también de los inventores porque ellos asociaban su éxito al reconocimiento económico que seguía a la adopción de su invento por la industria⁴⁰.

En la base de esta visión se encuentra la clásica división entre trabajo manual e intelectual. Mientras que el trabajo manual es susceptible de ser medido (y esto será una de las claves de la presencia de la ciencia en la industria), el trabajo intelectual es más difícil de cuantificar porque sus frutos se hacen visibles en un periodo más largo de tiempo, de ello resulta que la verdadera clase desposeída es la de los trabajadores intelectuales, donde se incluyen a sí mismos los ingenieros. Como pensador, como creador y como ejecutor, la fuerza que está transformando al mundo es la fuerza intelectual del ingeniero, que se presenta a la sociedad como el “apóstol de un nuevo evangelio”, como el “misionero de la ciencia aplicada” y como “el pacificador entre el capital y el trabajo”, según palabras de uno de ellos. Los obreros eran los brazos, y el ingeniero el cerebro. Ellos estaban por sobre los inventores y los poetas. Eran los poseedores de la imaginación científica que por ser práctica permite “ver todas las dificultades y aspectos de un problema, y encontrar el camino para resolverlo”⁴¹.

³⁹ «El ingeniero social», *La Ingeniería*, septiembre de 1936, ya de manera indiscutible en «La función directiva del ingeniero», *La Ingeniería*, febrero de 1947.

⁴⁰ Sobre los inventores, véase Beatriz Sarlo, *op. cit.*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1992, p. 102.

⁴¹ «El ingeniero en la sociedad moderna», *La Ingeniería*, enero y febrero de 1927, p. 80.

La organización científica estaba asociada a la apropiación del saber hacer o del saber productivo del obrero. El trabajador de oficio poseía conocimientos fruto de una larga experiencia que se transmitía oralmente y no estaba sistematizada. La posesión de esos conocimientos les permitió dirigir, regular y controlar el proceso de trabajo y el tiempo de realización, y los empresarios buscaban apropiarse de esos saberes. En los artículos de *La Ingeniería* no aparece planteado de este modo, sino que se reafirma la función de dirección que se legitima por los saberes científicos adquiridos institucionalmente. Se trata entonces de una "lectura nacional" de los contenidos tayloristas que parecen destinados a hacer conocer, a difundir esos principios más que las técnicas específicas asociadas con ellos⁴².

Los ingenieros se asignaban además el papel de intermediarios entre los factores de la producción: trabajo (social), capital (económico) y recursos naturales (técnicos) y a las funciones de conducción agregaban el papel de educadores. Esa educación se realizaba por medio de la acción moral y del trabajo intelectual que significa levantar una tribuna para dictar un curso o una conferencia, buscando por ese medio "no sólo [...] educar al medio social en sus capas inferiores, sino también en las superiores, es decir no sólo al obrero, sino también al capitalista, y al público en general"⁴³.

Otro tema que los ingenieros desarrollaron en diferentes medios de difusión fue el de la fijación del salario, porque era a ellos a quienes "correspondía por su carácter técnico y por su actuación en las grandes usinas, talleres y demás establecimientos industriales de alguna importancia estudiar con detención [...] la manera más fácil y equitativa de aunar las necesidades y los beneficios. [...] Una solución racional de estos asuntos será la base de la tranquilidad del país, la felicidad en la vida de los obreros y el adelanto de las industrias particulares"⁴⁴. Para el problema salarial el "espíritu yankee" les daba la solución con el "Premium System" al que veían conciliando las aspiraciones de los patrones y de los obreros. El autor de la nota era el ingeniero Arturo Hoyo⁴⁵.

⁴² La difusión del taylorismo se advierte en otras publicaciones, por ejemplo, la *Revista Mecánica Metalúrgica*, cuyo "redactor técnico era el Ingeniero Industrial Leopoldo A. Bava", quien tradujo y publicó mensualmente la «Dirección de Talleres» de Taylor, entre noviembre de 1926 y diciembre de 1927.

⁴³ *La Ingeniería*, febrero de 1927.

⁴⁴ «Los salarios», *Revista Politécnica*, junio-julio de 1905, pp. 176-177.

⁴⁵ El ingeniero Hoyo dio una de las primeras conferencias sobre el taylorismo en el Instituto Popular de Conferencias, en el Salón de Actos de *La Prensa*. Era miembro

Con el desarrollo industrial uno de los objetivos que se planteaban los ingenieros fue analizar los costos de producción, pues debía realizarse un estudio científico de los factores intervinientes. Así se fijaron distintos métodos que a partir de establecer las relaciones existentes entre los ingresos de los obreros, la productividad y los costos de la mano de obra diseñaban también diferentes sistemas de incentivos salariales.

El salario por día, por hora o "a la jornada" era el más extendido en el país por su simplicidad para efectuar los cálculos por parte de los patrones, pero presentaba algunos inconvenientes para los nuevos apóstoles de la ciencia en la industria: no distinguía al hábil del torpe, ni al perezoso del trabajador, exigía una gran vigilancia para mantener la producción a un cierto nivel aumentando el número de capacitados, lo que significaba el incremento de gastos sin elevar la producción, a lo que habría que agregar los peligros que derivaban de una vigilancia que terminaba por relajar la armonía que debía existir entre la dirección y los obreros y eliminaba al obrero susceptible de perfeccionarse. La solución la proporcionaba el "salario moderno", un salario a prima que incorporaba la noción implícita de velocidad de producción introducida por Taylor y Gantt y perfeccionada por Halsey y Rowan.

Para los difusores de *La Ingeniería*, el salario moderno estaba constituido por dos partes: una que dependía del ambiente, de la época, de la sociedad en que vivía el trabajador y que representaba el mínimo indispensable para afrontar las necesidades materiales de su existencia y otra móvil, la prima que era un suplemento en función de su actividad. El sistema de prima introducía una nueva noción de tiempo que dependía de las condiciones técnicas en las que se desarrollaba la producción. Esta noción de tiempo hacía desaparecer los procedimientos habituales para apreciar el rendimiento del trabajo mediante la simple estimación, adoptando un sistema de medidas controladas y resultantes de un cuidadoso estudio, lo que representaba, por otra parte, una idea de la eficacia de la organización del taller. El taylorismo en su esencia era el método para estudiar este factor tiempo⁴⁶.

bro de la Sociedad Científica Argentina. Un resumen de la mencionada conferencia, en *La Prensa* y *La Nación* del 3 de junio de 1922. La *Revista Mecánica Metalúrgica* publicó notas sobre el tema en mayo de 1927 y marzo de 1928 y *La Ingeniería* en noviembre de 1929.

⁴⁶ «La fijación de los salarios en la Organización Científica del Trabajo», *La Ingeniería*, noviembre de 1929, y «Algunas reflexiones sobre los salarios», *Ciencia y Técnica*, revista del Centro de Estudiantes de Ingeniería La Línea Recta, junio de 1922.

En la Argentina los estudios de Taylor en primer lugar, luego los de Gantt y Gilbreth, eran los más mencionados. Los sistemas de cálculos eran los menos desarrollados en los trabajos sobre salarios, y en general se explayaban sobre las bondades de la organización científica para "aumentar el rendimiento del trabajo como consecuencia de una mayor eficiencia de los trabajadores, y disminuir el costo de producción en forma apreciable"⁴⁷. Se destacaba la importancia de la ciencia para el cálculo de los costes de producción sobre las formas empíricas, que eran las que se habían utilizado hasta entonces. En estos trabajos de difusión importaba destacar también de qué modo se considera al obrero y cómo el incremento de la producción iba acompañado de un aumento en el nivel de los salarios y, en consecuencia, en el nivel de vida de los trabajadores. Los argumentos se utilizaban para persuadir a los empresarios industriales de las ventajas de su introducción en las fábricas y a los obreros para estimular la colaboración con los patrones.

La Organización Científica del Trabajo, esto es, el examen de tiempos y movimientos y el sistema de incentivos salariales, tal como emerge de las páginas de *La Ingeniería*, fue acompañada por la difusión de una concepción más amplia, «una nueva mentalidad», una nueva forma de encarar los problemas económicos industriales que había empezado con la Organización Científica del Trabajo y completado con la racionalización⁴⁸. Ambos elementos eran considerados equivalentes a la revolución técnica que había producido la máquina de vapor⁴⁹. Estados Unidos era el modelo porque "somos como ellos, un país joven y donde se van amalgamando distintas razas" y además "Europa poco nos puede enseñar. Su civilización secular y sus costumbres que miran siempre hacia atrás, cuidando la tradición, no pueden compararse con nosotros, que tenemos una

⁴⁷ «La fijación de los salarios en la Organización Científica del Trabajo», *La Ingeniería*, noviembre de 1929, p. 482.

⁴⁸ «Taylorismo y organización», *Ciencia y Técnica*, revista del Centro de Estudiantes de Ingeniería, octubre de 1917, y «Qué es el taylorismo», octubre de 1921. «Las consecuencias económicas de la racionalización», *La Ingeniería*, agosto de 1931; «La racionalización», II Conferencia Internacional de Organización Científica del Trabajo, Ginebra, 4 de julio de 1931, además de las publicaciones de otras revistas como *Revista Mecánica y Metalúrgica*, cuyos títulos son de por sí sugerentes: «El factor humano de la organización del trabajo», «De las diferentes clases de hombres», agosto de 1927 y enero de 1928, «La normalización en las industrias», junio y octubre de 1927.

⁴⁹ «Las consecuencias económicas de la racionalización», *La Ingeniería*, agosto de 1931.

historia tan corta y sin tradición. Europa es rutinaria, es demasiado vieja para ser arriesgada"⁵⁰.

Instalada la técnica como base de las relaciones económico-sociales de los hombres me parece importante señalar que el complejo problema de la racionalización se asocia a la emergencia de situaciones críticas que eran consideradas como inevitables. La organización científica había permitido resolver las limitaciones vinculadas a la productividad del trabajo, pero la racionalización era esa actitud mental que permitiría planificar para evitar las consecuencias que la depresión de 1929 colocaba en primer plano.

La "hora de los ingenieros", como titula su discurso Julio Vela Huergo, había llegado y ello era posible porque en la Argentina ya eran poderosos y salientes los perfiles del predominio industrial y para los ingenieros "será necesario encarar problemas obreros. [...] Para eso deben agregar a su nutrido bagaje de conocimientos científicos y técnicos las nociones de economía política y social, la organización científica y la reglamentación del trabajo, las prescripciones de la higiene. [...] Para abreviar: la organización científica del trabajo, que ya no se considera solamente como un aspecto de la ciencia social, sino que ocupa cada vez un lugar más elevado en la economía, trascendiendo del marco del taller a la industria entera, para llegar a la tipificación y a la racionalización"⁵¹.

El grado de difusión de los principios más generales de la organización científica y de la racionalización impulsó la participación del Centro Nacional de Ingenieros en el VI Congreso Internacional de Organización Científica que se realizó en Londres del 15 al 20 de julio de 1935. Se designó una comisión para organizar la participación argentina y ella estaba integrada por Manuel F. Corbello, Emilio Dickman, Ricardo J. Gutiérrez y Rodolfo Martínez de Vedia. Los temas del congreso estaban divididos en secciones y abarcaban tanto las manufacturas (métodos para controlar la producción) como la agricultura (la normalización como factor de importancia para el desarrollo agrícola), la distribución así como la educación (métodos de selección, educación y preparación del personal administrativo) sin descuidar el aspecto doméstico (¿cómo puede la organización científica en el hogar contribuir a una elevación del estándar de vida?)⁵².

⁵⁰ «Organización Industrial. Historia de su desarrollo», *La Ingeniería*, mayo de 1936, p. 320.

⁵¹ «La hora de los ingenieros», *La Ingeniería*, noviembre de 1934, p. 508.

⁵² «El VI Congreso Internacional de Organización Científica», *La Ingeniería*, diciembre de 1934, pp. 574-575. Los límites de la organización científica no se redu-

En algunos trabajos como los del ingeniero Dickman llama la atención la fe depositada en la organización científica para resolver cada uno de los problemas que se planteaban sobre la productividad y el trabajo. Por ejemplo, el diagnóstico sobre la situación ferroviaria en 1935 dice: "No aplicaron las normas de la Organización Científica, cuando debieron hacerlo, permanecieron casi indiferentes a esta parte fundamental de la economía". La solución era una sola y ella giraba alrededor de "Racionalización administrativa: Racionalización de la explotación y Organización Científica del Trabajo".

Ya en los años cuarenta se consideraba que la función de los ingenieros era esencial para la sociedad, para la economía, la producción y la organización científica del trabajo. Su presencia era necesaria para estandarizar el trabajo y establecer una remuneración científica, combatir las instalaciones defectuosas y al mismo tiempo garantizar un ambiente de trabajo adecuado por la distribución de hombres y maquinarias o por las condiciones ambientales y asegurar al empresario un adecuado conocimiento de su capacidad de producción y una idea concreta sobre sus costes. La "filosofía de la producción" entendida como el conjunto científico de principios que rigen el establecimiento armonioso de las relaciones dentro de una empresa y que regulan los vínculos entre sus partes (patronos y obreros) y de ellos con el mercado, había triunfado⁵³.

En el periodo previo a la llegada de Perón a la presidencia de la nación se difundieron algunas técnicas específicas o casos particulares donde pueden aplicarse los principios de la organización moderna. Por ejemplo, en las construcciones civiles, en la administración, en particular en las grandes empresas industriales⁵⁴. Pero a partir de entonces entramos en un territorio más estudiado, y por eso más conocido sobre nociones tales como organización, productividad y eficiencia.

cían a la fábrica o el taller y alcanzaban al hogar y las tareas del ama de casa. El ingeniero Dickman ya para esa época agregaba a sus títulos docentes el de ser miembro de la Taylor Society.

⁵³ «Industria, organización industrial y política de gobierno», *La Ingeniería*, julio de 1941, p. 567. La idea del ingeniero social especializado en los problemas del trabajo había sido desarrollada en «El ingeniero social», *La Ingeniería*, septiembre de 1936.

⁵⁴ «Los principios de organización en las construcciones civiles», *La Ingeniería*, septiembre de 1943, «Ensayo de introducción a una racionalización administrativa», *La Ingeniería*, abril, mayo y junio de 1944, y «Cómo hemos "taylorizado" nuestro taller mecánico», *La Ingeniería*, febrero, marzo, abril, mayo de 1945.

b) Otras voces

Ya he señalado que al comenzar el siglo XX diferentes profesiones (médicos, abogados, ingenieros) fueron especializándose en aquellos temas vinculados con el mundo del trabajo. Muchos de ellos se incorporaron a las instituciones estatales que se fueron formando. Se integraron al Departamento Nacional del Trabajo o a la sección de Higiene Industrial del Departamento Nacional de Higiene. Formaron instituciones privadas y editaron algunas publicaciones como el *Boletín del Museo Social Argentino* o la *Revista Argentina de Ciencias Políticas*.

Por ejemplo, la *Revista Argentina de Ciencias Políticas* (en adelante RACP) apareció en octubre de 1910 bajo la dirección de Rodolfo Rivarola y en ella intervinieron figuras muy conocidas por quienes examinaron el sistema político, tales como Nicolás Matienzo, Adolfo Posadas, un estudioso del estado y la cuestión social en España, Ernesto Quesada, y en el campo socialista Alfredo Palacios y Juan B. Justo. Sin embargo, la revista tuvo una amplia intervención en aquellos temas que vinculaban Estado y cuestión social, legislación laboral y seguridad social. Los editores estaban preocupados por el conflicto social y por eso incluían en sus páginas las crónicas de las huelgas. Además promovían la intervención estatal en la resolución de los problemas sociales.

Aunque es cierto que un análisis detallado del número de artículos publicados por la revista muestra el predominio de los temas relacionados con el derecho (civil, comercial, penal, legislación procesal), ya desde 1914 se incorpora la noción de "derecho industrial". Esta última sección se transforma en 1922 en «Legislación industrial y del trabajo». Respecto a los temas colocados bajo este título se destacan aquellos vinculados con la intervención estatal en el acortamiento de las desigualdades sociales como un medio para garantizar la armonía y la seguridad social de toda la población.

Para la RACP la racionalidad y la eficiencia pasa por encontrar un marco adecuado para la resolución de los conflictos que plantea la llamada cuestión social. Ocupan sus páginas los temas obreros como el "derecho al trabajo" y la legislación laboral, seguro obrero y accidentes de trabajo, agencias de colocación, contratos de trabajo, desocupación y jubilaciones y pensiones además de los problemas asociados con la conformación de tribunales de meno-

res, el trabajo infantil y la temática de la mujer obrera y su protección⁵⁵.

La organización científica del trabajo es tomada parcialmente por la revista. Pero al analizar temas como el contrato laboral se expresan opiniones sobre la división entre trabajo manual y trabajo intelectual. Para ellos la "división del trabajo" es sólo "un medio de asistencia recíproca y paso necesario para la obtención de la solidaridad perfecta"⁵⁶. En la *RACP* las nociones de racionalidad, eficiencia, modernización se vinculan directamente con el trabajo (jornadas, salarios, conflictos). Consideraban, además, que ante la presencia innegable del "industrialismo", sobre todo finalizada la Primera Guerra Mundial, corresponde "la reglamentación de la vida obrera en conexión, entonces, con el 'régimen legal de las industrias'". Frente al adelanto industrial se concluía que "con el fin de crear un vasto programa legislativo, de realización metódica y racional, puede sostenerse y concluirse que la producción argentina y su profícua elaboración fabril requieren, ante todo planes de gobierno adecuados y leyes tutelares que sean su lógica consecuencia"⁵⁷.

Por la misma época en la que apareció la *Revista Argentina de Ciencias Políticas* un grupo de profesionales e intelectuales proyectó crear un instituto de acción social; cabeza visible del proyecto fue el Dr. Tomás Amadeo. En 1911 se fundó el Museo Social Argentino, que comenzó a editar el *Boletín del Museo Social Argentino* (en adelante *BMSA*) al año siguiente. Los vínculos entre los editores de la *RACP* y del *BMSA* eran fluidos y muchos nombres figuran en ambas publicaciones.

Como en el caso de la *RACP*, el *BMSA* le asigna gran importancia a la resolución de los conflictos sociales. Una buena parte de los editores del boletín son abogados y, probablemente por eso, un motivo de preocupación central es la legislación que resguarde a la familia obrera. Hay un claro interés por difundir artículos e informes de la Orga-

⁵⁵ Sólo a título informativo se pueden mencionar los artículos publicados por la *RACP* sobre: «El fenómeno de la desocupación», abril de 1915 y febrero de 1918; «Accidentes de trabajo», octubre de 1915, junio y agosto de 1916 y noviembre de 1917; «El derecho social al trabajo», marzo de 1917, «Legislación del Trabajo», diciembre de 1921; «Jubilaciones y pensiones», abril de 1913, y «Agencias de Trabajo», marzo de 1917. Véase Mirta Zaida Lobato, «El derecho social al trabajo. La *Revista Argentina de Ciencias Políticas* y los estudios sobre el fenómeno de la desocupación», nota introductoria y selección documental, en *Estudios del Trabajo*, núm. 17, primer semestre de 1999.

⁵⁶ *RACP*, marzo de 1915.

⁵⁷ *RACP*, «Hacia el industrialismo», junio de 1917, p. 297.

nización Internacional del Trabajo. Recordemos que luego de la Primera Guerra Mundial la Sociedad de las Naciones y la Organización Internacional del Trabajo impulsaban la realización de informes sobre las condiciones sociales. Los estudios e informes hacían de los planes de bienestar social una fuente de prestigio que los profesionales locales utilizaban para fortalecer espacios institucionales tanto en el ámbito público como en el privado.

Respecto a la organización científica del trabajo, el boletín cumple la función de difundir las resoluciones de los congresos sobre el tema realizados por la OIT⁵⁸. Al hacerlo señalaban que "la racionalización no debe ser exclusivamente de índole económica [...] teniendo en vista un mayor rendimiento del trabajo y por consiguiente mayores utilidades. [...] En el congreso se ha sostenido que en la racionalización hay también un esfuerzo de seguridad social. Debe ser un medio de facilitar y mejorar las condiciones de trabajo"⁵⁹.

Como en la *RACP*, el *BMSA* difunde los principios tayloristas desde una perspectiva general y sobre todo se enfatiza que la organización científica debería permitir el aumento de salarios y con ello las mejoras en las condiciones de vida. Para ambas publicaciones la clave está en la legislación, pues la racionalización y eficiencia en el trabajo se encuentra en estrecha relación con el bienestar de las clases laboriosas. En este punto podríamos señalar que hay una matriz común compartida en las publicaciones analizadas sobre la ausencia de contradicción entre la difusión de los métodos racionales de organización del trabajo y el progreso social.

Para advertir la fuerza de esta imagen compartida —que difiere sustancialmente cuando se escribe sobre las metas a alcanzar y sobre el proyecto de sociedad futura— me gustaría volver a las páginas de *La Ingeniería* y tomar el análisis del ingeniero Adolfo Dickman, quien fue militante socialista. Para él tampoco hay contradicción entre la producción en gran escala y la consideración del "factor humano". Según Dickman, "Los capitanes de la gran industria norteamericana comprendieron la importancia enorme del papel de la clase trabajadora en la producción. Esta idea tan elemental no fue comprendida a su debido tiempo por los industriales y capitalistas del Viejo Mundo. [...] Justamente los estudios de costos de producción y de salarios y,

⁵⁸ *Boletín del Museo Social Argentino*, Buenos Aires, agosto y septiembre de 1929. Véase también Marina Kabat, «El ojo del amo. Primeras inquietudes en torno al taylorismo en la Argentina (1919-1930)», en *Estudios del Trabajo*, núm. 17, primer semestre de 1999.

⁵⁹ *Boletín del Museo Social Argentino*, Buenos Aires, agosto de 1929, p. 396.

sobre todo, la idea de las primas o bonificaciones que habían sido rudamente atacadas es el único camino que había permitido conseguir lo que se creía imposible: el abaratamiento de los artículos y la elevación de los salarios con una reducción de la jornada de trabajo, lo que mejoró las condiciones de vida y amplió el mundo de los consumidores”⁶⁰. Dickman parece repetir como en una letanía algunas de las observaciones de Taylor. Por ejemplo, sostiene que la vigilancia y el castigo no se aplican en la organización científica del trabajo y que la colaboración de los obreros tiene que ser libre y espontánea y no forzada. Para él, “La Dirección Técnica, la Dirección Administrativa y el obrero deben marchar como un engranaje solidario” y “lo más interesante del sistema de retribución por primas es que no declara inútil al obrero que no alcanza a la producción ‘standard’. Sino que considera que no es apto para esa tarea. Entonces se busca para ese obrero el trabajo que está más de acuerdo con sus aptitudes, de modo que no se lo elimina de la producción”⁶¹.

Para la época que escribe Dickman los líderes bolcheviques como Lenin (incluso Trotski) confiaban que la producción en gran escala podía conducirlos a la futura sociedad socialista y creían en el desarrollo de la tecnología y en el control y centralización de la producción para el logro del bienestar. En varios aspectos Lenin, Taylor y Ford iban de la mano. Dickman advierte esta afinidad y señala en el texto publicado en *La Ingeniería* que en Rusia se tiene en cuenta el problema de la organización científica y que existe un instituto creado especialmente para este fin. De modo que en las palabras del militante socialista: “Lenin y Herbert Hoover están de acuerdo sobre la OCT y las ideas de la OCT y la racionalización van tomando cada vez más valor y son más tenidas en cuenta”⁶². Para evitar confusiones

⁶⁰ *La Ingeniería*, noviembre de 1929, p. 484.

⁶¹ *Ibidem*, pp. 483-484.

⁶² *Ibidem*, p. 486. Es interesante señalar que una nota titulada «La participación de los obreros en los beneficios, según Taylor» publicada en la revista oficial de los industriales varios años antes iba en la misma dirección (*Boletín de la Unión Industrial Argentina*, 15 de noviembre de 1918). Allí se dice: “Es evidente que la lucha de clases, o al menos la lucha entre el capital y el trabajo, es estéril, y los mismos socialistas militantes, o al menos algunos de ellos por lo menos, reconocen que debe llegarse a una colaboración íntima entre todos los elementos que concurren a la producción. Pero no pueden modificarse en un momento las ideas de una masa de muchos millones de trabajadores. El deber de todos es procurar que cambie esta mentalidad, y uno de los medios, preconizado desde hace tiempo para este objeto, es organizar la participación de los trabajadores en los beneficios realizados por las empresas, a las cuales ceden su trabajo y dan sus fuerzas”, pp. 22-23.

conviene señalar que Lenin sostenía que sólo habrá racionalidad cuando haya una “distribución sensata del trabajo social”⁶³.

Al finalizar la década de 1920 se puede encontrar que se compartía la idea de que la eficiencia en la organización del trabajo y en la producción se puede traducir con la palabra racionalización. Esta expresión es, en palabras de Dickman, una nueva mentalidad, un nuevo modo de encarar los problemas económicos bajo el dominio de la técnica y de la ciencia. La racionalidad es la “aplicación de un método científico integral” y esta manera de encarar las cuestiones económicas que fue iniciada con la organización científica del trabajo fue terminada con la racionalización produciendo una revolución que sólo es comparable con la revolución que siguió a la aparición del vapor⁶⁴.

4. Epílogo breve

Como he señalado al inicio de este trabajo, la pregunta central que recorre el texto es quiénes, cuándo y cómo tomaron la organización, racionalidad y eficiencia en la organización del trabajo como símbolo de la modernidad industrial en la Argentina. Para responder esa pregunta he examinado la literatura de viajes (Sarmiento y Justo) y aquella que tomó a las fábricas/frigoríficos como centro de las ficciones que hablaban del drama del trabajo (Moreno, Velázquez, Larra). Los frigoríficos fueron las fábricas clave porque en ellos había una traducción práctica de los principios de racionalidad, eficiencia, control y organización de la producción. Además, las catedrales del *corned beef* encarnaban la explotación imperialista y capitalista que los escritores socialistas y comunistas denunciaban.

⁶³ Escribió Lenin en 1914 que “el taylorismo, sin que lo quieran sus autores y contra la voluntad de estos, aproxima el tiempo en que el proletariado tomará en sus manos toda la producción social y designará sus propias comisiones obreras, para distribuir y ordenar acertadamente todo el trabajo social. La gran producción, las máquinas, los ferrocarriles, los teléfonos, todo eso ofrece innumerables posibilidades de reducir cuatro veces el tiempo de trabajo de los obreros organizados, asegurándoles un bienestar cuatro veces mayor que el de hoy. Y las comisiones obreras, con el concurso de los sindicatos obreros, sabrán aplicar estos principios de distribución sensata del trabajo social cuando este se vea libre de la esclavización por el capital”, V. I. Lenin, *Control obrero y nacionalización*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Tierra, 1973, pp. 11 y 12.

⁶⁴ *Ibidem*, p. 657.

La admiración que la experiencia norteamericana despertaba en Sarmiento fue mudando hacia la crítica al utilitarismo, al materialismo y a la técnica propias del advenedizo en Cané, así como a la denuncia de las consecuencias sociales que el dominio de la ciencia y de la tecnología tenían para las clases desposeídas expresada por Justo. En la segunda mitad del siglo XIX se habla del "espíritu yankee" o del "yanquismo" y fue recién durante el periodo de entreguerras que el nombre de "americanismo" sirvió para designar la organización de la producción industrial que los Estados Unidos difundieron.

Para ese periodo he examinado tanto la literatura como un vasto arco de publicaciones, pero me he concentrado en tres de ellas porque fueron expresiones de campos profesionales que paulatinamente fueron constituyendo ámbitos de actuación estrechamente relacionados con el mundo del trabajo: salarios, jornadas y condiciones de labor.

Taylor, el ingeniero mecánico norteamericano, como figura paradigmática de la Organización Científica del Trabajo, está presente en las ficciones que no sólo denuncian la "opresión y la explotación inhumana" de los trabajadores, sino que construyen imágenes de la racionalidad productiva: orden, centralización y control. En esas ficciones desfilan en el escenario de las fábricas y bajo el dominio de las norias gigantescas, engranajes, brazos mecánicos y gobierno de las máquinas.

Del examen de las revistas *La Ingeniería*, *Revista Argentina de Ciencias Políticas* y *Boletín del Museo Social Argentino*, más otras que sólo fueron utilizadas lateralmente en este ensayo como el *Boletín de la Unión Industrial*, la *Revista Politécnica*, que fue el órgano oficial de la asociación de estudiantes de ingeniería La Línea Recta desde 1900, y la *Revista Mecánica Metalúrgica*, se puede sostener que fue durante el periodo de entreguerras cuando se difundieron las ideas de racionalidad y eficiencia vinculadas con el trabajo industrial, así como se hicieron conocer los principios del taylorismo en nuestro país. Son artículos de divulgación, de carácter general que soslayan los problemas asociados a las aplicaciones concretas de esas ideas en el territorio de las fábricas.

Ese interés por la difusión es, desde mi punto de vista, el síntoma del entusiasmo que despertaban los nuevos principios, incluso en una nación cuya industria y tecnología eran tan modestas. La americanización era una meta para convertirse en una nación fuerte y poderosa. Estados Unidos brillaba como un faro aunque algunas personas lamentaran el desempleo que se originaba en el reemplazo de los obreros por las máquinas o denunciaran las consecuencias de la desi-

gual distribución de las riquezas generadas e incluso se quejaron de la polución y la proliferación de la industria de armamentos. El entusiasmo que se despertó en varias naciones —tanto en América como en Europa— por un sistema de producción basado en la planificación, organización y control se fue convirtiendo poco a poco en la expresión cultural del mundo moderno en el periodo de entreguerras. Y la Argentina participó de ese entusiasmo.

Resumen. «Organización, racionalidad y eficiencia en la organización del trabajo en la Argentina. El sueño de la americanización y su difusión en la literatura y en la prensa»

Este trabajo responde a la pregunta sobre quiénes, cuándo y cómo tomaron a la organización, racionalidad y eficiencia en la organización del trabajo como símbolo de la modernidad industrial en la Argentina. Para responder ese interrogante se examina la literatura de viajes, ficciones y publicaciones periódicas en las que se difundían las ideas de racionalidad y eficiencia vinculadas con el trabajo industrial y los principios del taylorismo en nuestro país. Ese interés por la difusión es, desde mi punto de vista, el síntoma del entusiasmo que despertaban las ideas de racionalidad, eficiencia y organización del trabajo en una nación cuya industria y tecnología eran modestas. La americanización era una meta para convertirse en una nación fuerte y poderosa, y Estados Unidos era el modelo.

Abstract. «Organization, rationality and efficiency in the organization of work in Argentina: the dream of Americanisation and its diffusion through literature and the press»

This article seeks to identify how, when and by whom the organization, rationality and efficiency of the labour process were adopted as a symbol of industrial modernity in Argentina. In a bid to answer these questions, the author examines travel writing, fiction and magazines that helped spread the principles of Taylorism and notions of rationality and efficiency in industrial production in Argentina. The author argues that the effort made to propagate these ideas reflected the enthusiasm that the concepts of rationality, efficiency and the organization of work generated in a country with a relatively modest level of industrial and technological development. In a nation struggling to develop, Americanisation became an objective, and the United States the model.

WORK, EMPLOYMENT & SOCIETY
The Journal of the British Sociological Association

Volume 17 / Number 3/September 2003

Contents

Articles

Livelihoods in postcommunist Russia: urban/rural comparisons
Francine Pickup and Anne White

'A unique working environment': health, sickness and absence management in UK call centres
Phil Taylor, Chris Baldry, Peter Bain, and Vaugan Ellis

Debates and Controversies

Can 'partnership' reverse the decline of British trade unions?
Michael Terry

Future of Work: Articles

Reconnecting with history: the ESRC Future of Work Programme
Peter Nolan

PPPs and the changing public sector ethos: case-study evidence from the health and local authority sectors
Gail Hebson, Damian Grimshaw, Mick Marchington

Good deal, bad deal? job satisfaction in occupations
Michael Rose

The gender dimensions of job insecurity in a local labour market
Nickie Charles and Emma James

Other Publications in the Future of Work

Sociology of Work and Employment elsewhere

Review Article

Changing communities at work in academia
Huw Morris

Review Essay

Workers, unions and the high performance workplace
Andy Danford

Book Reviews

Ralph Darlington and Dave Lyddon *Glorious Summer: Class Struggle in Britain in 1972*
Reviewed by Miguel Martínez Lucio

Ronaldo Munck, *Globalisation and Labour: the new 'Great Transformation'*
Reviewed by Theo Nichols

Richard Hyman, *Understanding European Trade Unionism*,
Reviewed by Valeria Pulignano

Books Received

WES OFFICE

Centre for Employment Studies Research
The Business School
University of the West of England
Frenchay Campus
Coldharbour Lane
Bristol
BS16QY

Patrimonio industrial y memoria colectiva

El caso de Puerto de Sagunto (Valencia)¹

José Martín Martínez *

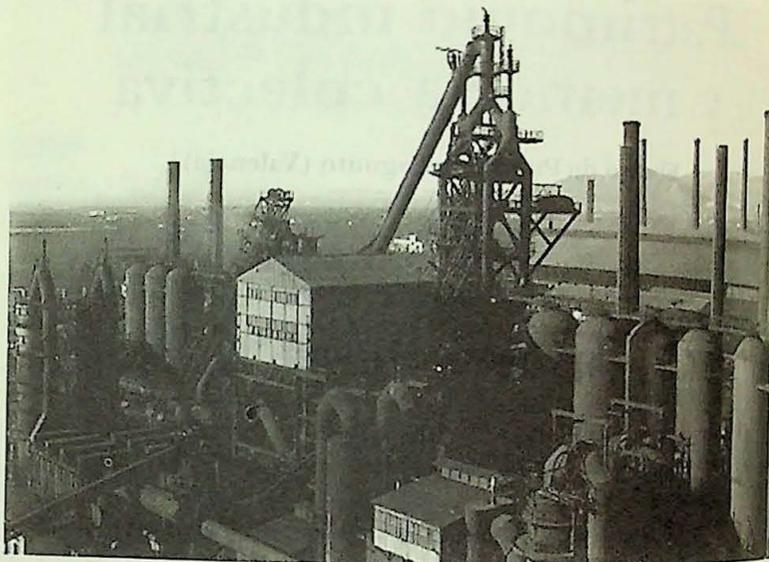
Es sabido que la identidad personal reside en la memoria y que la anulación de esa facultad comporta la idiotez.

J. L. Borges, *Historia de la eternidad*

El nombre de Sagunto está unido a un episodio histórico decisivo en la romanización de la península Ibérica como *casus belli* que desencadenó la segunda guerra púnica. Menos conocida es su vinculación a otra gesta, más cercana en el tiempo y menos legendaria: la explotación de un complejo de 24 minas de hierro situadas en una lejana sierra de Teruel, la construcción del ferrocarril minero más extenso de nuestro país, que las unía con sus playas, la erección en ellas de un embarcadero para la exportación internacional del mineral, la puesta en funcionamiento de la planta siderúrgica más grande de la época y, por último, la fundación *ex novo* de un populoso núcleo de población situado a seis kilómetros de la antigua ciudad asediada por Aníbal, que hoy supera los 37.000 habitantes: Puerto de Sagunto.

* Departamento de Historia del Arte. Universitat de València. Fac. Geografía e Historia. Apdo.: 22.060. 46071 València. E-mail: jose.martin@uv.es.

¹ Este texto es una versión ampliada y actualizada del aparecido en el catálogo de una muestra reivindicativa del patrimonio industrial saguntino: *Reconversión y revolución: industrialización y patrimonio en el Puerto de Sagunto*, Valencia, Universitat de València, 2000, pp. 29-34. Puede ser de interés para los lectores de *Sociología del Trabajo* el artículo de Ramiro Reig Armero, «Recuérdalo tú y cuéntaselo a otros. Las relaciones laborales en Altos Hornos de Sagunto», pp. 47-57.



Hornos altos núm. 2 y núm. 3 con sus instalaciones anexas. AHV-Fábrica de Sagunto, diciembre de 1966.



Mirada sobre la siderúrgica. Ampliación del muelle comercial. Puerto de Sagunto, febrero de 1950.

Archivo Fundación PPHIS.

1. Puerto de Sagunto, una ciudad fábrica

El desarrollo contemporáneo de Sagunto arranca de la construcción en los albores del siglo pasado de un ferrocarril y un embarcadero destinados al transporte y comercialización internacional del mineral de hierro, y de la instalación dos décadas después de una potente siderúrgica. El promotor de estas importantes iniciativas fue el empresario vasco Ramón de la Sota y Llano (1857-1936), uno de los más importantes del primer tercio de siglo en España y una figura de gran relieve en el desarrollo industrial del País Vasco². Empezó sus negocios, con notable éxito, en el sector de la minería del hierro y en su transporte marítimo, lo que le permitió extender rápidamente sus actividades a otros sectores próximos (remolcadores, construcción y reparación de buques, seguros...) y a las finanzas. En septiembre de 1900 promovería la sociedad minera más importante de la época, la Compañía Minera de Sierra Menera (CMSM), con el objetivo de explotar unos antiguos cotos de mineral de hierro de la sierra La Menera, situados entre los pueblos de Ojos Negros (Teruel) y Setiles (Guadalajara). Sota se interesa por estos yacimientos que contenían una considerable cantidad de mineral de la clase hematites y cuya extracción podía hacerse a cielo abierto. Su único pero gran inconveniente radicaba en la considerable distancia que las separaba del mar, por lo que su aprovechamiento exigía la construcción de un largo y costoso ferrocarril por terrenos poco favorables³.

Las prospecciones determinaron que el trayecto más adecuado hasta llegar al Mediterráneo discurría por las cuencas de los ríos Turia, Mijares y Palancia. El trazado, proyectado en junio de 1901 y aprobado definitivamente dos años después, se iniciaba en Ojos Negros, a 1.242 m de altura sobre el nivel del mar, y después de recorrer 204 km y atravesar tres provincias y 28 términos municipales llegaba a la playa de Sagunto. Las obras duraron algo más de cinco años, entre 1902 y julio de 1907, fecha en que bajaron los primeros trenes, y dieron como resultado una línea capaz de soportar un tráfico pesado e intenso: 3.400 Tm de mineral en ocho viajes diarios. Para librar los

² Sobre Ramón de la Sota, véanse Eugenio Torres Villanueva, *Ramón de la Sota, 1857-1936. Un empresario vasco*, Madrid, LID, 1998; y Manuel Girona, «Ramón de la Sota y el Port de Sagunt», *Braçal. Revista del Centre d'Estudis del Camp de Morvedre*, 1, Sagunt, 1989, pp. 79-92.

³ Véase Manuel Girona Rubio, *Minería y siderurgia en Sagunto (1900-1936)*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1989.

accidentes que acusaba el trazado elegido se debieron realizar numerosas obras de ingeniería, entre las que destacaron 26 puentes de muy buena fábrica que aún se conservan, 18 túneles, además de 19 estaciones y 14 casillas para la vigilancia de los pasos a nivel, por no citar otras obras menores como pequeñas presas, pozos, balsas, etc.⁴. Lo habitual en un ferrocarril, pero sólo hasta cierto punto, porque en el contexto español el ferrocarril de Ojos Negros a Sagunto no fue un ferrocarril minero más, por varias razones: para empezar, fue el más extenso de la península y originó obras de una envergadura desacomtumbrada en las iniciativas estrictamente privadas, incluyendo un puerto marítimo; precisó una importante inversión para la época (32 millones de pesetas), financiada enteramente por capitales nacionales; provocó la instalación del más ambicioso centro siderúrgico anterior a la Guerra Civil; y, por último, desencadenó la fundación de una gran *company town*.

La más importante obra de ingeniería que debió construirse para la explotación de las minas y la comercialización del mineral fue el embarcadero. Si la línea hubiera alcanzado la costa en Valencia, Castellón, Burriana o Vinaroz (las otras alternativas que se barajaron) se habría evitado esta importante obra, pero en Sagunto no existía un puerto. La concesión se consiguió en agosto de 1902 y las obras se iniciaron a primeros de 1905 y ya desde 1906 estaba parcialmente en funcionamiento. El ingeniero Luis Cendoya (el mismo que había proyectado la línea férrea) diseñó un puerto capaz de embarcar diariamente 5.000 Tm de mineral en buques de hasta 10.000 Tm de carga. El perfil del muelle estaba dominado por un imponente cargadero de 14 m de altura y 106 m de longitud que serviría para trasladar el mineral desde las tolvas a las bodegas de los buques. Y por último, también debió acometerse otra instalación no prevista: una planta de aglomerado del mineral en briquetas y nódulos, pues al iniciarse la extracción resultó que se obtenía una gran cantidad de mineral en polvo, que no era útil para los hornos de acero.

⁴ Buena parte de estas obras aún se conservan. Sobre el ferrocarril de la CMSM, véase Javier Aranguren, *El ferrocarril minero de Sierra Menera*, Madrid, Aldaba, 1988; José Martín Martínez, «El ferrocarril minero de Ojos Negros a Sagunto: arqueología industrial y patrimonio ferroviario», *Saitabi*, 45, Valencia, 1995, pp. 275-288; y José Martín Martínez, Evangelina Rodríguez Cuadros y Juan Antonio Millón, «El impacto de la industria en el territorio: las expropiaciones del ferrocarril de la Compañía Minera de Sierra Menera en Sagunto», *Cultura material i canvi social. Actes del II Congrés d'Arqueologia Industrial al País Valencià*, Valencia, Associació Valenciana d'Arqueologia Industrial, 1996, pp. 269-290.

Todas estas infraestructuras dispararon las inversiones de implantación y los elevados costes de extracción, transporte, aglomerado y embarque del mineral limitaron la rentabilidad de la CMSM (salvo en las décadas de 1950 y 1960), lo que llevó a la clausura del ferrocarril en 1972. A partir de ese momento se procedió al desmonte de la vía, a la venta de un amplio e interesante material móvil y al despido de 340 trabajadores de los 600 con que contaba. Paradójicamente, en los años siguientes la compañía amplió su actividad, incrementando espectacularmente la comercialización de mineral gracias a un acuerdo de transporte con Renfe, hasta el cese de la actividad en 1987, tres años después del cierre de la cabecera siderúrgica, de la que dependía.

Porque esta actividad minera había impulsado en 1917 la constitución de la Compañía Siderúrgica del Mediterráneo (CSM), el segundo gran proyecto de Ramón de la Sota en Sagunto. Y como el ferrocarril, la acería arrancarían con grandes miras, como lo demuestra que se encargase el proyecto al ingeniero norteamericano Frank C. Roberts y que este diseñase una planta capaz de producir anualmente 300.000 Tm de aceros laminados (una cantidad que igualaba la producción española del momento). Las obras comienzan en 1918, se construyen los hornos de coque, la central de fuerza, los altos hornos, los laboratorios, las oficinas..., obteniéndose la primera colada en enero de 1923 y alcanzando seis años después las 181.000 Tm de acero; momento en que las visita el rey Alfonso XIII. Pero la crisis internacional de ese año ocasionará su práctica paralización en 1932 y el consiguiente despido de los 3.000 obreros a que ascendía su plantilla, originándose graves conflictos sociales y el práctico despoblamiento del núcleo urbano que había surgido espontáneamente en sus inmediaciones.

Tras la Guerra Civil, la CSM es absorbida por Altos Hornos de Vizcaya (AHV) y se reconstruyen y amplían las instalaciones hasta recuperarse en 1954 la producción anterior, momento en que trabajan 5.000 obreros. En la década de los sesenta se hacen nuevas inversiones, se introduce una modernización del trabajo y una racionalización de la plantilla, mientras que la lucha sindical logra constantes mejoras salariales y frena los recortes de personal. Las buenas expectativas económicas explican la decisión tomada por el gobierno en 1971 de impulsar la instalación en Sagunto de la IV Planta Siderúrgica Integral con capacidad de 6 millones de Tm a partir de la cabecera ya existente, para lo que se creó la sociedad Altos Hornos del

Mediterráneo (AHM), cuyo socio mayoritario era AHV. Pero la desfavorable coyuntura económica de los años setenta para la industria siderúrgica llevó a la empresa vasca a abandonar el proyecto para centrarse en salvar su principal fábrica de Bilbao, por lo que sólo llegará a concluirse un tren de laminación en frío en 1976. Esta será la única instalación que subsista de la siderúrgica saguntina tras el cierre de la cabecera decretado en julio de 1984 por el primer gobierno socialista, precedido de año y medio de una titánica lucha que movilizó a todo el pueblo en cientos de acciones que conmovieron la opinión pública. La eficaz negociación sindical subsiguiente logró un generoso plan de prejubilaciones que afectó a dos mil personas y la creación de un fondo de promoción de empleo para la recolocación de las mil cien restantes en otras empresas atraídas a Sagunto por las ayudas públicas⁵.

Así finalizaba en Sagunto, de un modo traumático, la actividad minera y siderúrgica, pero no su consecuencia más inmediata: el núcleo de población que estas habían originado al norte del enclave industrial. Desde la puesta en marcha del ferrocarril, el puerto y la planta de briquetas de la CSM y la posterior actividad de la acería de la CSM, el flujo migratorio había sido constante. En 1907, al iniciarse el transporte de mineral, trabajaban 400 obreros, cifra que ascendió a 1.377 sólo tres años después, al entrar en funcionamiento los hornos de aglomeración. La llegada masiva de obreros a partir de 1910 y la inexistencia de viviendas provocan un asentamiento espontáneo en las inmediaciones de la factoría, abarrotando las pocas construcciones que se van levantando en condiciones higiénicas insostenibles. La nueva población comenzó a construirse de forma dispersa y con una fuerte carga de espontaneidad, pues no existe ninguna instancia que planifique la construcción o autoconstrucción de las humildes viviendas. Son los propietarios de los terrenos quienes los parcelan y los venden, dejando en ocasiones al arbitrio de los compradores la constitución de las calles. Aun así, la lógica económica y el terreno plano conformaron un trazado regular de manzanas rectangulares formadas por dos hileras de solares de planta oblonga, calles rectas, interrumpi-

⁵ La plantilla total en 1984 ascendía 4.800 trabajadores (incluyendo los puestos eventuales). Permanecieron en la empresa, ahora con el nombre de SIDMED, 1.080. Fueron prejubilados 2.020 y solicitaron la baja voluntaria 300. Pasaron a un fondo de promoción de empleo 1.100. Y 300 se quedaron sin ningún tipo de cobertura. Agrado estas cifras a Ángel Olmos, de CC OO. Existe una crónica de la crisis: Miguel Olmos Minguet, *Breve historia de la siderúrgica saguntina: la batalla de AHM*, Valencia: Fernando Torres, 1984.

das por travesías perpendiculares de entre 20 y 30 m de longitud. Los límites de la factoría, el camino que la unía con Sagunto y el mar fueron los únicos criterios urbanísticos.

Con la entrada en funcionamiento de la CSM en los años veinte, la población llega a los 9.000 habitantes y se inicia una etapa de mayor intervención empresarial: se construyen viviendas para directivos, técnicos y empleados, colegios, iglesia, economato...; y crecen las iniciativas de todo tipo que van cambiando el aire campamental de la década anterior: cafés, cines, locales sociales... La industria va modelando un urbanismo y una arquitectura muy peculiar, así como una sociedad que gira indefectiblemente alrededor del trabajo en la fábrica. Tras el fuerte despoblamiento de los años treinta, cuando a la crisis del 29 se sucede la Guerra Civil, en la década de 1950 se produce una oleada migratoria que eleva la población de 14.000 a 24.000 habitantes, que motiva la construcción de varios grupos de viviendas de promoción oficial en una proporción desconocida en ningún otro municipio de la Comunidad Valenciana, lo que termina de configurar una fisonomía propia⁶.

A la vista de estos antecedentes históricos podemos concluir que el núcleo del Puerto de Sagunto es un ejemplo típico, a pequeña escala, de la civilización industrial; un paradigma perfecto para los estudios de historia económica, historia social, historia de la técnica, historia y sociología del trabajo, historia del movimiento obrero, antropología, urbanismo, arqueología industrial, etc. Pero desgraciadamente Sagunto no se encuentra entre las ciudades que heredaron un patrimonio industrial significativo y tomaron la acertada decisión de conservarlo como un preciado legado para el futuro. No se cuenta entre las ciudades que han tenido la fortuna de contar con unas instituciones, unos partidos políticos, unas asociaciones o unos colectivos devinieron inservibles, apostaron decididamente por su conservación o su rehabilitación. Ciudades que invirtieron recursos e imaginación y ahora se sienten legítimamente orgullosas de ese pasado que las ha hecho como son.

Es evidente que, en ese aspecto al menos, los saguntinos no estuvimos a la altura de las circunstancias que nos tocaron vivir. Porque

⁶ Sobre la historia del núcleo urbano véase: José Martín Martínez, *Urbanismo y arquitectura industrial en Puerto de Sagunto (1907-1936)*, Sagunto, Caja de Ahorros de Sagunto, 1990; y Antonio Ortiz López y José María Prats Escribano, *El Puerto: crónica de un siglo*, Sagunto, Martínez Impresores, 2002.

ni nuestras instituciones, ni nuestros partidos, ni nuestras asociaciones, ni nuestros sindicatos, ni nosotros mismos estuvimos a la altura de las circunstancias —de las dramáticas circunstancias, es cierto— que nos deparó el destino allá por 1983-1984, cuando se produjo la reconversión y el desmantelamiento de Altos Hornos del Mediterráneo. Hoy resulta innegable que la ciudad salvó su futuro, pero es visible que perdió su pasado. No hicimos nada; y todo un enorme patrimonio industrial de casi un siglo fue barrido de la faz de la tierra en tan sólo unos meses. Sus edificios y construcciones volados o demolidos por la piqueta, su maquinaria desmontada y desguazada, sus artefactos y herramientas saldados o perdidos. Todo perdido. No todo, claro. Pero lo que queda no son más que los restos de un aparatoso naufragio. Se trata de una ocasión lamentablemente perdida para los estudios interdisciplinarios sobre la industrialización, como lo demuestra el hecho de que en la actualidad los intentos de reconstrucción histórica deban basarse casi exclusivamente en el testimonio documental.

2. Patrimonio e identidad

Pero no quiero ser pesimista ni instalarme en la melancolía ante la irreversibilidad de lo desaparecido, porque la melancolía conduce a la inacción. Quiero ser realista porque debemos ser realistas si queremos actuar para salvaguardar los pocos restos y huellas físicas que aún quedan de aquel gran esfuerzo humano que fue levantar en esta orilla del Mediterráneo una potente factoría siderúrgica. Hace falta realismo para acometer las acciones proteccionistas necesarias que posibiliten —al menos— el estudio de este ejemplo típico de la civilización industrial. Pero, aun siendo fundamental no perder lo que ahora perdemos, creo que no es suficiente. Hace falta también imaginación. Imaginación para recuperar lo disperso, para valorar históricamente lo aparentemente insignificante, e imaginación —sobre todo— para recrear lo irremediamente perdido. Porque yo me pregunto: ¿cómo podemos permitir la pérdida definitiva de nuestra memoria histórica? ¿la pérdida definitiva de aquella suma de pequeñas gestas individuales que protagonizaron nuestros padres y abuelos venidos de lejos en busca de una vida mejor y de un futuro para sus hijos, para nosotros? Yo creo que no. Creo que perderíamos con ello una parte de lo mejor de nosotros mismos. De algo que necesitamos porque ha con-

Patrimonio industrial y memoria colectiva

tribuido a conformar nuestra personalidad⁷. Y por ello deberíamos hacer lo posible para evitarlo.

Pero no es tarea fácil. Porque, a diferencia de la memoria individual de cada uno, que es algo personal e intransferible, ya que reside en nuestro interior, formada por seres y lugares que no necesitan materializarse para perdurar en nuestra mente porque únicamente de nuestra voluntad depende recordar y olvidar, la memoria colectiva de los pueblos —por el contrario— necesita de lugares donde encarnarse, de espacios donde representarse y permanecer. Necesita, en una palabra, de monumentos. ¿Qué son los monumentos históricos sino —como indica su etimología— lugares para recordar?

Los restos materiales, desde un horno alto a una frágil fotografía, pasando por una nave industrial o un documento, son piezas imprescindibles para encarnar, para materializar y escenificar la memoria colectiva. Y por eso la transmisión histórica de la memoria colectiva de una generación a otra está supeditada a la pervivencia de esas huellas materiales del pasado, de esos monumentos de nuestra época, que son, sin duda, su mejor garantía de perdurabilidad⁸. El patrimonio es como un lazo que une una generación con la siguiente más allá de las vidas individuales, que alimenta su sensación de identidad y cohesión, que da sentido y orientación a la trayectoria histórica de una colectividad. Y a medida que se aceleran los cambios tecnológico, sociales, económicos o culturales, más necesitamos de ese sentido de pertenencia y cohesión social que confiere el patrimonio histórico.

3. Patrimonio y conocimiento

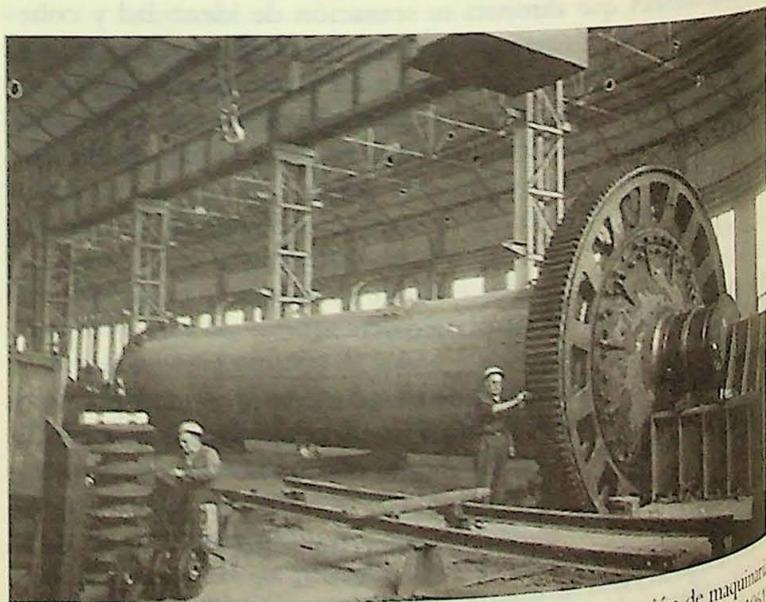
A través de la cultura material que ha desafiado al tiempo podemos conocer y sentir de modo directo el pasado; tanto o más que con las historias y las narraciones, precisamente porque no son discursos in-

⁷ Me gusta la imagen del historiador del arte George Kubler: "Al igual que los crustáceos, dependemos para poder sobrevivir de nuestro caparazón exterior; un caparazón de ciudades y casas llenas de cosas que pertenecen a partes definibles del pasado" (*La configuración del tiempo. Observaciones sobre la historia de las cosas* [1962], Madrid, Nerea, 1988, p. 58). Sobre la presencia del pasado en el presente y su relación con la identidad personal y colectiva véase el reciente y amplio estudio de David Lowenthal, *El pasado es un país extraño* [1985 y 1993], Tres Cantos (Madrid), Akal, 1998.

⁸ Hannah Arendt, *La condición humana* [1958], Barcelona, Seix Barral, 1974.



Vista de la sección de maquinaria. Interior de los nuevos talleres generales AHV-Fábrica de Sagunto.



Molino para la fábrica de cementos FERROLAND, S.A. Sección de maquinaria de los antiguos talleres generales. AHV-Fábrica de Sagunto, septiembre de 1961.

Archivo Fundación PPHIS.

telectuales contruidos a posteriori sino testigos auténticos que podemos ver y tocar. Por eso el patrimonio es un magnífico recurso para fomentar y difundir el conocimiento histórico. Y en concreto el patrimonio industrial es una fuente magnífica para la investigación sobre la clase obrera, ya que los restos materiales ligados a la industria son testigos de los hombres y mujeres que no han tenido voz propia para dejar memoria de sí mismos por otros medios, y su memoria está plasmada en los espacios en que trabajaron y vivieron, en las cosas que con su esfuerzo produjeron, aunque no fueran suyas.

Un valor por descubrir entre nosotros, pues en la España actual el valor educativo del patrimonio histórico no ha sido explotado en esa dirección centrada en la historia contemporánea fruto de la revolución industrial, pues la atención que le han deparado los movimientos nacionalistas y algunos gobiernos autónomos ha estado motivada por su poder identitario y, en concreto, por su contribución al proyecto de fundar retrospectivamente la patria en el pasado preindustrial. Si toda patria que se precie debe tener —como mínimo— un origen medieval, el patrimonio industrial no sólo resulta de escasa utilidad, sino que con frecuencia está ligado a fenómenos disolventes de una supuesta cohesión nacional primigenia y de sus señas más genuinas de identidad. Las poblaciones originadas por la industria y la inmigración difícilmente podrán formar parte del imaginario colectivo nacionalista, ni sus restos materiales suministrar símbolos para la reconstrucción de esa patria primigenia soñada; no es extraño, por tanto, que la recuperación de su patrimonio industrial concite pocas adhesiones en estos círculos.

Como estudioso de la arquitectura y urbanismo de Puerto de Sagunto, siempre me ha llamado poderosamente la atención una constante que se aprecia en su evolución histórica: el marcado carácter artificial de este núcleo de población desde su origen. Claro que toda obra humana es artificial. Todas las ciudades lo fueron originariamente. Pero el remoto origen histórico de la gran mayoría de ellas les da esa naturalidad de lo que aparentemente ha existido desde siempre, como la orografía en la que se enclavan. Sin embargo, en el caso de Puerto de Sagunto (como en otras poblaciones que se originan a partir de una mina, un embarcadero o una colonia obrera) conocemos el momento, las razones y los protagonistas de su fundación, que, además, no está muy lejos en el tiempo.

Puerto de Sagunto es un ejemplo perfecto de ciudad-fábrica nacida *ex novo* por razones estrictamente industriales y, además, ajenas a la dinámica económica de la zona en la que se enclava. Y como típica

ciudad-fábrica ha sufrido una tiránica dependencia respecto a la actividad industrial que la originó. Por esta razón, la actividad económica de las empresas, sus planes de expansión o sus crisis marcan directamente toda la vida ciudadana. Lo que se constata perfectamente al comprobar que las construcciones fabriles y las construcciones urbanas han evolucionado en paralelo. Narrar la historia de Puerto de Sagunto es describir la evolución económica de la fábrica.

Todo ello hace que si bien toda ciudad encuentra su difícil equilibrio entre la naturaleza y la técnica, entre lo que parece dado y lo creado, en el caso que nos ocupa ha prevalecido la segunda parte del binomio. El artificio ha sido su constante. Y esa ha sido la causa de su fragilidad. Nadie mejor que un testigo de los primeros años para percatarse de lo revolucionaria que fue aquella inesperada irrupción del capitalismo industrial en un territorio preindustrial. En uno de los primeros documentos bibliográficos de que disponemos, el erudito valenciano José Martínez Aloy muestra su sorpresa y admiración al divisar por primera vez, allá por 1916, las flamantes instalaciones fabriles: "¡Qué espectáculo inesperado es el que se ofrece a la vista! ¿Soñamos acaso?". El recién nacido núcleo de Puerto de Sagunto le merece el calificativo de "gran ciudad que surge de la tierra por arte de encantamiento" y de "artificial urbe que se construye pronto como si fuera de juguete"⁹.

Feliz metáfora la del juguete para mostrar la fragilidad de una ciudad sometida a poderes ajenos que con la misma rapidez que precipitaron su construcción pudieron provocar su destrucción. Qué duda cabe que la historia de Puerto de Sagunto está marcada por una espiral constante de construcción-destrucción, de revolución y reconversión. Su historia es paradigmática, con una transparencia poco común, de la economía capitalista y sus efectos. Su patrimonio industrial puede ser una fuente de conocimientos auténticos, un recurso didáctico para conocer nuestra sociedad industrial basada en el progreso y el cambio, en la constante construcción y destrucción. El patrimonio industrial es —en definitiva— el mejor recurso para el análisis interdisciplinario de la sociedad industrial que ahora parece llegar a su ocaso.

⁹ «Provincia de Valencia», en Francisco Carreras Candi (dir.), *Geografía General del Reino de Valencia*, Barcelona, Alberto Martín, S.A., pp. 50-51.

4. Patrimonio y utilidad

Con frecuencia, la conservación del patrimonio inmueble está supe-
ditada a su reutilización para otras funciones distintas a las originales,
pues también el patrimonio puede *reconvertirse* y proporcionar una
utilidad más tangible que la suministrada por el conocimiento que
suministra. Para ello, las propuestas conservacionistas deben afrontar
la rehabilitación y definir para qué conservar. Designar las funciones
futures de los bienes que se quiere preservar suele ser una etapa a la
que no llegan muchos movimientos ciudadanos y me parece que es
una asignatura pendiente en el caso de Puerto de Sagunto. Ciertamente
que no resulta fácil, pues requiere más reflexión y paciencia que la
movilización, pero resulta fundamental para el éxito de estas iniciativas.
Porque definir para qué se quiere rehabilitar un edificio ruinoso
y aparentemente inservible es una magnífica ocasión para denunciar
las necesidades sociales o culturales insatisfechas en la actualidad y
con ello unir la consecución de esas infraestructuras que se necesitan
a la conservación de una determinada construcción que se considera
herencia tangible del pasado. Hallar la razón de ser del pasado en el
presente termina siendo la manera más segura de no perderlo.

La dificultad para movilizar a los ciudadanos sobre asuntos urba-
nísticos proviene de su evidente alienación respecto al diseño de su
ciudad. Campañas como la promovida por diversos colectivos ciuda-
danos de Puerto de Sagunto para conseguir una declaración de Bien
de Interés Cultural debieron enfrentarse a la dificultad de sensibilizar
a quienes nunca se les ha preguntado qué ciudad quieren. Porque, en
la práctica, la ciudad no nos pertenece más allá de la porción que ten-
gamos a nuestro nombre en el registro de la propiedad; e, incluso, el
diseño de su crecimiento parece sustraerse a los poderes públicos que
en democracia nos representan. Así, el patrimonio histórico empieza
teniendo una utilidad educativa, pues nos recuerda que la ciudad es
de todos, que es parte de una historia que nos pertenece, que el tra-
bajo de nuestros antepasados nos legó bienes colectivos.

Unos bienes que hay que intentar por todos los medios que no
sean una pesada carga, sino un recurso, incluso económico. El patri-
monio puede tener un valor de uso, puede albergar otras funciones y
satisfacer necesidades materiales, puede ser disfrutado. Y esos usos no
tienen por qué estar disociados con la posibilidad de generar benefi-
cios, incluso cuantificables económicamente. Pero la explotación de
cualquier recurso requiere inversiones, los bienes culturales no son

una excepción, su conservación y posterior uso solamente son posible con inversiones económicas y presupuestos de mantenimiento. Una inversión que, en cuanto bienes colectivos que son, deben ser públicas; como ocurre con las carreteras, puertos, playas, recursos naturales, etc. ¿Dónde está el problema, entonces? Pues en que mientras que la mayoría de los otros proyectos se consideran productivos o necesarios para el avance del progreso, sin que nadie se pregunte si son imprescindibles o no, habitualmente los pocos dineros destinados al patrimonio tienen una consideración social semejante a los alardes exentos de provecho alguno o, en todo caso, de liberalidades admisibles sólo cuando se hayan satisfecho todas las "verdaderas necesidades". Se olvida con mucha frecuencia que el patrimonio histórico puede tener un papel económico relevante, como lo tiene en muchas ciudades, unido al turismo. El fomento del patrimonio cultural puede emplearse también como un factor de regeneración urbana, de reequilibrador del territorio, de empleador de mano de obra, de generador de establecimientos de comerciales ligados al ocio o al turismo, etcétera.

Pero en muchas ocasiones, más que dinero, hay que tener iniciativa. Iniciativa política, por ejemplo, para aplicar las leyes existentes destinadas a proteger los intereses públicos en materia de patrimonio histórico frente a los legítimos intereses particulares, sin que ello acarree necesariamente cargas para el presupuesto de la Administración. En el caso de la conservación del patrimonio industrial saguntino existe una creciente opinión pública favorable, existe legislación aplicable, incluso se dispone del instrumento idóneo de gestión: la Fundación para la Protección del Patrimonio Histórico Industrial. Lo único que falta son representantes políticos con la suficiente sensibilidad y cultura para acometer las iniciativas necesarias. Unos políticos que se sientan y actúen como defensores de los intereses y bienes colectivos, difusos y desamparados en tantas ocasiones, en lugar de valientes defensores de los intereses privados que están ya hábil y contundentemente protegidos por sus propietarios y representantes legales.

Por eso es tan necesario revalorizar el patrimonio industrial y reivindicar los beneficios tangibles e intangibles que su conservación puede reportar para generar una demanda social que reclame a las administraciones públicas y a los agentes económicos la atención y los presupuestos necesarios que nuestro nivel de desarrollo se puede permitir¹⁰. En el preámbulo de la Ley de Patrimonio Histórico Español

¹⁰ Véase el sugerente ensayo al respecto de Ximo Revert Roldán. *La recuperación patrimonial: Morvedre encana*, Sagunto, Centre d'Estudis del Camp de Morvedre, 2002.

de 1985 se declara que el valor de los bienes integrantes del patrimonio histórico "lo proporciona la estima que, como elemento de identidad cultural, merece a la sensibilidad de los ciudadanos", ya que "los bienes que lo integran se han convertido en patrimoniales debido exclusivamente a la acción social que cumplen, directamente derivada del aprecio con que los mismos ciudadanos los han ido revalorizando". El problema es que la cultura política de esos ciudadanos en relación con los temas urbanísticos y patrimoniales es muy escasa, casi no existen asociaciones o colectivos que lideren la opinión pública en este terreno, los partidos políticos no son cauces de participación social encaminados a la resolución de las necesidades de las ciudades y los gobiernos municipales actúan con demasiada frecuencia como gestores al servicio del mercado inmobiliario.

5. Estado actual del patrimonio industrial saguntino

¿Qué queda de ese legado en Puerto de Sagunto? No mucho, ciertamente, y en estado muy precario. Pero tal vez suficiente para explicar y transmitir esa historia, a la vez que sirve de contenedor de otras necesidades. Ahí está el Alto Horno n.º 2, milagrosamente en pie, destinado a convertirse en un coloso solitario que simbolice todo el conjunto patrimonial a través de un futuro centro de interpretación de la siderúrgica, si algún día se retoman las obras que llevan paralizadas más de tres años. De las instalaciones industriales también subsiste la nave del almacén de elementos y repuestos que, algún día, si las diversas administraciones invierten un poco de ilusión y dinero, contendrá un museo que reconstruya la cultura material ligada a los procesos productivos de la minería y la metalurgia del hierro, sin olvidar los modos de vida de sus trabajadores. También se conserva la gran nave de talleres generales, ahora en proceso de rehabilitación para acoger un gran espacio escénico.

Y entre los edificios urbanos de iniciativa empresarial, la iglesia de Begoña (1929), obra del importante arquitecto vasco Ricardo de Bastida, que se encontraba en un estado lamentable, ha sido recientemente restaurada. Menor suerte van a tener los edificios del antiguo colegio y de las oficinas de la CMSM situados en la Alameda del Consell, que ya están en plena ruina. Las obras iniciadas a finales de 2002 en la escuela de Nuestra Señora de Begoña —otra promoción em-

presarial hoy propiedad de la Consellería de Cultura— que inicialmente eran de rehabilitación se han convertido en obras de derribo y han acabado con el edificio, salvo la parte en la que se encuentra el salón de actos y la parroquia de Nuestra Señora del Carmen. Las oficinas centrales levantadas por la CSM en 1921 se conservan afortunadamente en buen estado, aunque no sabemos qué le depara el futuro. En su interior se guardan parte de los archivos de ambas compañías, incluyendo un valioso fondo fotográfico, cuya sola existencia es una prueba de los recursos que aún nos quedan para rescatar este fragmento de la memoria industrial de nuestro país. Porque materiales de archivo como estos pueden jugar un papel clave en la reconstrucción de un proceso histórico aún por descubrir por la historiografía española. Porque esta prodigiosa *memoria documental* nos permite reconstruir, con inusual lujo de detalles, toda la evolución de las instalaciones industriales a lo largo del tiempo, las construcciones y los ingenios mecánicos propios de una explotación mineral y de una planta siderúrgica y, sobre todo, el trabajo de los miles de hombres que a lo largo del tiempo construyeron, pusieron en funcionamiento e hicieron productivos esos ingenios. También se conservan varios grupos de viviendas obreras de promoción empresarial o pública, aunque en constante proceso de transformación debido a las reformas particulares y la instalación de establecimientos comerciales, con las modificaciones de fachadas que suele conllevar. Frustrada la declaración de BIC, más en el aire se encuentran los inmuebles integrados en el recinto de la Gerencia, a pesar de que su rehabilitación y la de sus zonas verdes encierra grandes posibilidades, además de que contribuiría a reactivar una parte del núcleo histórico del Puerto actualmente en declive.

Ante el interés de todo este conjunto patrimonial —único en tierras valencianas— y su inminente peligro de desaparición, es incomprensible la pasividad de las últimas administraciones autonómicas y municipales, que han dejado en vía muerta las iniciativas surgidas en la década de 1990 encaminadas a la conservación y uso social de los restos de la industrialización en Sagunto. Porque al inicio de esa década se despertó la preocupación por este patrimonio. Se publicaron algunos estudios¹¹ y la Dirección General de Patrimonio Cultural —ges-

¹¹ Las monografías de Manuel Girona Rubio y José Martín Martínez ya citadas así como la de Manuel Girona y José Vila Vicente, *Arqueología industrial en Sagunto*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1991. Puede encontrarse una recopilación bibliográfica sobre Puerto de Sagunto, a cargo de Ximo Revert, en el número monográfico dedicado a su centenario por la revista *Braçal*, 25, Sagunto, 2002, pp. 297-310.

tionada entonces por una saguntina, Evangelina Rodríguez Cuadros— impulsó un proyecto de Fundación para la Protección del Patrimonio Histórico Industrial de Sagunto, pionero en su género, con la participación de las instituciones competentes (consellerías de Cultura e Industria y Ayuntamiento de Sagunto) y las empresas implicadas (SIDMED, Puerto Autónomo y Bancaja), además del Centre d'Estudis del Camp de Morvedre. Según sus estatutos, la mencionada fundación “tiene por objeto estudiar, conservar, difundir y llenar de contenido los conocimientos, los recuerdos, los sonidos, los objetos materiales, las imágenes y cualquier otro elemento que configuró y organizó las actividades de origen siderúrgico que han tenido lugar en el Puerto de Sagunto en el siglo XX”. Pero la realidad de la institución ha distado mucho de esos buenos deseos iniciales. La fundación fue creada por el Consell de la Generalitat Valenciana en abril de 1992, pero su constitución se demoró hasta mayo de 1994, un presagio de la escasa efectividad que la iba a caracterizar en sus nueve años de existencia y de su incapacidad para liderar socialmente la recuperación de la memoria colectiva.

El liderazgo de ese proceso no ha correspondido a las instituciones, sino a diversos colectivos ciudadanos, desde asociaciones de vecinos hasta sindicatos, pasando por grupos culturales y ecologistas, quienes en septiembre de 1995 forman la Comisión Ciudadana para la Defensa de la Gerencia con el objetivo inmediato de conseguir la titularidad pública de este recinto propiedad de ENSIDESA y la posterior rehabilitación de sus edificios y jardines para dotaciones sociales, culturales y recreativas. La Gerencia podría describirse como una pequeña ciudad jardín de unos 50.000 m² construida por la Compañía Siderúrgica del Mediterráneo en las décadas de 1920 y 1930 para ubicar las oficinas de la empresa, el casino de productores, el economato, la iglesia y los chalets de sus cuadros técnicos venidos del País Vasco.

El protagonismo en este esperanzador despertar de la conciencia histórica de los porteños correspondió a una generación de jóvenes sensibilizados por el rápido olvido del pasado tras la reconversión, así como por la degradación del medio urbano y natural. La vanguardia de este movimiento corrió a cargo de un colectivo, La Compañía, que el 1 de mayo de 1995 hizo público un manifiesto en el que reivindicaba la recuperación de los restos de patrimonio empresarial en vindicaba el peligro de desaparición, para destinarlos a paliar el déficit de infraestructuras públicas del municipio. La Comisión para la Defensa de la Gerencia logró en septiembre de 1995 que el ayuntamiento en pleno asumiera la reivindicación de los vecinos e iniciase

conversaciones con la Agencia Industrial del Estado y la Corporación Siderúrgica Industrial, aunque sus resultados estuvieron en consonancia con el entusiasmo que las formaciones políticas pusieron en ellas. Al malograrse esa vía, las acciones reivindicativa de la comisión ciudadana se encaminaron a difundir el interés histórico del recinto entre la población y a lograr el apoyo de instituciones y personalidades para que fuera declarado Bien de Interés Cultural, presentándose la solicitud formal en abril de 1998. Pero también esta vía quedó cegada cuando la Consellería de Cultura resolvió negativamente el expediente. Los resultados son ciertamente decepcionantes, pero en el balance se vislumbra un rayo de esperanza: la cada vez mayor sensibilidad ciudadana hacia el valor de este legado histórico, como los que se ha evidenciado con las actividades conmemorativas del centenario del nacimiento de la localidad, que se organizaron —también por iniciativa de otra comisión ciudadana— durante el año 2002.

Las únicos logros palpables, aunque muy limitados, han correspondido a la Fundación para la Protección del Patrimonio Histórico Industrial de Sagunto, cuyos esfuerzos se han centrado en la salvación de una cantidad aún apreciable de restos de carácter mueble de las antiguas instalaciones mineras y siderúrgicas, desde máquinas hasta documentos, pasando por maquetas, utensilios, muestras de productos, fotografías, pinturas, etc. Este objetivo se concretó en la creación de un museo de arqueología industrial que se instalaría en la menor de las dos naves conservadas de la antigua factoría (el almacén de efectos y repuestos), comprendida en el nuevo parque industrial asentado sobre los terrenos de la antigua siderúrgica, convocándose en 1998 un concurso de ideas para la posterior elaboración del correspondiente proyecto arquitectónico y museográfico, cuyo anteproyecto fue aprobado por la fundación en julio de 2002. La empresa redactora ha diseñado un aprovechamiento muy inteligente del espacio para conseguir 2.400 m² de áreas expositivas y otros 600 de oficinas y servicios, cuyo presupuesto aproximado era de 3.400.000 euros. El recorrido expositivo arrancaría con un historia de la metalurgia y la minería, continuaría con el ferrocarril, el puerto, la siderurgia, la reconstrucción de un laboratorio, para terminar con el desarrollo urbanístico del pueblo, su futuro y distintas visiones de la siderurgia. El proyecto incorporaba también una pequeña sala de conferencias y proyecciones, un espacio para archivo y biblioteca, además de una tienda; así como un jardín exterior ubicado en la parcela contigua, pendiente de adquisición. Sería un museo muy atractivo, además de un paso crucial para la pervivencia y puesta en valor de este amplio

conjunto patrimonial; sin embargo, hasta ahora no ha existido voluntad política para ponerlo en marcha, como lo demuestra el hecho de que se haya dejado pasar la oportunidad para adquirir la parcela contigua, que era tan necesaria.

El museo estaría conectado mediante un pequeño circuito de ferrocarril de vapor con el único elemento estrictamente industrial que se conserva de la antigua siderúrgica: el Alto horno n.º 2. Salvado milagrosamente como hito testimonial de la siderúrgica, pero abandonado a su suerte en una isleta del nuevo parque industrial, sus 64 m de altura exigían una urgente restauración que garantizase su viabilidad como monumento y recurso didáctico. Tras varios estudios técnicos, en 1996 la fundación encarga el proyecto que recuperase su imagen y permitiera la comprensión como corazón de la planta siderúrgica mediante un recorrido por su estructura y la construcción de un espacio de acogida a modo de centro de interpretación¹². Las obras se iniciaron en 1998, pero quedaron interrumpidas en abril de 2000, al resultar insuficiente el presupuesto inicial de 184 millones de pesetas procedentes del 1% cultural. Se desconoce cuándo se completarán.

Esta situación de parálisis ocasionada por el desinterés de las autoridades políticas de la Consellería de Cultura y del ayuntamiento saguntino provocó la dimisión del director de la fundación el pasado mes de junio¹³. Esperemos que la competencia y la responsabilidad de los nuevos gestores salidos de las elecciones autonómicas y locales del pasado mes de mayo sean mayores que las de sus antecesores en el cargo e impulsen los proyectos en marcha hasta su culminación.

Paralelamente a la situación de desamparo a que somete estas iniciativas de corte conservacionista, la administración autonómica ha proyectado en los mismos terrenos de la antigua siderúrgica de Sagunto un ambicioso complejo cultural denominado Ciudad de las Artes Escénicas. Anunciado en la campaña de las elecciones generacionales de marzo de 2000 como un gran centro de aspiraciones interpectáculos teatrales, musicales o de danza, y puesto bajo la tutela de la

¹² Véase la descripción realizada por los arquitectos redactores del proyecto: Carmel Gradolí, Luis Francisco Herrero y Arturo Sanz, «Restauración del Horno Alto n.º 2 de Sagunto: la recuperación de un resto siderúrgico», *Braçal*, 25, Sagunto, 2002, pp. 101-119.

¹³ José Vila Vicente ha desarrollado desde el primer momento del cierre de AHM un papel clave en la conservación de la memoria industrial de los saguntinos. Y desde su nombramiento en 1997 como director de la fundación se ha ocupado de salvar, incrementar y dar a conocer en varias exposiciones la colección y el archivo.

actriz griega Irene Papas, el proyecto no ha dado hasta la actualidad más que frutos efímeros: varias interesantes y costosas representaciones teatrales en las que han intervenido prestigiosos profesionales como Peter Brook, Carles Santos, Alicia Alonso, Bigas Luna o La Fura dels Baus; si bien es verdad que se encuentra en marcha la rehabilitación de la antigua nave de talleres generales, como gran espacio escénico, presupuestada en tres millones de euros. Últimamente se han ido concretando algo más sus instalaciones con la presentación en la Feria Internacional de Arte Contemporáneo (Arco) del pasado mes de febrero del proyecto arquitectónico de un anfiteatro al aire libre con capacidad para dos mil espectadores, concebido por el arquitecto griego Manos Perrakis; y el reciente anuncio de un centro de alto perfeccionamiento musical dirigido por el violonchelista ruso Rostropóvich que se instalaría en el edificio del antiguo economato y en dos de las viviendas de ingenieros y cuya inversión se estima en 14 millones de euros.

Paradojas aparte, y pese al evidente peligro de desnaturalizar el sentido de los elementos patrimoniales afectados, de materializarse estas importantes inversiones quedaría garantizada la rehabilitación de algunos de los edificios industriales que han pervivido y seguramente sería un importante impulso de regeneración y puesta en valor de todo el recinto de la Gerencia.

6. Una tarea colectiva

No obstante, aun siendo imprescindibles las iniciativas de la administración, de poco servirá la restauración de los edificios para nuevos usos si los saguntinos, especialmente los porteños, no terminamos por reconciliarnos con nuestro pasado inmediato. Ya han transcurrido casi dos décadas de la convulsión social provocada por el desmantelamiento de la siderúrgica y si bien hemos logrado superar los peores presagios que entonces se cernían sobre nuestra continuidad como pueblo, para muchos el pasado es todavía una herida por cicatrizar. Pero sería un error olvidar. Como afirma el historiador francés Pierre Nora, la pervivencia de la memoria es un rasgo que caracteriza a los grupos de personas que viven y por lo tanto se encuentran en permanente evolución¹⁴. Recordar la historia no tiene por qué ser un

¹⁴ Pierre Nora y otros, *Les lieux de la mémoire*, París, Gallimard, 1984, vol. I, p. xix.

acto de melancolía inmovilista, puede ser una inequívoca manifestación de vida, un deseo patente de porvenir, porque conservar el patrimonio es construir puentes entre el pasado y el futuro; ¿y quién construye puentes sobre ríos que no piensa cruzar?

Resulta vital que actuemos con decisión. Primero, para conservar los pocos restos físicos de nuestra historia que aún subsisten. Y, en segundo lugar, para recrear con imaginación espacios en los que reconstruir con objetos, documentos o imágenes la historia de este particular enclave industrial y urbano que es Puerto de Sagunto. Desde mi punto de vista, esos son los dos objetivos prioritarios que deberíamos perseguir cuantas personas y colectivos nos preocupamos por el patrimonio industrial: salvarlo de la destrucción y del olvido para hacer de él un factor de cohesión y progreso. Es una tarea ineludible por hacer: no olvidar nuestro pasado, sino reconocernos en él. El rescate, conservación y estudio del patrimonio industrial (y de todos los aspectos relacionados con él) debiera ser una nueva empresa colectiva: la reivindicación positiva de nuestra identidad, de nuestra memoria histórica de hombres modernos. Porque, parafraseando a Josep Ballart¹⁵, conservar es capturar las huellas que deja el tiempo en las cosas para catapultarlas hacia el futuro y usarlas como referencia, aceptando implícitamente el cambio y el progreso. Conservar la memoria del pasado en las cosas es un ejercicio de autoestima y de autodeterminación, algo tan revolucionario como hacernos responsable de nuestro destino.

¹⁵ J. Ballart, *El patrimonio histórico y arqueológico: valor y uso*, Barcelona, Ariel, 1997, pp. 32-33.

Resumen. «Patrimonio industrial y memoria colectiva. El caso de Puerto de Sagunto (Valencia)»

El núcleo urbano de Puerto de Sagunto es un ejemplo típico de *ciudad fábrica* surgida en la playa de Sagunto (Valencia) a raíz de la construcción, entre 1902 y 1907, del ferrocarril minero más largo de la península y de un puerto dedicados al transporte de mineral de hierro extraído en las minas de Ojos Negros (Teruel) por la Compañía Minera de Sierra Menera; y, sobre todo, a causa de la instalación en 1917 de una gran planta siderúrgica a cargo de la Compañía Siderúrgica del Mediterráneo.

A partir de una síntesis histórica de ambas actividades industriales desde sus inicios hasta el traumático final ocasionado por la reconversión de 1984, que provocó la pérdida casi completa de un riquísimo legado histórico (salvo un alto horno, varios conjuntos de edificios y parte del archivo empresarial), el artículo reflexiona sobre el valor del patrimonio industrial como fuente de conocimiento histórico y como instrumento de transmisión de la memoria colectiva de las sociedades contemporáneas.

Abstract. «Industrial heritage and collective memory: the Port of Sagunto (Valencia)»

The Port of Sagunto in Valencia is a classic example of a townfactory in Spain. The birth and subsequent development of the town was shaped by two key events. The first was the construction between 1902 which would enable the Compañía Minera de Sierra Menera to export the iron ore it was extracting from the Ojos Negros mines in Teruel. The second, even more significant development came in 1917, when the Compañía Siderúrgica del Mediterráneo opened a major iron and steel plant in Sagunto.

The author first traces the development of both industries from their beginnings down to their traumatic end as a result of restructuring in 1984, when closure led to the loss of almost all this rich historical legacy (with the exception of the blast furnace, various other buildings and part of the company archive). This case study frames a series of reflections on the value of industrial heritage as a source of historical knowledge and as a tool for the transmission of the collective memory of contemporary societies.

Patologías industriales. Una nueva aproximación al debate sobre las condiciones de vida en un entorno urbano (Barcelona, 1820-1920)¹

Carles Grabuleda Teixidor *

1. Introducción. Crecimiento industrial y crisis demográfica

Un aspecto crucial, aún insuficientemente estudiado, en el análisis del proceso de construcción del régimen liberal en España guarda relación con el impacto de la industrialización a todos niveles en los entornos urbanos. Si bien es innegable la prosperidad económica que pudo comportar el cambio productivo, también lo es la precariedad social que la acompañó. Las primeras décadas liberales fueron decisivas para asentar unos criterios individualistas encarados a dar plena libertad a la iniciativa empresarial, a pesar de la falta de control público

* Universitat Pompeu Fabra. E-mail: cgrabule@hotmail.

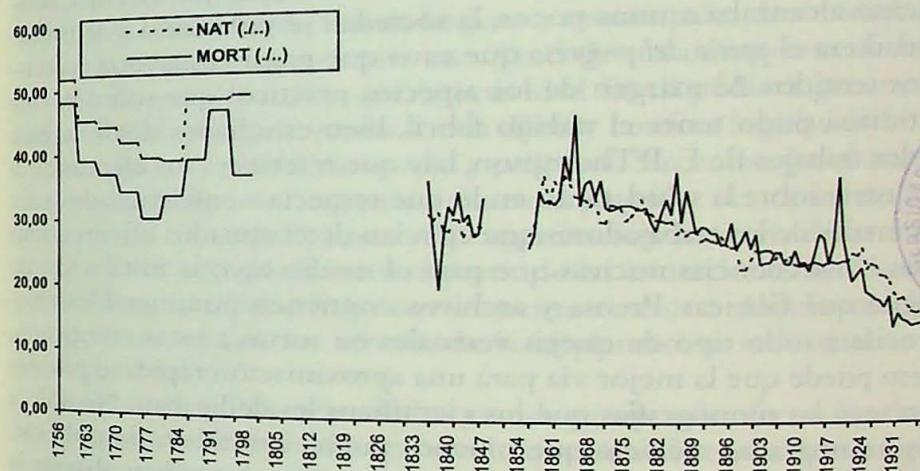
¹ Este trabajo es una reelaboración de una parte de mi tesis doctoral (C. Grabuleda Teixidor, *Salut pública i creixement urbà. Política i acció social en els orígens de la Barcelona contemporània*, Barcelona, Universitat Pompeu Fabra, 2003). A fin de liberar el texto he suprimido múltiples notas, comentarios y bibliografía que pueden consultarse en la citada tesis. Si no se indica lo contrario, las valoraciones contenidas en este trabajo tienen allí su referencia detallada.

sobre las actividades fabriles y la total desasistencia a amplios grupos de población. Esta realidad puede tener varias lecturas, y analizarla implica entrar en el largo debate sobre los efectos de la industrialización en las condiciones de vida cotidianas. Como el centro de la cuestión radica en valorar si pesaron más los efectos beneficiosos de los incrementos productivos o bien las consecuencias perniciosas del trabajo industrial, se suele optar por uno u otro puntos de vista más en función de valores personales y subjetivos que de criterios objetivos, con lo cual nos arriesgamos a entrar en un debate estéril que cualquier investigador sensato debería evitar. Por otro lado, parece poco prudente seguir discutiendo esta cuestión cuando las miserables condiciones de vida de la población obrera eran aceptadas casi unánimemente por gente de toda tendencia política, bien fuera para denunciar la cara oscura del progreso, bien para lamentar el malestar de unos cuantos en beneficio del bienestar de la mayoría. En mi opinión, el esfuerzo intelectual necesario para legitimar visiones sociales positivas de este proceso contrasta con la facilidad con que surgen indicadores negativos de todo tipo a poco que uno analice documentación muy diversa.

Estas evidencias no son difíciles de encontrar. Lo constatamos en el caso de Barcelona, donde una simple valoración de los datos demográficos disponibles imposibilita, a mi entender, cualquier otro tipo de lectura. Sólo hace falta leer la evolución de natalidad y mortalidad a lo largo del periodo para remarcar el *túnel demográfico* en que cayó la ciudad a principios del siglo XIX, coincidiendo con los cambios económicos y políticos apuntados, y del que no salió hasta principios del siglo XX, no por casualidad coincidiendo con las reformas sociales que el régimen liberal introdujo a distintos niveles (véase figura 1).

Natalidad y mortalidad invirtieron sus posiciones relativas en algún momento impreciso de los inicios del siglo XIX, rompiendo con la tendencia positiva en el crecimiento vegetativo barcelonés de finales de la anterior centuria. Nos harían falta estudios comparativos para evaluar la relevancia del cambio pero, por lo que sabemos, la excepción en Europa era más bien el crecimiento del siglo XVIII y no la crisis demográfica del ochocientos, por lo que quedan pocas dudas sobre el futuro que en el siglo XIX vivió la *próspera Barcelona* de la que hablaban los cronistas del setecientos. Fue así al menos hasta entrado el siglo XX, cuando coincidieron una coyuntura económica favorable (efectos de la crisis europea de 1914-1918 y crecimiento urbano derivado de la Exposición Universal de 1929, principalmente) y el pe-

FIGURA 1. Evolución de la natalidad y la mortalidad en Barcelona (1756-1936)



riodo de tímidas reformas sociales iniciado en el municipio como clara consecuencia del ciclo epidémico de 1880-1890 y profundizado a nivel estatal a partir del cambio de siglo.

Aunque requerirían un estudio más detallado, estos datos demográficos parecen dejar pocas dudas sobre el carácter del impacto de la industrialización y el liberalismo en entornos urbanos emergentes como Barcelona. Ello no impide que otras fuentes aporten e ilustren esta pretir de dos aproximaciones cualitativas a la cuestión. Por un lado, valoraremos las condiciones del trabajo fabril a partir de la bibliografía sobre salud industrial usada en la Barcelona de la época y, por otro lado, pro-cederemos de igual modo con la multitud de trabajos que entonces se realizaron sobre bromatología y formas de alimentación.

2. Enfermedades y accidentes laborales. Una aproximación a la salud industrial

En los años de la primera industrialización, fábricas y ciudad se expandieron rápidamente mientras el poder político, en nombre de la prosperidad y la riqueza, hizo bien poco para controlar este creci-

miento. El deterioro del entorno fue notable y, durante varias décadas, seguro que pocos trabajadores creían compartir la prosperidad que muchos teóricos proclamaban. En la medida que el enriquecimiento alcanzaba a unos pocos, la sociedad se polarizaba y la precariedad era el *precio del progreso* que tuvo que pagar la mayoría en muchos sentidos. Al margen de los aspectos prácticos que sobre la vida cotidiana pudo tener el trabajo fabril, bien estudiados desde la base de los trabajos de E. P. Thompson, hay que referirse a los efectos de la industria sobre la salud, tanto en lo que respecta a enfermedades profesionales de los trabajadores que ejercían determinados oficios como a las consecuencias nocivas que para el medio tuvo la instalación de según qué fábricas. Prensa y archivos contienen innumerables referencias a todo tipo de quejas vecinales en torno a estas cuestiones, pero puede que la mejor vía para una aproximación rápida al problema sean las monografías que los científicos les dedicaban. No sólo a las monografías médicas que muchos pueblos miraban de publicar, sino sobre todo a trabajos más complejos que pretendían abarcar la realidad urbana. A falta de una monografía médica sobre Barcelona que, a pesar de múltiples proyectos, no llegó nunca a oficializarse, el monumental trabajo de Ildefonso Cerdá para el último tercio del siglo XIX es una fuente imprescindible, aunque no hay que obviar otros trabajos mucho menos citados por los estudiosos actuales. Conviene destacar los dos grandes manuales de Higiene Pública usados en las universidades españolas de la época, los de Monlau y Giné y Partagás, que no eran más que una aplicación a la realidad barcelonesa de lo teorizado en los manuales franceses e ingleses sobre estos temas, fácilmente encontrables en la Barcelona del momento².

Si no queremos limitarnos a las múltiples denuncias de la prensa obrera sobre la precariedad en las condiciones del trabajo fabril que se producían en los pocos momentos de libertad de expresión a finales de siglo, obras como las de Monlau y Giné se convierten en referencia privilegiada para aproximarnos a la realidad del trabajo en el

² Ildefonso Cerdá, *Teoría general de la urbanización y aplicación de sus principios y doctrinas a la Reforma y Ensanche de Barcelona*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1971 (Barcelona, 1867). Otros trabajos remarcables son Pedro Felipe Monlau, *Elementos de Higiene Pública*, Barcelona, Pablo Riera, 1847 (reediciones en Madrid, 1862 y 1874) y Juan Giné y Partagás, *Curso Elemental de Higiene Privada y Pública*, Barcelona, N. Ramírez y Cía., 1872. Sobre los centenares de monografías médicas catalanas, el mejor estudio actual es el de Llorenç Prats, *La Catalunya rànica. Les condicions de vida materials de les classes populars a la Catalunya de la Restauració segons les topografies mèdiques*, Barcelona, Altafulla, 1996.

interior de las fábricas, ya que, documentalmente, en los archivos ha sido imposible localizar rastros de inspección industrial en estos aspectos en épocas tan pretéritas. Una vía alternativa a intentar este estudio sería evaluar la acción de las juntas municipales de sanidad, que ofrece pistas sobre la cuestión en virtud de sus competencias en el control de posibles daños que la actividad fabril pudiera generar de cara al vecindario, de acuerdo con la débil y confusa legislación sobre *establecimientos insalubres, incómodos y peligrosos*. Sin embargo, el trabajo de estas juntas raras veces se iniciaba *motu proprio* y nunca investigaba directamente las condiciones y la organización internas del trabajo, por lo que lo más prudente será partir de las anotaciones de Monlau y Giné para completarlo posteriormente con otra documentación que permita evaluar los efectos de la implantación industrial en el entorno urbano.

Ambos autores distinguen dos grandes grupos de efectos ligados a la expansión industrial: por un lado, lo que convienen en llamar *higiene intrínseca*, que recoge los aspectos relacionados directamente con la propia actividad fabril y el ejercicio de la profesión sobre quien lo realiza, y, por otro lado, la *higiene extrínseca*, que se refiere a las consecuencias que dicha actividad tiene sobre el medio rural o urbano en que se produce. Puede parecer remarcable la importancia que estos tratadistas concedían a este último punto mucho antes de que las preocupaciones ecológicas se explicitaran como en la actualidad. Ello es una muestra de hasta qué punto la industria había transformado el entorno vital urbano, si bien conviene no exagerar el alcance de estas preocupaciones, porque se limitaban a poco más que meros ejercicios retóricos con poca traducción práctica. Obviamente, tenían en consideración estos aspectos en la medida en que, según las creencias del momento, la difusión de las enfermedades no se producía por vía microbiológica, aún no descubierta, sino a través de la putrefacción de la materia orgánica, que generaba unos miasmas capaces de transmitir la enfermedad y que eran detectables por el olor. Era lógico, por tanto, que cualquier foco pestilente o cualquier sustancia que desprendiera mal olor fueran consideradas tóxicas sin más. A medida que avanzó el siglo, este razonamiento tan simple fue evolucionando, en especial a partir de la constatación del papel del agua como difusora de las principales epidemias, más aún que el propio aire al que anteriormente se atribuían casi en exclusiva todos los males, y de la constatación, a partir del descubrimiento de la vida microbiana, de que la toxicidad no siempre se podía percibir a simple vista. Fue este proceso, y en especial la creciente conexión entre la difusión de epidemias

y la salubridad hídrica y aérea, lo que acabó dotando de entidad y reconocimiento científico a las preocupaciones ambientales. Hasta entonces la *higiene industrial* era poco más que higiene profesional: un análisis de las enfermedades y malformaciones provocadas por el trabajo fabril en quienes lo realizaban.

Junto a estas relativas preocupaciones sobre los efectos externos de la actividad industrial, la *higiene extrínseca* cuidaba también de las condiciones y costumbres personales y familiares: vivienda, alimentación, vestuario, falta de hábito en el baño, etc. También a este nivel es necesario señalar una evolución a lo largo del siglo. Lo que nunca cambió fue la valoración altamente negativa que el conjunto de tratadistas hacía de las condiciones de vida obrera en las ciudades. Bien fuese para denunciarlas en favor de un cambio político, económico o social, bien fuese para lamentarlas como un triste precio a pagar por el progreso, nadie parece haber dudado del empobrecimiento de la vida cotidiana hasta la aparición de nuevas perspectivas en cierta historiografía social y económica del siglo XX. La evolución señalada no se produjo en este sentido, sino en la atribución de las responsabilidades causantes del problema. Monlau, por ejemplo, detectaba más connotaciones morales que Giné. Así, por ejemplo, entendía que "las profesiones mecánicas sacan su personal de las clases sociales inferiores o medias. De ahí resulta que la influencia fatal de muchas profesiones se graba con caracteres permanentes en la organización de ciertas clases o de ciertos grupos de la sociedad, dando lugar a modificaciones hereditarias que se combinan con las de la raza, del clima, etc. Tal es, por ejemplo, la disposición a la tisis pulmonar, transmitida a los hijos por padres, a quienes su oficio condena a tal enfermedad. [...] En las grandes reuniones de todas las edades y de ambos sexos, las pasiones se inflaman, el contagio del vicio se propaga con una especie de furor, y los excesos de toda clase aceleran la alteración de las constituciones más robustas. [...] Concebidos en la miseria y el libertinaje, los endeble vástagos de esa población bastardeada pasan a su vez bajo el imperio de las mismas causas de degradación física y moral, describiendo un círculo sin fin..."³. Este tipo de reflexiones que mezclan medicina premicrobiológica, pseudogenética y moral burguesa fueron desapareciendo con el paso del tiempo. En este sentido, las diferencias entre los manuales de Giné y Monlau son paradigmáticas. Moral, religión, política y ciencia, que se confundían en un todo en la primera mitad del siglo XIX en las reflexiones de los higienistas, fue-

³ P.F. Monlau, *Elementos...*, op. cit., pp. 680-681.

ron diversificando sus caminos en un proceso que habría que estudiar, en el que debieron de ser elementos cruciales tanto la forma en que la clase obrera se configuró históricamente en Barcelona como el progreso espectacular de la medicina durante el ochocientos.

Un último aspecto que vale la pena remarcar en la *higiene extrínseca* es la clasificación que Giné establece de los trabajadores en tres grupos en función de su lugar de residencia: en primer lugar, los que habitan en pisos alquilados y moblados por su cuenta (los que viven mejor); por otro lado, los que se instalan en las inmediaciones de la fábrica en apartamentos más o menos ligados a la empresa o controlados por el fabricante y, por último, los *itinerantes*, realquilados en casas de huéspedes, que constituían el grupo más miserable y, a su entender, el más peligroso como foco de difusión de epidemias. Les atribuía la difusión del tifus, del cólera y, sobre todo, de la sífilis, por su costumbre de compartir cama para abaratar costes. Hay que remarcar que Giné era un personaje nada próximo a visiones conservadoras del mundo, lo que indica que la animadversión hacia este grupo social era bastante generalizada. No era el único en cargar las culpas sobre estos grupos. Debió de existir una capa de población flotante que entraba y salía de la ciudad con la misma facilidad con que encontraba o perdía el trabajo en función de la evolución coyuntural del mercado laboral. La divisoria entre esta población y los *pobres, vagos y malentretenidos* debió de ser muy tenue. Ya fuese por la precariedad o por la movilidad, esta gente era considerada antihigiénica y peligrosa socialmente a un tiempo. La frontera entre mendigos, vagabundos y trabajadores del más bajo nivel era a menudo casi inexistente o, como mínimo, fácilmente franqueable y, por ello, las medidas políticas contra la mendicidad y las medidas contra la precariedad en las franjas obreras más pobres a menudo se confundían. Unos primaban la reclusión y persecución para este conjunto, mientras otros, como Giné y Partagás, si bien coincidían en la identificación del problema, entendían que requería otro tipo de soluciones. En su opinión, la gran apuesta tenía que ser consolidar y asentar a esta población flotante gracias a la construcción de viviendas obreras al estilo de las *cités ouvrières* francesas y belgas y las *model-houses* inglesas, reclamada en repetidas ocasiones. La medida también formaba parte de las propuestas de Monlau al Parlamento en la conocida discusión sobre política industrial de 1855, durante el gobierno progresista. El mismo Monlau, poco antes, había lamentado la iniciativa emprendida por Pedro de Egaña, ministro moderado de Gobernación en 1853, porque no se salía de los esquemas benéfico-asistenciales propios del momento. Como esta disposición, como las demás, no ar-

bitraba mecanismos financieros especiales para que los municipios la impulsasen, la iniciativa fue olvidada como tantas otras. El *laissez faire* gubernamental se combinaba fatalmente con la falta de presupuesto municipal y las resistencias de las *clases pudientes*. En cualquier caso, aunque siempre quedasen en proyecto, los programas de erradicación de la mendicidad y el establecimiento de casas baratas para pobres o para obreros (se usaban indistintamente ambos términos) fueron dos propuestas recurrentes a lo largo del siglo. A veces se producían conjuntamente y a veces por separado. Convendría estudiar con más profundidad la forma en que se producían estos proyectos para ver hasta qué punto eran compatibles, hasta qué punto evidencian una evolución ideológica o bien respondían a dos idearios diferenciados de enfoque de la *cuestión social*.

Por lo que respecta a la *higiene intrínseca*, las enfermedades puramente profesionales podían ser de tan variado tipo que resultaba difícil establecer una única clasificación. Siguiendo los principales tratadistas internacionales, Monlau se inclinaba por la clasificación de Levy, que basaba su criterio en el medio en que se trabajaba y dividía las profesiones en fitotécnicas, higtotécnicas, zootécnicas, termotécnicas y minerotécnicas. Por otro lado, Giné prefería combinar este criterio con el de Tardieu, que también consideraba el tipo de malformaciones producidas como principio clasificatorio. Así, la clasificación de Giné contemplaba tres grandes grupos de oficios: aquellos cuya nocividad procedía de la propia naturaleza del trabajo (forzar la vista, los músculos, oficios sedentarios, etc.), aquellos en que procedía de la materia trabajada (materias primas de origen animal, vegetal o mineral susceptibles de varios vicios) y, por último, aquellas en que los efectos nocivos los generaba el propio entorno de trabajo (calor, falta de luz, etc.). En cualquier caso, muchos oficios podían ser incluidos en más de un grupo porque eran insalubres por varios motivos. Por ello, Monlau creyó prudente abandonar toda clasificación y estudiar cada oficio por separado, con la idea de acabar elaborando una serie de manuales monográficos de higiene útiles para los profesionales de cada ramo. Un material, por lo tanto, que aspiraba a bastante más que a mero manual universitario y que pretendía, con la ayuda de la autoridad pública, la regeneración higiénica de la clase obrera española. Por descontado, se quedó en mero intento, pero a nosotros nos vale como fuente documental imprescindible para conocer la realidad de dichos oficios.

Sin entrar a comentar las múltiples referencias de Monlau a profesiones no específicamente industriales (en especial, aquellas ligadas

con el trabajo en el campo o en el ejército), el autor catalogaba en un primer grupo todos los problemas relacionados con las excesivas temperaturas a que los trabajadores tenían que someterse en varios oficios. Entre otros, horneadores, herreros, fundidores y caldereros se sometían a temperaturas altamente perniciosas al sobrepasar en muchos casos los setenta grados, lo que provocaba insuficiencias respiratorias, fatiga general, congestiones cerebrales y enfermedades ligadas a los ojos. Igualmente, les atribuía buena parte de los casos de tisis, si bien hay que tener en cuenta que en los textos médicos de la época hablar de tisis suele referir a todo tipo de enfermedades graves ligadas al aparato respiratorio, y no únicamente a la tuberculosis pulmonar. Por otro lado, también destacaba los efectos perniciosos de las profesiones directamente relacionadas con el agua (pescadores, lavaderas, aguadores, remolcadores del puerto, etc.), aunque en la época de Monlau aún no había un acuerdo entre los científicos europeos sobre las consecuencias y la atribución de enfermedades a esta relación con el agua, por lo cual el autor se limitaba a indicar los peligros que en ellos veían algunos tratadistas remarcando que, en su opinión, se trataba de oficios saludables.

Monlau atribuía mayor gravedad a las enfermedades relacionadas con las *profesiones zootécnicas*. Tratar con animales (carniceros, curtidores, saladores, sepultureros...) comportaba el contacto con materias no siempre en buen estado, con el consiguiente peligro para la salud, si bien en este aspecto tampoco había consenso científico y algunos consideraban incluso beneficiosa la inhalación de ciertas materias pútridas en según qué circunstancias. Sin embargo, los efectos nocivos del polvo y de la pelusa animales eran unánimemente reconocidos, por lo cual algunos oficios, no poco frecuentes en el nuevo mundo industrial, eran tenidos por altamente perjudiciales (colchoneros, tejedores e hiladores de lana y seda, sombrereros, cardadores, etc.). Entre los múltiples peligros que comportaban, destacaba una alta frecuencia de oftalmias, tos, aneurismas, tisis varias y todo tipo de *pústulas malignas*, que sólo podrían solucionarse con un costoso acondicionamiento de la circulación del aire en los talleres o bien con pe- ello sólo sería posible si la autoridad gubernativa lo imponía, porque no se podía pedir al empresariado que lo impulsara por su cuenta. No nos consta ninguna acción en este sentido a lo largo del siglo XIX.

El contacto con minerales de varios tipos tampoco era saludable, no tan sólo el quehacer de los mineros, de conocida insalubridad y peligrosidad, sino también el de aquellas especialidades fabriles rela-

cionadas con estos materiales (pulidores, afiladores, mecánicos, yeseros, ceramistas, etc.), cuya inhalación podía comportar múltiples problemas respiratorios que ahora no podemos detallar, al margen del riesgo de explosiones o incendios asociado con muchos de estos materiales. Similares problemas respiratorios se producían al tratar con ciertos materiales de origen vegetal, muchos de ellos ligados a la transformación de productos agrícolas, que desprendían polvo o que suponían problemas de fermentación o putridez. El polvo del tabaco, cáñamo y algodón eran los más temidos, pero en el ámbito urbano, la toxicidad más comentada, por más espectacular y molesta, era la generada por los múltiples molinos harineros que habían quedado sumidos en los crecientes cascos urbanos, sin capacidad o voluntad suficiente de la autoridad política para desplazarlos al extrarradio en todos los casos, incluso cuando la legislación, a partir de 1860-1861, así lo estipuló.

Respecto a la industria textil, la mayoritaria en la Cataluña del momento, pocos autores se refieren al trabajo de la lana o la seda, por ser muy minoritario frente al algodón y por considerar que las condiciones laborales en dicha actividad solían ser mucho mejores. La introducción de los telares de Jacquard en el caso de la lana era valorada muy positivamente tanto por Monlau como por Giné, porque, indirectamente, esta mejora productiva había comportado la necesidad de alzar los techos de las fábricas para dar cabida a este tipo de telar, lo cual contribuyó a una mejora muy significativa de la calidad del aire en los locales. Por el contrario, el trabajo del algodón sí requirió muchas páginas en todos los tratados de higiene industrial. Al margen de los manuales de Monlau y Giné, contamos con la *Higiene del tejedor*, de Joaquín Salarich, reeditada no hace muchos años⁴, aunque hay que señalar que ninguno de dichos estudios responde a un trabajo de campo de los autores, que, como máximo, se limitaron a visitar unas cuantas fábricas y a observar si respondían a lo que los teóricos extranjeros habían escrito⁵.

⁴ J. Salarich, *Higiene del tejedor. Medios físicos y morales para evitar las enfermedades y procurar el bienestar de los obreros ocupados en hilar y tejer el algodón*, Vic, Impr. Soler Hnos., 1858 (reedición en A. Jutglar, *Condiciones de vida y trabajo obrero en España a mediados del siglo XIX*, Barcelona, Anthropos, 1984).

⁵ Todos usaban más o menos la misma bibliografía, las obras que comúnmente eran usadas en la Europa de la época, según sabemos por la historiografía actual, lo cual induce a relativizar el supuesto abismo científico-cultural entre España y Europa para estos años. Las obras más citadas eran: Louis R. Villermé, *Tableau de l'état physique...*, 1849; H. C. Lombard, *De l'influence des professions...*, Ginebra; A. Ure, *The phi-*

Siguiendo el modelo de Monlau, Salarich planteaba su trabajo como una cartilla útil para empresarios y obreros del ramo. Al margen de las *enfermedades morales*, muy presentes aún en la obra y en la época de Salarich, distinguía tres grandes tipos de problemas sanitarios en la manufactura del algodón: polvo, cambios de temperatura y problemas relacionados con la maquinaria. En buena medida, menospreciaba estos últimos, por entender que se les había dado demasiada importancia, que la prensa los había magnificado en muchos casos y que, en general, eran atribuibles a falta de pericia e imprudencia de los obreros más que a problemas asociados a la máquina en sí. No entraremos ahora a valorar la veracidad de dichas aseveraciones, aunque si bien ni Monlau ni Giné las contradicen, no dejan de sorprender al compararlas con las frecuentes notas de prensa referentes a este tipo de problemas y con la insistencia con que las autoridades médicas de la ciudad exigían la dotación de casas de primeros auxilios para todos los barrios de Barcelona para atender a los múltiples casos de siniestralidad laboral, a su entender, el principal problema sanitario de la ciudad y el más característico en comparación con otras ciudades como Madrid.

Para la mayoría de tratadistas, el principal problema del trabajo con el algodón era el polvo y las impurezas volátiles contenidas en dicha fibra, lo cual afectaba principalmente a los trabajadores que preparaban las fibras para su hilado, aunque esta volatilidad transportaba el problema también al vecindario de las fábricas. Por otro lado, en las fases de hilado y tejido, el mayor riesgo lo comportaban los cambios de temperatura y la humedad del aire porque, a fin de aumentar la producción y mantener costes, el empresario solía acumular máquinas cada vez más potentes en un mismo espacio poco ventilado, y el principal interesado en mantener esta situación solía ser el propio obrero (o contraamaestre) porque, al trabajar a destajo, prefería no ventilar el local para no asumir el riesgo de que el aire corriente rompiera los hilos de la pieza. Para solucionar este problema, la única vía posible habría sido alzar los techos de las fábricas e instalar unos sistemas de ventilación indirecta que renovasen el aire sin dañar los

losophy of manufactures, or An Exposition of the scientific, moral and commercial economy of the factory system of Great Britain London, Charles Knight, 1835 (edición facsímil reciente en Nueva York, Augustus M. Kelley, 1967), 480 p.; A. Ure, *The cotton manufacture of Great Britain: systematically investigated...with an introductory view of its comparative state in foreign countries*, Londres, Charles Knight-William Clowes and sons, 1836, 2 vols., c. 359+455 p.; Jean Gerspach, *Considérations sur l'influence des filatures et des tissages sur la santé des ouvriers*, Paris, Thèse, Faculté de Médecine, 1827.

hilos. Al proponer esta medida, Salarich celebraba la buena predisposición de los empresarios consultados, aunque ignoramos el alcance real de los cambios. Posiblemente, un estudio a partir de planos de diferentes fábricas para diferentes momentos del siglo nos permitiría ver hasta qué punto se evolucionó en este sentido, si bien es bien sabido que el empresariado siempre se mantuvo reacio a mejorar la infraestructura y la técnica de la maquinaria. Un empresariado que, como nuestra historiografía económica nos ha mostrado, repetidas veces prefirió incrementar beneficios por la vía de un proteccionismo que mantenía los precios artificialmente altos difícilmente habría sustituido la maquinaria para mejorar las condiciones del trabajo obrero. Por otro lado, unos gobiernos con mejor sintonía con este empresariado de lo que a veces se ha dicho tampoco contribuyeron en nada al cambio. No hemos localizado ni una sola disposición gubernativa en este sentido a lo largo del siglo.

Como resultado de este contexto, Barcelona se había convertido, en palabras de Carlos Ronquillo, en uno de los principales abanderados de la innovación médica en la ciudad, en una "Babilonia de la industria", en la que "hay una tendencia, mejor un delirio, para fabricarlo todo. En nuestra aduana entran los residuos de los desperdicios de las fábricas extranjeras, y el genio catalán, de estos residuos crea otros cuerpos. Como por ensalmo se abren cada día fábricas de nuevos productos. En los más de los casos la autoridad indaga con admirable solicitud si aquel medio de fabricación podrá 'incomodar' a los vecinos, mas nunca (y lo decimos con horror) se toma la pena de saber si puede 'matar' a los obreros"⁶.

3. Salud pública y calidad de los alimentos. La bromatología en el siglo XIX

En general, los intentos de evaluar los cambios en las condiciones de vida se han basado en la reconstrucción histórica de los presupuestos familiares de ingresos y gastos. En Cataluña, este tipo de análisis topa con limitaciones muy claras. Por un lado, la poca atención que se le ha prestado a la demanda por parte de la historiografía económica, más preocupada en analizar el espectacular progreso productivo en

⁶ Carlos Ronquillo, *Los obreros de Cataluña*, in *Revista de Cataluña*, vol. II, 1862, pp. 309-315.

nuestro siglo XIX que no en evaluar los cambios en las pautas de consumo. En parte a consecuencia de ello, no se han elaborado suficientes series de datos que, a pesar de las limitaciones documentales, permitirían perfilar mejor la evolución de precios y salarios, hasta ahora sólo disponibles para momentos puntuales. Cuando la historiografía se ha preocupado por estas cuestiones, se ha limitado a comentar poco más que las tres grandes fuentes de datos disponibles: las series elaboradas por Ildefonso Cerdá a mediados del siglo XIX, las pocas respuestas a la encuesta de la Comisión de Reformas Sociales, en la década de 1880, y los primeros resultados de los servicios de estadística del Ayuntamiento de Barcelona, de principios del siglo XX⁷. En todos los casos, se intenta establecer los presupuestos familiares a partir de las series de ingresos y gastos, siguiendo el modelo de Cerdá, con nuevas cifras y cálculos más refinados. Con variantes, todos evidencian precariedad para las economías domésticas a lo largo del periodo, un diagnóstico que no hace más que confirmar la miseria asumida por los tratadistas de la época y, si bien los recientes estudios de Enriqueta Camps relativizan el panorama al perfilar los ciclos vitales que llevaban a las familias de épocas de carestía a otras de relativa abundancia, el panorama general no deja de ser desolador⁸.

Como la precarización, o, como mínimo, la precariedad, parece evidente, no hace falta insistir en esta línea. Por otro lado, no es preciso repetir los datos de Cerdá porque han sido suficientemente divulgados. En cambio, sí conviene plantear una aproximación cualitativa al tema a partir de otros aspectos relacionados con el consumo de las clases populares, porque al evaluar los presupuestos obreros habría que tener en cuenta algunos cambios cualitativos que la vida urbana comportó y que raras veces se han tenido en consideración. Así, por ejemplo, se ha obviado la enorme cantidad de animales domésticos que, legalmente o ilegalmente, poblaban las casas de la ciudad, que servían bien para completar la dieta familiar, bien para obtener ingre-

⁷ Los principales trabajos que presentan aproximaciones de este tipo son los de J. Benet y C. Martí, *Barcelona a mitjan segle XIX. El moviment obrer durant el Bienni Progressista (1854-1856)*, Barcelona, Curial, 1976; J. M. Huertas Clavería, *Obrers a Catalunya. Manual d'història del moviment obrer (1840-1975)*, Barcelona, L'Avenç, 1994; M. Izard, *Industrialización y obrerismo. Las Tres Clases de Vapor, 1869-1913*, Barcelona, Ariel, 1973; A. Balcells, *Trabajo industrial y organización obrera en la Cataluña contemporánea (1900-1936)*, Barcelona, Laia, 1974. Un intento, aunque poco exhaustivo, de mejorar las series de precios existentes, en F. Bonamusa y J. Serrallonga, *Del roig al groc. Barcelona 1868-1871. Quintes i epidèmies*, Barcelona, L'Avenç, 1995.

⁸ Enriqueta Camps Cura, *Els nivells de benestar al final del segle XIX. Ingrés i cicle de formació de les famílies a Sabadell (1890)*, en *Recerques*, 24, Barcelona.

sos extras de la venta de sus productos, en una clara estrategia de las familias urbanas para combatir la degradación de las condiciones de vida en el nuevo entorno. Los nuevos barceloneses, llegados del campo en fechas más o menos recientes, convivían con gallinas, palomas, conejos e incluso vacas y burros en unas viviendas poco o nada habitadas para ello, práctica que ha llegado hasta fechas recientes pero que la historiografía incomprensiblemente ha olvidado. Esta pervivencia de ciertas costumbres rurales era una manera de no depender exclusivamente del alimento de compra regular, que distorsiona cualquier estudio basado únicamente en la evolución de los precios del mercado oficial. No podemos seguir pensando en una dieta obrera absolutamente pobre en carne si todo el mundo probaba de criar ganado en casa obtenerlo con intercambios informales con el vecindario. La venta de carne en los mercados oficiales debía de limitarse a las clases medias y altas, mientras que la población obrera se nutría de esta carne doméstica o de la procedente de los mercados paralelos. Es obvio que hay que estudiar estas dos vías alternativas al mercado oficial para complementar el análisis existente, y hay que hacer un esfuerzo para encontrar fuentes que permitan calcular el alcance de estos mercados informales. El estudio de una fuente riquísima, el almotacén, poco o nada conocida para el siglo XIX, o el análisis de la entrada de alimento para ganado en la ciudad, así como la persecución de las entradas ilegales de carne procedentes de los débiles municipios del extrarradio podrían aportarnos pistas en este sentido. Haría falta conocer mejor la administración y el suministro municipal de carnes, así como el poderoso gremio de carniceros de Barcelona. No puede ser casualidad, por ejemplo, que en muchas épocas la mayor actividad de los negociados municipales de sanidad se encarasen a la persecución de la tenencia de este ganado doméstico, cuando se pasaban por alto muchos otros focos de insalubridad potencialmente más peligrosos.

En cualquier caso, estas prácticas encaradas a mejorar la dieta familiar empeoraban aún más la calidad de vida urbana en la medida en que este ganado se encontraba en pésimas condiciones. Estercoleros y residuos animales eran denuncia constante en la administración y en las publicaciones médicas, aunque la población solía ignorar a unos y otros. Hasta finales del siglo XIX, la imagen de la ciudad no debía de ser la que a menudo nos hacemos de una ciudad industrial, sino más bien la de un inmenso pueblo rural con fábricas y chimeneas, pero también con casas de seis o siete pisos llenas de palomas, cerdos, gallinas, vacas y todo tipo de ganado. El doctor Antonio Mendoza, en una

serie de artículos de 1866 en *El Compilador Médico*, presentaba una imagen muy insalubre de la ciudad. Describía la realidad cotidiana de la ciudad resaltando la multitud de "madrigueras artificiales, donde aprovechando la proverbial fecundidad del conejo, se crían a poquísimos costa muchedumbre de gazapos, de seguro consumo, expendidos en bodegones y hasta en los mercados públicos, por industriosas disfrazadas de campesinas. Los consumidores conocen bien, aunque tarde, el tufillo de animal casero, y a otros queda desconocido mediante el vinagre, sal, pimienta y otros condimentos"⁹. Queda fuera de toda duda el uso económico de estos animales, más allá de su consumo doméstico, y los ingresos extra que podían obtener de ellos las obreras una vez disfrazadas de campesinas, aunque, según Mendoza, "no hace falta ser bromatólogo para barruntar la calidad nutritiva de todas estas carnes y lacticinios, procedentes de animales en tal atmósfera cebados y regalados con desperdicios de basurero".

Más allá de conejos y aves, quien podía criaba también animales de mayor tamaño, cuya presencia cotidiana en las calles de la ciudad proporcionaba a Mendoza y otros higienistas llamativas descripciones-denuncia que ahora no podemos entretenernos en detallar. Al otro lado de la balanza, la contrapartida y el complemento indisociable de esta fauna urbana lo constituían las ratas, que "forman ya ejércitos que tienen a raya la familia gatuna, limitada [...] a perseguir y auventar algún discreto y novel ratoncillo, que emigra de las bodegas y cloacas en cuyo seno, siguiendo así las cosas, dentro de pocos años hallarán nuestros pellejeros el mismo ambiente que los célebres cazadores subterráneos de Lyon y de Burdeos". Este panorama, según Mendoza, sería aceptable si como mínimo la materia orgánica obtenida de este ganado pudiera usarse como abono de los campos del extrarradio, pero en general, decía, sus desechos iban a parar masivamente a unas cloacas pensadas tan sólo para recoger agua de la lluvia, con la insalubridad que ello comportaba. Sólo la presión de la Sociedad de Propietarios para la Extracción de Letrinas, importante lobby mercantil con intereses múltiples que haría falta estudiar, consiguió que la administración cuidase, años más tarde, de evitar dichos vertidos para que fuesen utilizados en los campos del delta del Llobregat. Hasta entonces, "el residuo mayor de las expresadas materias orgánicas, después de haber inficionado copiosamente la atmósfera, se infiltra en las cloacas, de donde va por último a la gran piscina uni-

⁹ Antonio Mendoza, «Higiene pública. Qué es Barcelona, qué debería ser higiénicamente considerada», en *El Compilador Médico*, 22, 28 de mayo de 1866.

versal de Barcelona, que es su encalmado puerto, constantemente obstruido por su pésima bahía”.

Hay que remarcar, pues, esta economía paralela de las familias barcelonesas, no tan sólo en la evaluación de su economía cotidiana, sino también como elemento configurador de un entorno insalubre denunciado por unos higienistas que, con este tipo de discursos, solían ganarse la antipatía de sus vecinos. Asimismo, habrá que tener en cuenta también otra forma de abaratar los costes alimenticios que escapa a los estudios basados en las cifras oficiales: la venta de productos *sofisticados* (adulterados) y *alterados* (podridos, caducados o dañados). Aun sabiendo que buena parte de los alimentos se vendía en estas condiciones, ello raras veces se ha tenido en cuenta al considerar el margen económico que este tipo de actuaciones permitía en el abaratamiento del precio de los productos y, por consiguiente, en el presupuesto de gastos familiares. Lo común de dicha práctica lo demuestra la proliferación de expedientes municipales sobre adulteraciones y la recuperación de una institución moderna desaparecida desde el siglo XVIII, el almotacén, incluida en las comisiones de gobernación de los ayuntamientos, con importancia y actividad crecientes a medida que avanzaba el siglo, después de unos años de práctica paralización¹⁰. Asimismo, la proliferación de libros, panfletos y manuales que pretendían ser una denuncia y una guía para evitar el fraude a la vez deja pocas dudas sobre la importancia de la cuestión¹¹.

¹⁰ Sobre la evolución del control sanitario y alimentario en la Barcelona del siglo XVIII hay que ver A. Zarzoso Orellana, *Prevenió epidèmica i salut pública a la Barcelona del segle XVIII*, trabajo de doctorado inédito, Barcelona, Universitat Pompeu Fabra, 1994, pp. 85 y ss.

¹¹ Entre el amplio abanico de títulos presentes en las bibliotecas de la época, como ejemplo, podríamos destacar el completo trabajo de Francisco Javier Agreda: *Falsificaciones de alimentos y bebidas, o Diccionario de las sustancias alimenticias con sus alteraciones, sofisticaciones, medios prácticos y sencillos de reconocerlas, procedimientos químicos para comprobarlas y reglas higiénicas para la buena alimentación*, Barcelona, Est. Tip. Espasa Hnos. y Salvat, 1877; Enrique Bertrán y Rubio, *Apuntes sobre alteraciones y sofisticaciones de algunas sustancias alimenticias y principales medios de reconocerlas*, Barcelona, Libr. José Ginesta, 1865; también Monlau se refirió con frecuencia al tema. Hay breves notas en Pere Felip Monlau: *Higiene industrial. ¿Qué medidas puede dictar el Gobierno en favor de las clases obreras?*, Madrid, Impr. Rivadeneyra, 1856; y sobre todo en *Elementos de Higiene Pública*, Madrid, 1862. También destaca José Oriol Ronquillo Vidal, *El Almotacén. Instrucción popular para la elección de las sustancias alimenticias, que contiene las propiedades salubres de los alimentos, condimentos y bebidas, las alteraciones naturales y accidentales que estos pueden sufrir y las falsificaciones a que los sujeta la codicia, junto con los medios de reconocerlas. Nociones sucintas de economía e higiene domésticas útiles a todas las familias y provechosas a los pèritos de las municipalidades encargados de la vigilancia sobre la venta de comestibles*, Barcelona, Impr. N. Ramírez y Cía., 1868.

Normalmente, estos tratados solían presentar una relación exhaustiva de los posibles fraudes en artículos de comida y bebida, ya se debieran a alteraciones naturales o a manipulaciones humanas, a fin de constituirse en guía práctica para los consumidores. No podemos detallar ahora sistemáticamente dichas posibilidades de fraude. Nos limitaremos a comentar los puntos más significativos a partir de uno de los manuales más completos y populares, el del prestigioso farmacéutico barcelonés José Oriol Ronquillo.

Una de las materias más susceptibles de fraude eran las carnes, que, debido a su demanda y a su precio, se prestaban a múltiples intentos de manipulación fraudulenta. Posiblemente, la putrefacción era el vicio más frecuente, y sólo en parte perseguido, dado que, por un lado, buena parte de las autoridades científicas consideraban incluso beneficioso el consumo de carne con indicios de putrefacción y, por otro lado, por las dificultades en el control de los mercados en este tema, debido a la fortaleza del gremio y a la imposibilidad de frenar la entrada de producto procedente de los municipios más *flexibles* del extrarradio. Pero también eran frecuentes, aunque higiénicamente menos tolerados, otros tipos de fraude, como la venta de carne de segunda como si fuese de primera, añadiendo productos, nocivos o no, para mejorar el aspecto (de animales viejos como si fueran jóvenes, vender cabra o cabrito como si fuese ternera joven, vender fetos abortados, por ejemplo de vaca, haciéndolos pasar como cabrito, etc.). En este capítulo destacaban las sofisticaciones realizadas con el cerdo, por ser de amplio consumo, por prestarse menos a la crianza en domicilio y por ser posibles muchas manipulaciones, en especial en lo que se refiere a embutidos que, debidamente condimentados, podían disimular muchas formas de deterioro. Era frecuente, por ejemplo, salar la carne cuando empezaba a pudrirse y teñirla con sangre de otros animales para rejuvenecer su aspecto, o bien la venta de carne con lepra o gusanos de laceria que, en un primer estadio, sólo eran visibles en las vísceras, que eran convenientemente apartadas. Era más difícil la venta de cerdo con triquinosis porque, por su peligrosidad y por no ser detectable a simple vista, era la única enfermedad realmente controlada con cierto rigor por los inspectores, aunque consen varios casos de muerte por este motivo a partir de carne obtenida en el mercado extraoficial¹². Menos nociva pero seguro que más frecuente era la venta de todo tipo de embutidos fraudulentos, bien por

¹² AMAB (Archivo Municipal Administrativo de Barcelona), Gobernación, Serie A, 4462, Actas de la Junta Municipal de Sanidad (12-3-1879).

putrefactos, bien por estar elaborados con carne de todo tipo de ganado más barato (cabra o vaca, en especial vientres, intestinos, úteros o placentas) o bien por *enriquecerlo* con sustancias que no le eran propias a fin de abaratar el coste (pan, harina de maíz, arroz, etc.).

No entraremos a comentar los fraudes en la carne de elaboración doméstica y venta informal, porque el control era prácticamente imposible, como era reconocido por todos los comentaristas, y cuesta creer hasta qué punto los consumidores eran engañados o se autoengañaban ante estas “obreras disfrazadas de campesinas” de que hablaba Mendoza. En lo que respecta al pescado, en una época sin congelados, las sofisticaciones para evitar la putrefacción eran constantes. A menudo la autoridad instauraba controles a la entrada y a la salida de los puertos de pesca y de los mercados, sin demasiado éxito, por lo que parece. Era frecuente la venta de pescado pasado, porque la autoridad no insistía demasiado en el control, y ni los pescaderos ni, posiblemente, los consumidores estaban muy interesados en ello. Los primeros intentaban disimular la falta de frescor del producto lavándolo con agua, presentándolo sin escamas, sin cabeza o sin ojos y mojando con sangre las branquias secas. Aun así, eran frecuentes las retiradas de partidas de pescado *excesivamente* podrido de los mercados. La solución era la venta de pesca salada, en especial teniendo en cuenta que los restos de sal podían ser vendidos, también fraudulentamente, como sal común.

Entre los alimentos vegetales, buena parte del fraude recaía en las harinas, hasta tal punto que se aceptaba la venta de harina en mal estado siempre que estuviera mezclada con harina buena. Esto solía pasar en el caso de producto expuesto a humedades, pero menos en caso de calor, porque desarrollaba gusanos y larvas difícilmente disimulables, a no ser que se vendiera directamente horneado en forma de pan. Igualmente, para abaratar costes, era frecuente la mezcla de harina de trigo con todo tipo de polvo, generalmente procedente de otros cereales o legumbres. En este caso, el producto era comestible (*sofisticado pero no dañino*, afirmaba la autoridad) y no era perseguible si la sofisticación no se hacía con otras sustancias, entre las que era frecuente el uso de arena (argumentando que procedía de la muela del molino). Entre los vegetales frescos y la fruta, las sofisticaciones eran menos factibles, si bien la autoridad toleraba sin disimulo la venta de piezas en no muy buen estado y los consumidores acostumbraban a comprar “verduras alteradas, roídas por gusanos, devoradas por insectos, conservadas en remojo y lavadas en los mercados”. Entre las legumbres, el fraude más habitual era la presencia de pequeñas piedras *olvidadas* entre la mercancía, sin que esto fuera perseguido en absoluto.

En el capítulo de bebidas destacaban, por su amplio consumo, el vino, la leche y el café. Por ser un producto de consumo masivo pero de procedencia lejana y de elaboración compleja, el café se prestaba a múltiples manipulaciones que alteraban significativamente su precio y sus cualidades. Durante el transporte, por ejemplo, el producto se podía dañar fácilmente, en especial por la inmersión accidental en agua de mar, cosa que transportistas y comerciantes trataban de disimular gracias a varias estrategias. Por otro lado, las diferencias entre el precio de coste y el de venta permitían también muchos engaños. Era frecuente, por ejemplo, la venta de grano de café falso (granos elaborados con arcilla en un molde) o la venta de café en polvo mezclado con otras sustancias (polvo de cereales, legumbres o bellotas), por no hablar de la casi inevitable mezcla de cafés de baja calidad con los mejores a precio de estos últimos.

Los vinos, en su gran variedad, eran sujetos también de múltiples transformaciones poco honestas que llegaban a ser tan comunes que a veces se explicitaban los *vinos viciados* como una categoría más al lado de blancos, tintos, rosados y espumosos, aceptando su naturaleza fraudulenta con el argumento de que iban dirigidos al consumo popular, como producto de primera necesidad, y que, por lo tanto, se trataba casi de un bien social. Se solía decir que en materia de vinos todo se vendía porque, en realidad, se decía que no existía vino malo sino sólo bueno o mejor. Por descontado, es falso, y múltiples accidentes en el proceso de fermentación podían conducir a malformaciones insalubres, aunque la mezcla de estos productos con otros de mejor calidad disimularan casi siempre satisfactoriamente el fraude. Capítulo aparte merecen los *vinos bonificados*, aquellos en que se admite haber incorporado alguna sustancia no nociva antes o después de la fermentación. Así, por ejemplo, era lícito añadir mostos de otros vinos o azúcares naturales. El peligro era que estos *vinos hechos* solían incluir productos poco inocentes: alcohol, agua, azúcar, yeso, potasa o colorantes varios, en cuyos casos no se trataba simplemente de *vino bonificado*, perfectamente legal, sino de *vinos falsificados*, hecho ocultado por el productor o comerciante. El *súmmum* de los *vinos hechos*, aunque permitidos, eran los llamados *vinos artificiales*, una mezcla de productos (agua, alcohol, zumo de uva y tintes varios) encaminada a parecer vino y dirigida al “uso de los pobres”, muy barata y muy aceptada, por razones obvias. Si estas mezclas eran legales, no hace falta decir que tampoco eran perseguidas multitud de posibles alteraciones en productos que sí tenían el vino en su base real. Se perseguía poco, pero se consideraba fraudulenta la incorporación de agua o alcohol, porque esta era la for-

ma más frecuente de aumentar el volumen del producto. Además, esto convertía el vino en un negocio muy lucrativo, porque "el líquido sobrealcoholizado, en su introducción en las poblaciones, no pagaba por lo que era, y porque, rico en materias colorantes y con alcohol en exceso, pudiendo admitir cantidades considerables de agua, de un hectólitro de la mezcla alcohólica se hacían dos, tres, cuatro, a veces más, de modo que los consumidores de las ciudades populosas, en general, no bebían más que agua alcoholizada que se llamaba vino, y los mercaderes se enriquecían a expensas de la salud pública"¹³. De hasta qué punto eran cotidianamente admitidas estas prácticas y del grado de impunidad del gremio de taberneros y fabricantes de vinos nos da una muestra la solicitud que este gremio presentó a la Junta Municipal de Sanidad de Barcelona en 1858. Pretendían pedir autorización legal para las sofisticaciones, alegando que "ni el yeso ni el alcohol mezclados en los vinos en calidad proporcionada son nocivos a la salud y que es un uso indispensable en determinadas localidades para la conservación y aprovechamiento de los que se producen"¹⁴.

La otra bebida de consumo masivo, la leche, como alimento de uso casi inevitable, era susceptible, si cabe, de más engaños que ningún otro producto. La gran cantidad de vaquerías en el interior de la ciudad, con el ganado en mal estado y en pésimas condiciones higiénicas, daba de por sí una leche de una calidad muy baja, incluso al margen del carácter perecedero del producto. Lógicamente, la principal alteración guardaba relación con la venta en mal estado debido bien a la caducidad de la misma, bien a la procedencia de animales enfermos, aunque en este último caso no había consenso científico sobre las consecuencias que ello pudiera tener en humanos. Al margen de este problema, lo más frecuente era intentar aumentar el volumen de la leche *bautizándola* con agua y espesándola posteriormente con cal o yeso, aunque, en este sentido, hay que remarcar que, a menudo, este último paso no era necesario, porque la venta de leche aguada podía ser presentada por el comerciante como leche procedente del campo (a la que se le había quitado la nata), indudablemente mejor que la de las insalubres vaquerías urbanas, y por tanto se cobraba a precios superiores.

Los fraudes en materia láctea eran innumerables y la flexibilidad administrativa en la instalación de vaquerías y en la persecución de los mismos no parece fruto de una simple presión de los comerciantes, sino más bien a una falta de presión por parte de los consumidores.

¹³ J. O. Ronquillo, *El almotacén...*, op. cit., p. 164.

¹⁴ AMAB, Gobernación, Serie A, 3420, Junta Municipal de Sanidad, 11-2-1858.

Aunque nadie ignoraba las malas condiciones de multitud de establos y vaquerías urbanas, las ventas en estos locales no disminuían. Igualmente, aunque existieran formas sencillas de detectar los fraudes, no parece que los múltiples instrumentos de uso casero inventados por los higienistas o importados del extranjero tuvieran demasiado éxito. Ni el *lactómetro* francés ni el inglés, ni el *galactoscop*, ni el *lacto-bulirómetro*, el *lacto-densímetro* o el *galactómetro centesimal* han pasado a la fama, lo cual hace dudar del éxito comercial de dichos inventos e invita a pensar en un consumidor conocedor del fraude pero resignado al mismo.

El consumidor, forzado a estirar los limitados ingresos familiares, compraba estas leches y otros productos alterados sin hacer mucho caso de las advertencias de los expertos. Cuesta imaginarlo experimentando con los alimentos recién comprados mediante los complicados procedimientos químicos *populares* que estos manuales presentaban para detectar el fraude en casa. No les hacía falta comprobar si los habían engañado, porque eran plenamente conscientes de ello y lo aceptaban. En la lucha por la salud del pueblo, pues, los higienistas tenían que luchar solos contra muchas adversidades: administración poco operativa, gremios industriales y comerciantes todopoderosos y consumidores empobrecidos y hambrientos. Lo notamos especialmente cuando estos higienistas y científicos de nueva formación entraron en los órganos de gobierno. En 1870, por ejemplo, cuando el nuevo ayuntamiento revolucionario había dado entrada a una nueva generación médica, estos higienistas, desde sus publicaciones, se mostraban eufóricos. En *La Independencia Médica* reflejaban su ilusión porque por primera vez la autoridad perseguía los abusos en los mercados, pero su sorpresa llegó de inmediato al constatar que "en nuestro país no son frecuentes las escenas de indignación popular en los mercados. [...] Ningún respeto se tiene por la autoridad a la hora de velar por la salud pública en los mercados y en las tiendas de comestibles. [...] En cuanto se manda retirar frutas, por ejemplo, la mayoría de compradores y vendedores están conformes en que la autoridad no sabe lo que hace, en que lo hace por pura distracción y en que vendrá el día tan deseado de poder vender lo malo y lo bueno sin que nadie intervenga"¹⁵. No debe extrañar que, en fechas tan avanzadas como 1893, Carlos Ronquillo, prestigioso médico barcelonés, hay que suponer que hijo del autor de *El almotacén*, hiciese públicos comentarios que denotaban cansancio y sensación de inutilidad en una empresa que veía como divulgadora y

¹⁵ *La Independencia Médica*, 23, 1 de septiembre de 1870.

moralizadora a un tiempo. Los esfuerzos científicos, decía, han sido mal encaminados. Después de un siglo de lucha, a finales del XIX, el siglo del progreso, la superstición sigue presente. El error ha sido que “el fracaso de la propaganda [...] tal vez sea debido a los errores de la siembra. [...] Los que nos hemos dedicado a la propaganda de la Higiene, las más de las veces, nos hemos preocupado más del lector erudito que del lector vulgo”, de lo cual resultaba que “un opúsculo de higiene infantil no se compra, y si se compra no se lee, y si se lee no se entiende, y si se entiende es olvidado y no cumplido. En cambio, un prospecto de ‘denticina’ es minuciosamente leído, como pan bendito conservado y filantrópicamente cedido a parientes, amigos y conocidos”. A pesar de todo, mostraba esperanzas, porque últimamente la autoridad se había puesto de su lado, por lo que, a partir de entonces, “la propaganda de la Higiene bromatológica tiene la ventaja de contar con dos poderosos auxiliares. Uno de ellos es la colección de refranes y proverbios. [...] El otro auxiliar es el Código Penal y sus lugartenientes, las Ordenanzas municipales, que consideran como delito o como falta grave la falsificación de las sustancias y la defraudación en el peso. Pero estos dos auxiliares deben luchar con desventaja contra dos enemigos terribles: los autores de los refranes los escribieron en estado de inocencia paradisíaca: se ocuparon de las propiedades nocivas naturales de los alimentos y consideraron el pan, el vino, las carnes, los quesos, las frutas y las verduras completamente puros y no sospecharon de la posibilidad de la adulteración y la sofisticación. Además, el Código Penal y las Ordenanzas municipales son enanos ante las alimañas que deben cazar: nada menos que el gremio poderoso de los taberneros, árbitro en otros tiempos de las elecciones concejiles; el no menos potente gremio de los abastecedores de carnes, señores de horca y cuchillo en mataderos y plazas; y el hoy naciente y con no menos empuje gremio de ultramarinos; o lo que fuere, compendio perpetuo de todo lo que se merma, adultera y corrompe. [...] Y para colmo y como hipnótico de los ciudadanos se ha inventado una fórmula que tranquiliza, pero no convence, fórmula anticientífica y antihigiénica, por fortuna no debida a médico alguno: sofisticado pero no dañino. Sírvanos de ejemplo el café que no es café, pero que no es dañino”¹⁶.

¹⁶ Carlos Ronquillo Morer, *Propaganda higiénica. Sus fracasos en pediatría y en bromatología*, en *La Independencia Médica* (citado en *Gaceta Sanitaria de Barcelona*, 12, diciembre de 1893, aunque debió de ser escrito anteriormente, porque *La Independencia Médica* dejó de publicarse en 1889).

Carlos Ronquillo era buen conocedor de la actuación de la autoridad en materia bromatológica, porque había sido inspector provincial de sanidad entre 1876 y 1884. Lo que parece que no conocía muy bien eran los motivos del fracaso de la propaganda higienista, incluso en fechas tan avanzadas que la autoridad política, fuese del color que fuese, ya la compartía. Entendía que el error era no haber sabido encontrar un lenguaje higiénico propio de una *ciencia popular*, dirigida a gente de *menguada inteligencia*. Creía que, caso de haber hallado las palabras precisas, habría podido “dominar unos resortes que hiciesen funcionar unos hilos que más se asemejan a los de un muñeco de feria que nervios y cerebro de personalidad viva e inteligente”. La gente, inteligente o no, continuaba comprando aquellos productos igual que continuaba trabajando en oficios y en fábricas insalubres y peligrosas. Se equivocaban al pensar que todo era una cuestión de educación e inteligencia, porque la población siguió comprando productos adulterados a sabiendas del engaño y siguió trabajando en malas condiciones a sabiendas de la explotación. Las razones había que buscarlas, es evidente, no en su inteligencia, sino en su bolsillo y en la imposibilidad de salirse del círculo vicioso del nuevo modelo económico y social del *siglo del progreso*. No todos en aquella generación hacían un análisis tan simple como Ronquillo. Monlau, por ejemplo, en sus conocidos trabajos de las décadas centrales del siglo, daba una importancia central a la cuestión de la calidad de los alimentos, pero asumía que el centro del debate había que situarlo en la relación ingresos-gastos, y aceptaba que “para remediar tales inconvenientes no hay más que dos medios: o aumentar el precio del jornal del obrero o hacer disminuir el precio de los comestibles. Aumentar el precio del trabajo no puede ni debe hacerlo el Gobierno: la cuestión del salario debe resolverse *ex aequo et bono* por el buen sentido del empresario o fabricante y del bracero u operario. [...] Lo que puede y debe hacer el Gobierno es proporcionar abundancia de subsistencias, y, consiguientemente, su baratura. Fomentado y gravoso sistema tributario y de seguro que abundarán los comestibles y que el precio de los más nutritivos se pondrá naturalmente al alcance de las familias jornaleras”¹⁷.

No sabemos qué hubiera escrito Monlau más adelante, al constatar que incluso los gobiernos progresistas, cuando mandaron en la década de 1870, aceptaban las nuevas normas del juego liberal y no se

¹⁷ P. F. Monlau, *Higiene industrial...*, op. cit., 1856, cap. III-5.

enfrentaban a la cuestión bromatológica a partir de un replanteamiento del sistema fiscal, como él proponía, y aún menos intervenían en el funcionamiento y en las condiciones del trabajo fabril. Lo que sí queda claro es que el desencanto de una generación de higienistas al ver que esto no pasaba evidenció la perpetuación de las graves limitaciones higiénicas y bromatológicas en la nueva sociedad industrial. Algunos, como Giné y Partagás, habían acabado obviando la centralidad de la cuestión en sus tratados, aun no negándola, y buscando otras vías para superar los inconvenientes. Otros, como Valentí Vivó, reaccionaron radicalizándose y abandonando su postura liberal-progresista del Sexenio en favor de opciones socializantes desde la potenciación de lo que, a finales de siglo, conoceremos como *medicina social* y *medicina legal*¹⁸. Otros, como Carlos Ronquillo, siguieron insistiendo. Con el tiempo, la actitud insistente de esta gente debió combinarse con otros factores que ocurrieron años más tarde. A pesar de ello, en artículos como el de 1893 demostraban que, a finales de siglo, su percepción higiénica de las cosas había quedado superada, tanto desde el punto de vista científico como del social.

¹⁸ Ignacio Valentí Vivó fue uno de los médicos que, durante el Sexenio, había entrado a formar parte del reformado cuerpo de médicos higienistas del Ayuntamiento de Barcelona. Posteriormente sería profesor de Medicina Legal y Toxicología, disciplina que, desde su punto de vista, tenía que combinar las verdades irrefutables del saber científico con la potencialidad del derecho y la legislación para mejorar las condiciones de vida y de trabajo fabril. Autor de numerosas obras, hay que destacar I. Valentí Vivó, *La intoxicación en la industria moderna*, Barcelona, Impr. Henrich y Cia., 1900, y *La sanidad social y los obreros. Ensayo antropológico*, Barcelona, Impr. Henrich y Cia., 1905.

Resumen. «Patologías industriales. Una nueva aproximación al debate sobre las condiciones de vida en un entorno urbano (Barcelona, 1820-1920)»

Este artículo trata de participar en el largo debate sobre el impacto de la industrialización en las condiciones de vida de la población urbana en la Europa ochocentista. Se parte de una valoración claramente negativa de las consecuencias sociales del proceso a corto plazo basándose en la omnipresencia de dicha posición entre los tratadistas de la época de muy distinto signo político. Ello se corrobora con una aproximación a la evolución demográfica de la Barcelona de la época, la primera y principal ciudad española en vivir un proceso industrializador en aquellas fechas, y, sobre todo, con un análisis cualitativo de dos aspectos que afectaron directamente a la vida cotidiana de las clases obreras urbanas. Por un lado, se analizan los problemas de salud asociados al nuevo entorno de trabajo, bien sea a nivel ambiental o urbanístico, bien en el propio espacio fabril, donde proliferaron múltiples enfermedades profesionales. Por otra parte, se tienen en cuenta los cambios que el nuevo entorno comportó a nivel alimenticio y se intentan cuestionar los balances que a menudo se han hecho a partir de precios oficiales y suposiciones sobre la dieta obrera, a fin de reflexionar sobre la actitud de los consumidores que a menudo ha sido presupuesta apriorísticamente.

Abstract. «Industrial pathologies. A new approach to the debate on the standard of living in an urban environment (Barcelona, 1820-1920)»

This article tries to take part in the long debate about the impact of industrialisation in XIXth. century European working class standards of living. It starts from a clearly negative vision of social consequences of this process based on the pervasiveness of that statement through contemporaneous essayists from every political opinion. Furthermore, it takes into account an approach of Barcelona's demographical evolution, the first and main spanish city in experiencing these industrial changes, and, especially, it analyzes two aspects that had a direct effect on urban working class everyday life. Formerly, it considers the health problems related with the new workers' environment, either urbanistically or in the their job at factory itself, where many new professional illnesses proliferated. On the other hand, it deals with the nutritional changes related to new urban life and, in that respect, it tries to argue about the truthfulness of many balances made from official prices and supposed workers' diet in order to think over the consumers' attitude, too often a priori taken for granted.

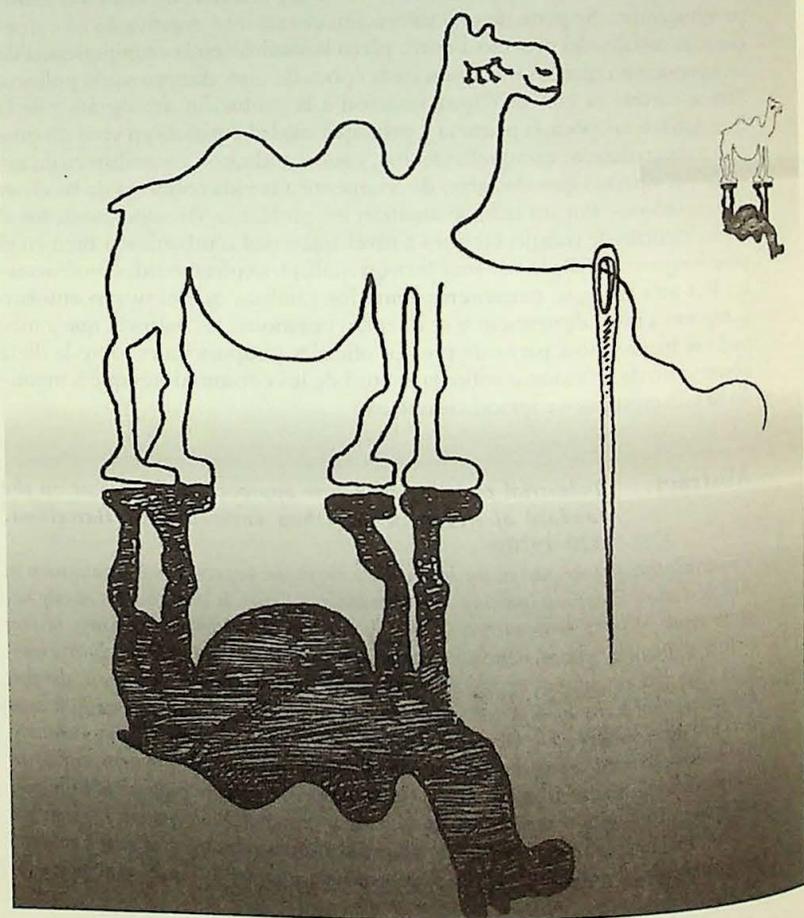
N.º 29 enero - abril 2003/1

ISSN 0258-7483

FORMACIÓN

Revista Europea

PROFESIONAL



La “especialización flexible” en la producción de la cultura: trabajo, consumo y des/orden social

(Una nota de investigación)¹

Juan Manuel Iranzo *

Las definiciones convencionales de *cultura* se centran en ciertos objetos cognitivos (creencias, valores, reglas, normas) o conductuales (prácticas, hábitos, costumbres, ritos, sanciones), aunque también en ciertas materialidades (tecnologías, distribución de recursos). En la intersección de estos campos se sitúa un objeto crucial pero poco destacado: las técnicas, la especificación del *trabajo* y sus herramientas para la ejecución de un cierto proceso de (re)producción cultural y social.

La asociación de *trabajo* y *cultura* resulta exótica a causa de la casi total identificación de aquel, en la actualidad, con el empleo asalariado (o, en menor medida, autónomo) y a que esta no se concibe como el resultado de un esfuerzo intencional: la (re)producción de los sentidos que articulan las acciones que encarnan o mudan el orden social puede entenderse como resultado de *labores* cognitivas o prácticas que se realizan como automatismos o por motivos expresivos autosa-

* Universidad Pública de Navarra. E-mail: juanma.iranzo@unavarra.es.

¹ Este texto reflexiona sobre los primeros volúmenes de la colección *Culturas*, iniciada recientemente por la editorial Gedisa y dirigida por el antropólogo mexicano Néstor García Canclini. Su objetivo es contribuir a dilucidar el papel de las culturas en un mundo globalizado.

tisfactorios, no como *trabajos* finalistas y utilitarios. Esta distinción entre *labor* y *trabajo*, que recuerda tanto a la periclitada distinción entre trabajo asalariado masculino y labores domésticas no remuneradas femeninas, trata, sin embargo, de expresar una distinción legítima: que, tradicionalmente, el trabajo dedicado a la acción cultural no ha sido vendido como mercancía (sin negar excepciones marginales como el circunscrito mercado de las artes a partir del Renacimiento o la contratación puntual por un pueblo de músicos de otros para sus fiestas, por ejemplo).

Esa situación ha cambiado y hoy la “cultura”, sus productos y procesos, toman cada vez más la condición de mercancías. Mostrar esto requiere que se comience por precisar el objeto, *la cosa*, de que hablamos. La palabra *cultura* ha adquirido tantos y tan diversos significados que se ha vuelto necesario explicitar qué definición se adopta de ella en cada nuevo uso. Esto es inevitable desde que por *cultura* se ha llegado a entender *cualquier* acto u objeto significativo, del más simple y personal al más omnicompreensivo y colectivo, que *sirve para* clasificar y distinguir grupos y adscribir individuos a ellos. Esto ha sido posible porque la cultura —cada cultura— es un conjunto de repertorios de cognición y acción que *caracterizan* a un grupo social en tanto en cuanto contribuyen a la reproducción de su estructura, a su adaptación al entorno natural y humano y a su diferenciación respecto a otros grupos. Cada acción individual que constituye una cultura es *esa caracterización*: cuando la realizan quienes por ese acto se definen como miembros de ella, crean una *identidad* colectiva; si lo hacen foráneos, que la construyen como su alteridad, crean una *identificación*, ya produzcan un estereotipo cargado de prejuicios o una rigurosa descripción etnográfica. Como producto de acciones performativas, todas las culturas son construcciones, *producciones* sociales. Y ninguna producción es gratis. La mayoría de las culturas que ha conocido el mundo se caracterizan por su carácter local y fragmentario (debido a los hasta hace poco altos costes de transporte y comunicación) y por su aspiración a parecer eternas, tradicionales (en un esfuerzo de minimizar sus costes de innovación, reproducción y legitimación).

La progresiva reducción de los costes de transporte y comunicaciones, desde la invención del ferrocarril y el telégrafo hasta la revolución de Internet la pasada década, ha favorecido los contactos culturales, dando lugar a desplazamientos, mezclas, hibridaciones, innovaciones, encastillamientos y otras innumerables dinámicas. Un fenómeno destacado en los años recientes ha sido, presuntamente, *La*

mundialización de la cultura (Warnier, 2002). El antropólogo Jean-Pierre Warnier señala que algunas culturas “tradicionales” usan la industrialización como un medio de difundirse globalmente: así, el zen japonés, la pizza italiana, la salsa caribeña, los pantalones tejanos, etc. Pero también chocan con una industria intensiva en capital y muy oligopolizada que produce en masa y comercializa globalmente numerosos objetos estandarizados que suplantán a los tradicionales en todos los aspectos de lo que solía llamarse *folklore* (“saber popular”): música, canciones, relatos, escenificaciones, danza, vestimenta, adorno personal, decoración, muebles, gastronomía, deportes, juguetes, etc., y en ámbitos “nuevos” como la publicidad, los viajes, la salud e incluso la educación.

De la *revolución digital* de los años noventa surgieron grandes “corporaciones multimedia”, que producen soportes y contenidos (y un *merchandising* ingente mediante subcontratas) y que dominan los mercados masivos donde es posible una mayor reducción de costes de producción y distribución (cine, música, televisión, agencias de noticias) frente a la leve resistencia de sectores “artísticos” locales apoyados por los Estados —los ricos, que pueden permitírselo—. (La vitalidad local es mayor donde los contenidos relevantes tienen un mercado más circunscrito: edición, prensa, radio.) El grueso de esta “cultura industrial” tiene un origen local preciso: el ámbito anglosajón y, aún más, Estados Unidos, lo que suscita hondos temores a una homogeneización, colonización y degradación cultural global. ¿Asistimos a la adaptación, la *aculturación* universal a la primera sociedad/mercado global de la historia o a un deliberado *etnocidio* a manos de empresas supranacionales dispuesta a aumentar su mercado y sus beneficios sin respetar nada?

Al fin, lo que está en juego es la capacidad de cada cultura para tener suficiente presencia en el creciente consumo mediático de sus miembros como para resistir la presión de productos de otras culturas o si prevalecerá una industria que crea su propia demanda *sin expresar ninguna cultura local con sentido propio* más allá del prestigio del emisor y la bondad del acto de consumir. Por esta causa, la producción cultural entra en la arena pública y en la agenda política. La actividad cultural es políticamente crucial porque produce recursos económicos, elabora creencias y valores y suscita un sentimiento de identidad, que son todos requisitos de la acción política. De aquí que todo Estado promueva políticas patrimoniales, educativas y sectoriales específicas. Sin embargo, en el ámbito internacional, la Unesco, abandonada por Estados Unidos y Gran Bretaña en 1984, ha perdido influencia frente a

la Organización Mundial del Comercio, donde la presión de esos mismos países y sus corporaciones mediáticas en pro de la liberalización y contra la protección fundada en la "excepción cultural" crece en cada ronda de negociación. Los Estados, en suma, parecen estar perdiendo la batalla de la mundialización de la cultura frente a los Mercados.

Quizá los Estados sí, pero acaso las Sociedades no, apunta sorprendentemente Warnier: si en lugar de las grandes cifras de la *producción* de la *industria* cultural se consideran las observaciones etnográficas del *consumo* cultural *local*, el panorama cambia. Debe admitirse, de un lado, que se da una erosión rápida e irreversible de muchas culturas tradicionales por el efecto acumulado de la sangrienta colonización histórica y la tentadora neocolonización mercantil actual que ofrece promesas de bienestar a cambio de bienes primarios (unida a otros lazos culturales a través de la ayuda humanitaria o de la imitación de modelos educativos de los países colonizadores). Estas culturas desean prosperar, pero no a cualquier precio. Los estudios etnográficos muestran que *no son consumidores pasivos*, sino selectivos y creativos y, en tanto pueden, productores. Y lo mismo que sucede en África, América Latina o Asia Meridional respecto a la cultura mediática occidental ocurre en Europa y Asia Oriental respecto a Estados Unidos. La hegemonía estadounidense en los mercados le proporciona gran visibilidad, pero no mayor aceptación de sus rasgos más conspicuos: individualismo, competitividad, consumismo, desigualdad y violencia. El crecimiento mismo del mercado lleva a su dualización: hay un consumo conveniente y circunstancial de productos baratos y banales y un segundo mercado mucho más rico y diversificado de productos de calidad de vida, identificación y autenticidad colectiva y personal. Es el contraste que ejemplifican las grandes superficies frente a las herboristerías, colmados naturistas y *boutiques* del *gourmet* o las franquicias de "comida basura" frente a los restaurantes locales tradicionales, los de gastronomías étnicas y los de *nueva cocina*.

Es importante, sin embargo, observar que la constatación de que el consumo puede ser "creativo" hace fútil el debate sobre la *mundialización de la cultura*. La cuestión de la hegemonía en los *mercados* mediáticos es vital para el 10% de la humanidad cuya vida gira en torno a las pantallas (de ordenador, de televisión, de cine), pero tanto para estos como para el resto del mundo la cuestión clave reside en otro lugar. Reducir la cultura a los *espectáculos mediáticos* (de la intimidad de celebridades bufas a la guerra en directo) es una monstruosa necesidad. La cultura es el imaginario colectivo que sirve para orientar a los sujetos en el mundo y ayudarles a interpretar sus vivencias. Ese ima-

ginario se recibe, y ulteriormente se contribuye a reelaborarlo, en el seno de instituciones civiles intermedias como la familia, el vecindario, la comunidad local, las fraternidades, las iglesias, los partidos, las sociedades deportivas, humanitarias, artísticas. Estas instituciones son la urdimbre fina mediante la que una cultura orienta a sus miembros en la vida, algo fuera del alcance de los productos culturales industriales, diseñados para un consumo intenso, efímero y rentable, irremediablemente incapaz de asumir los costes de producir los componentes de una cultura universal e integrada. Únicamente una *sociedad* global, no un *mercado* mundial, podría intentar algo así, pero la tendencia parece la inversa: el debilitamiento de esas instituciones intermedias, la hiperfragmentación individual y colectiva de las culturas, que causa identidades personales y sociales tan fragmentadas que necesitan nuevos medios de cohesión y a veces los hallan en fundamentalismos étnicos o religiosos tan exacerbados que exceden la capacidad de regulación y arbitraje del Estado.

El conflicto político de raíz cultural ha recibido últimamente gran atención (acaso como cortina de humo ante problemas ecológicos, económicos e incluso puramente políticos igual de importantes), pese a que la coexistencia pacífica es la norma, bien que una norma frágil cuando fallan las instituciones mediadoras. Las sociedades de la tradición, subraya Warnier, dedican muchos más recursos a la producción ritual de sujetos y organización social que a la de bienes materiales; la civilización occidental hace lo opuesto: confía en que el trabajo asalariado y el consumo mercantil socialicen a los sujetos, aunque acepte siempre la necesidad de instituciones auxiliares (la familia, la escuela, la iglesia, la comunidad local). Pocas veces se menciona, unas por sabido y otras por apenas velada antipatía, que la democracia y la participación civil y política plenas son el mejor cohesivo, el mejor antídoto contra los riesgos de una homogenización cultural que, *como evidencia la etnografía*, consiste eminentemente en el universal desmenuzamiento y reconstrucción de las culturas reales bajo el fulgor de los oropeles triviales del mercado.

* * *

Ejemplo de ello son los estudios de caso etnográficos que ofrece Luis Reygadas (2002) en *Ensamblando culturas*, un análisis de la "fábrica global" que supuestamente responde con sus productos a la demanda

de una cultura global. ¿Qué ocurre cuando se globaliza la industria? Según el dogma del pensamiento único, se impone mundialmente la *producción ligera* de origen nipón y la lucha de clases desaparece en un clima de comunicación y cooperación. Para su dióscuro antagónico posmoderno, las culturas y hasta los sujetos se fragmentan en flexibilidades idiosincrásicas, locales, efímeras y una búsqueda individual de orden y sentido. Reygadas ha pasado una década observando la maquiladora textil guatemalteca y algunas maquiladoras mexicanas filiales de multinacionales estadounidenses y sus conclusiones desmienten por completo ambos tópicos.

Cuando los gestores, ingenieros y cuadros extranjeros, que encarnan el poder del comprador foráneo de fuerza de trabajo local, intentan imponer su filosofía organizativa, su cultura nacional del trabajo y su dominio de clase topan con la cultura laboral tradicional, nacional y popular de los empleados autóctonos. Este choque (un auténtico "choque de culturas") se traduce en complejos y varios procesos de conflicto, negociación y cooperación de los que, con el tiempo, surgen nuevas "culturas del trabajo" locales, no exentas de rasgos comunes, que suponen equilibrios temporales y acomodaciones situadas a las demandas del mercado internacional, de las culturas laborales nacionales, de la sociedad civil local y global, y de las relaciones de poder entre los agentes sociales.

El contexto económico común a todas ellas es la exacerbada competencia en los mercados globalizados, que exige mayor *productividad* para reducir costes, *flexibilidad* para crear/captar segmentos menudos del mercado y *calidad* para atraer/fidelizar a los consumidores. La incipiente sociedad civil mundial también demanda calidad, en un sentido algo distinto: que la producción se efectúe en condiciones de trabajo dignas y salubres, por una retribución justa y con sostenibilidad medioambiental. El contexto político de las empresas que estudia Reygadas es el de Estados cuya inestabilidad y endeudamiento les impelen, casi siempre, a la inhibición y a la cooperación casi incondicional con los inversores. Donde las condiciones sociales y políticas han facilitado, la industria maquiladora tiene muchos rasgos comunes. Sin coste fiscal alguno, importa la casi totalidad de sus insumos, exporta la casi totalidad de sus productos y repatría la casi totalidad de sus beneficios no aportando al país anfitrión más valor que el de los bajos salarios de obreros y cuadros autóctonos. Organizan la producción mediante secuencias de tareas fragmentadas y rutinarias, sin ofrecer oportunidades de formación o promoción, segregando con firmeza concepción y ejecución y oponiéndose frontalmente a toda

representación colectiva de la fuerza de trabajo. Esta *forma social* se presenta, no obstante, con diferentes *estilos* locales (que también están presentes en los márgenes de las economías del primer mundo; hasta cierto punto, el estilo parece responder al volumen de capital y la complejidad organizativa y tecnológica que exige el producto, o más bien sus clientes).

La maquiladora textil guatemalteca presenta las relaciones más ríspidas entre gestión y trabajo. Esta industria se creó en apenas un lustro con gran presencia de capital, gerencia y supervisión coreana. En barracones con pésimas condiciones los coreanos impusieron un sistema de trabajo taylorista y su tradición de autoridad basada en gritos, golpes y acoso sexual, pero "sin llegar a la sangre", y esperaban que los trabajadores aceptasen largas jornadas continuas y horas extras no pagadas. La fuerza de trabajo local, con una amplia experiencia en confección tradicional, aportaba una cultura que valora evitar el enfrentamiento, sugerir más que ordenar, hablar quedo y aguantar... hasta estallar. La miseria popular, sobre todo indígena, hace que la respuesta sea sólo simbólica (motes, chistes, *leyenda negra*), pero la rotación y el absentismo son tan altos que para alcanzar las cuotas de producción se ha tenido que aceptar un sistema de pago a destajo, que da a la *trabajadora* la sensación de ser una contratista autónoma y mayor control de su tiempo. Paulatinamente ha surgido una compleja trama de intermediarios y maquiladoras de varios tamaños, incluyendo talleres indígenas con mejores relaciones humanas y trabajo a domicilio, gracias a la *progresiva apropiación local de las competencias precisas* para la realización y organización del trabajo maquilador. La presión de organizaciones internacionales de defensa de los derechos de los trabajadores también ha logrado que el Estado presione y obtenga ciertas mejoras, y algunos gerentes coreanos han empezado a contratar supervisores locales y a aprender algo de español.

Una maquiladora estadounidense en la frontera mexicana comienza ensamblando cajas de madera para televisores y acaba ensamblando televisores enteros, con un sistema de organización fordista, gracias a la *progresiva autocualificación* de sus trabajadores. La gerencia norteamericana está radicalmente separada de los obreros mexicanos y sus relaciones son mediadas por un sindicato tolerado por su compromiso de lealtad a la dirección y unos cuadros medios autóctonos bilingües situados en una posición ambivalente. La firma intentó imponer exigencias de calidad y los obreros esperaron a cambio mejores condiciones laborales y salariales, trato más humano, mejores medios de trabajo y una supervisión más responsable. La gerencia impuso un

trato impersonal, exigiendo puntualidad, competencia y productividad a cambio del salario, mientras que los trabajadores consideran esas exigencias menos importantes que su oferta de dedicación y lealtad a cambio de un trato amable, respetuoso, protección, interés por el bienestar personal y familiar. La respuesta autoritaria de la dirección logró que se alcanzasen las cuotas de producción y un aceptable nivel de calidad pero en medio de toda la panoplia de acciones informales de resistencia obrera: costes altos, trabajo lento, inactividad intersticial, daños al producto, sabotaje de maquinaria, sustracción de material y herramientas, farras de desahogo el fin de semana y algunos más creativos como la factura de artesanías (adornos, llaveros, pequeños muebles) con medios de la empresa y en tiempo de trabajo.

Una filial de la división de electrónica de una multinacional estadounidense del automóvil intenta añadir un sistema japonés de calidad total a su sistema fordista de montaje mediante grupos semiautónomos controlados por un "facilitador" (supervisor). Las jerarquías se aplanan —formalmente—, las condiciones de trabajo son buenas (el sueldo no), la actitud de la dirección extranjera es abierta y dialogante —excepto en temas salariales y sindicales—; se fomenta la convivencia y se evalúa constantemente el clima laboral —pero no se cede la unilateralidad de las decisiones—; hay oportunidades de promoción —pero no a los puestos de decisión clave—; los puestos de fabricación, alternables, se enriquecen y los obreros se vuelven versátiles y polivalentes —pero cuanto hacen es rutinario—; se demanda calidad y se logran reconocimientos nacionales e internacionales, pero las mejoras de productividad, flexibilidad y calidad no repercuten en los salarios, que bajan en términos reales, en la promoción de proveedores locales o en actividades comunitarias. Se intenta un sistema de sugerencias para alentar la participación e integración de los empleados (apropiarse de sus saberes) que fracasa porque sólo un 25% de lo ahorrado se redistribuye, lo acaparan los ingenieros y se priman los ahorros de costes, la intensificación y la amortización de empleos sobre la mejora de las condiciones de trabajo; los obreros dejan de participar. Sin embargo, *han aprendido a apropiarse el lenguaje de la calidad* de la empresa para exigirla en el trato que reciben.

Ante estos tres casos, ¿puede seguir hablándose de la globalización de un solo modo de organización productiva? Para Reygadas no hay tal homogeneización de las culturas del trabajo: ni es puro taylorismo manual femenino ni hay una tendencia niponizadora uniforme. Ante similares retos productivos existen diferentes soluciones culturales. Cada país o región reconstruye las culturas locales para insertarse en

las corrientes de mundialización económica: desde el trabajo a domicilio a los sistemas nipones de calidad total, desde la segregación total entre gerentes y mano de obra a las más sutiles ingenierías comunicativas, desde la explotación intensiva y coactiva de la fuerza (y la destreza) laboral hasta la difuminación de clases y jerarquías dentro de la planta, la fábrica global comprende todo el abanico de posibles soluciones de compromiso al cruce de culturas organizativas, laborales, nacionales y de clase diferentes. Esto es una clara muestra de la eficacia laboral de la cultura y, recíprocamente, de la eficacia cultural del trabajo.

En los casos minuciosamente descritos por Reygadas destaca la apropiación de ciertos rasgos de la cultura local por los empresarios extranjeros, interesados en su eficacia laboral: la violencia, el autoritarismo y el machismo, sobre todo; pero también competencias de una antigua tradición artesanal, tan extendidas y baratas de comprar que se las etiqueta como descualificación (su paradigma son las costureras mestizas e indias guatemaltecas). Al tiempo, una mínima paz y cooperación laboral se ha obtenido a cambio de respetar parcialmente las demandas de los trabajadores en cuanto a autonomía y autocontrol, relaciones interpersonales respetuosas y cálidas en el trabajo e igualdad y difuminación de la autoridad y la jerarquía. De otro lado, debido a la debilidad de los Estados anfitriones y a que el mercado local no es necesario para la valorización de las inversiones, las demandas de mejoras salariales, mayores beneficios sociales, capacitación sistemática del personal, oportunidades de promoción equitativas, autorización de un sindicalismo efectivo, contribución al desarrollo de un tejido productivo auxiliar local y apoyo a actividades humanitarias, educativas y medioambientales de colectivos autóctonos han podido ser casi enteramente desoídas sin que la frustración de estas ansias de superación cultural haya ido en detrimento de la eficacia laboral.

Las formas de organización y los procesos de trabajo importados también han tenido una importante eficacia cultural. Es un tópico que la vida industrial y urbana difunde valores individualistas, consumistas y competitivos; pero es cierto. También lo es que trabajadores y cuadros adquieren o refinan sus valores de laboriosidad, eficiencia, productividad, calidad, cualificación, versatilidad, flexibilidad, premeditación (frente al hábito improvisador), sistematicidad, disciplina laboral, responsabilidad ante al cliente, creación de nuevas redes sociales de cooperación, etc.; y adoptan actitudes de apertura a nuevos mercados, a nuevas tecnologías, prácticas laborales y formas de organización, de mayor ambición creativa e innovadora. Pese a ello, los gerentes extran-

jeros suelen tildar de ineficientes y de baja calidad a las culturas laborales autóctonas, afirmación que la élite local suscribe para reafirmar su dominación sobre las denostadas clases y etnias populares; pero esto ha suscitado un nacionalismo reactivo que imagina una progresiva nacionalización del sector por medio del crecimiento de las maquilas locales, a cuyos gestores y trabajadores ven como laboriosos, creativos y capaces de realizar proezas productivas con los medios más rudimentarios. Es importante notar que, en efecto, hay un proceso de apropiación autónoma de saberes, de aprendizaje tecnológico y organizativo, muy lento pero constante, que permite a estas maquiladoras llegar a dominar los procesos productivos y asumir una producción creciente, más diversa, más compleja y de mayor calidad.

Por desgracia, la eficacia cultural del trabajo ha sido insuficiente para superar las asimetrías del mercado global que permiten a las empresas eludir gran parte de las demandas locales de integración, dignificación de las condiciones de trabajo, reducir las diferencias materiales y de poder entre los colectivos de las diversas nacionalidades y establecer relaciones de reciprocidad más cabales. Pero esto mismo ha permitido que una clase obrera desunida y desestructurada mantenga una identidad de oposición, por difusa que sea, comience a establecer relaciones con grupos de apoyo internacionales y plantee sus nuevas demandas en nuevos escenarios y mediante nuevos actores en un esfuerzo por ganar peso político y económico para sus culturas renovadas en estos sectores de actividad.

* * *

Junto con el trabajo, también el consumo, y en particular el consumo simbólico —por ejemplo, de información—, puede constituir un medio de acción cultural, una forma de ejercicio de la ciudadanía. El trabajo etnográfico de Rosalía Winocur (2002), *Ciudadanos mediáticos*, nos hace transitar de la producción material globalizada al polo opuesto del consumo local de intangibles: la radio como agente en la vida cotidiana familiar y personal de la megalópolis de Ciudad de México. Mediante observación participante de gran número de familias y numerosas entrevistas con profesionales del medio, Winocur presenta sinópticamente el pasado y el presente de la radio como recurso del que los agentes extraen sentidos y al que los atribuyen, más que individualmente, en el curso de las interacciones familiares.

Hasta la década de 1950 la radio fue un transmisor de sucesos y espectáculos, un dramatizador de realidades humanas y el emisor privilegiado de los mensajes de Estados y mercados hacia las poblaciones. Luego fue desplazada por la televisión y se vio reducida a soporte publicitario de la música comercial hasta los años ochenta, cuando una tecnología más barata y portátil posibilitó un uso más versátil de los aparatos. Pero el estímulo para los oyentes fue una nueva programación, accesible y atrayente, de la que ellos mismos eran protagonistas. Dos objetos hasta entonces no usados se empezaron a valorizar como bienes mercantiles: la intimidad y la opinión pública.

Casi todos los usuarios oyen la radio como fondo musical de sus rutinas diarias, un tercio oye comentarios deportivos y casi la mitad escuchan informativos y espacios de entrevistas y opinión en su casa. Escuchan y llaman, muchos para pedir o dedicar canciones, concursar o saludar; otros para hacer confidencias y pedir información, consejo. Herederos del serial y del consultorio sentimental, nuevos informativos dan voz, divulgan y aconsejan a intimidades con problemas sobre temas corporales (cosmética, nutrición, salud), relacionales (pareja, familia, hijos) y sexuales. A los problemas eternos de la infidelidad, los embarazos indeseados, las rupturas y la violencia doméstica, se añaden nuevas identidades y prácticas problemáticas (homo-, bi- y transsexualidad), casos de interrupción del embarazo, de separación, divorcio y recomposición familiar, de abuso de drogas y otras adicciones, de desempleo, anonimato, soledad, abandono, depresión, etc., que demandan apoyo cordial y encuentran respuesta, en ocasiones, en redes de autoayuda que la radio contribuye a crear.

Quienes acuden con su intimidad a la radio suelen ser personas que necesitan expresarse o exponer su condición sin riesgo de rechazo, castigo, estigma o exclusión. La radio es su recurso porque ofrece, como señala Winocur, “atención rápida y gratuita, información oportuna, ayuda ‘desinteresada’, contención emocional, garantía de anonimato, ilusión de exclusividad. No existe otra institución de carácter público que brinde todos esos beneficios”. De hecho, lo que habría motivado el repudio local se transforma en condición de pertenencia y solidaridad en grupos de autoapoyo con un importante potencial democrático pero que no exigen un compromiso emocional duradero. El público, por su parte, escucha los casos como un serial, menos con identificación que como experiencias vicarias posibles dentro del mismo imaginario cultural compartido. La radio presta así un doble servicio de difusión de experiencias e inclusión de la diferencia mediante la forma paradójica de la *publicidad anónima*: la exposición

(anónima) de la intimidad instruye, satisface la curiosidad, crea nuevas actitudes y *legítima* a la radio como testigo veraz de la realidad e institución social de solidaridad.

También dan voz a una *ciudadanía problemática* como opinante, noticia, estadística u objeto de reflexión. En respuesta surge una ciudadanía que usa menos la radio como arena de argumentación y debate que como espacio para reclamar atención, visibilidad, reconocimiento y respuesta. La radio ha contribuido así a la construcción *doméstica* de una "ciudadanía mediática" más centrada en la defensa de espacios de vindicación de intereses particulares, en la gestión de los servicios y espacios públicos, y del medio ambiente, en la defensa del derecho a la diferencia y en la definición de reglas locales de convivencia que en formas tradicionales de competencia y adscripción política a partidos y dirección de reivindicaciones al Estado. Lo más importante para el radioyente parece ser el reconocimiento, la sensación de que uno cuenta entre la masa y obtener un cierto sentido de pertenencia, aunque sea a un colectivo tan vago como la audiencia de un programa. Así parece existir un contrato por el que el medio ofrece *visibilidad* a nuevas necesidades, problemas y agentes sociales, y les cede un espacio, *dentro de los límites de las condiciones de producción*, para solidarizarse, apoyar, opinar, criticar, denunciar, quejarse, pedir ayuda o desahogarse; y a cambio el público le otorga buena publicidad y credibilidad como *defensor del pueblo* y canal directo ("ventanilla" siempre abierta), por ilusorio que sea, con responsables y autoridades.

Cabe mencionar, sin embargo, que los medios comerciales limitan las posibilidades de expresión, que raramente hacen algún seguimiento de las personas y cuestiones que divulgan, que se deslizan claramente hacia el escándalo y el espectáculo y no a una acción de contestación consistente. Por esto, muchos grupos de interés particulares buscan formas de preservar la integridad de su mensaje, que pasan por el control de una frecuencia (aunque sea "pirata"/"libre") o espacios autónomos en uno u otro tipo de emisoras. Ambos tipos de emisores suscitan comunidades imaginarias, audiencias cautivas, clubes de oyentes, asociaciones de autoayuda ligadas a interacciones mediáticas que han sido instrumentadas para procesar nuevas experiencias sociales de la identidad y la alteridad, de la novedad y la diversidad urbanas. Así, conforme el dial se expande y segmenta sus audiencias —con el crecimiento urbano y la aparición de nuevas identidades sociales, políticas, étnicas, sexuales, culturales y generacionales—, individuos y familias descubren y discuten nuevos códigos culturales y éticos.

La radio imbrica numerosas voces diversas —esta es su ventaja competitiva— y las introduce en el hogar. La señal horaria, el parte meteorológico, el informe vial y el noticiario sirven de hitos para la organización del tiempo cotidiano. Como proponente de diversas opiniones constitutivas de nuevas identidades y sociabilidades, la radio ha hecho de la noticia continua no el medio de estar bien informado, sino una necesidad vital para orientarse en la complejidad de los límites espaciales y simbólicos de la ciudad (el informe sobre el tráfico rodado, sin ir más lejos). Y, más durable que la fugaz noticia, la radio sigue siendo el fulcro de las moralidades que convergen en la urbe: ricos y pobres, famosos y gente corriente, familias tradicionalistas que predicán lástima y resignación y modernistas que propugnan el ascenso social y el consumo como metas vitales. En suma, la radio es un medio de reducir la ansiedad que genera la complejidad y contingencia del mundo exterior a lo doméstico.

La radio, empero, como todos los demás medios, no es un emisor aséptico: responde al sentir percibido de la audiencia y al interés instrumental en conservarla; reproduce mitos y estereotipos de la vida urbana (tráfico, inseguridad, autoridades/corrupción, convivencia) y propone o crea modelos de presentación pública de la persona y de sociabilidad. Los programas señeros del dial de Ciudad de México tratan de construir la *mexicanidad* como clave de lo que sucede y tiende a construirla —sin hacer cuenta de sus divisorias sociales, culturales, generacionales o étnicas— como escindida entre un adentro y un afuera, entre una constelación de familias que luchan por la armonía de *su hogar* pero que deben salir cada día a *la calle* a ganarse la vida. Ese mundo está formado por estereotipos de ciudadanos de primera (oyentes y participantes), de segunda (vendedores ambulantes, manifestantes, homosexuales) y no ciudadanos (políticos y funcionarios corruptos y otros delincuentes o criminales sin empleo en el sector público). En esta jungla, las emisoras obtienen credibilidad, principalmente, ofreciendo una ilusión de participación y recetas prácticas que resulten ser (o al menos lo parezcan al oyente) eficaces en aliviar el desamparo en que las personas —a las que se trata como *individuos exentos de adscripciones sociales, como puros entes emocionales*— se sienten frente a sus problemas.

La audiencia, aunque no tenga ningún poder estructural sobre la programación, tampoco la recibe pasivamente: atiende selectivamente a lo que oye y lo acepta, rechaza o reinterpreta con sus comentarios en familia o con los conocidos: el nivel sociocultural y las experiencias familiares, vecinales y laborales son los repertorios en

contraste con los cuales se decide si un contenido es más o menos verosímil o si un estilo de dar las noticias es más o menos digno de crédito (en una tradición de comunicación política como la mexicana, marcada por un hondo escepticismo hacia la información oficial). Con todo y eso, la radio, como referente, proporciona una *unidad imaginaria* a la multiplicidad urbana.

En suma, la radio ha mantenido desde hace un cuarto de siglo un claro contrato social con su público: ella proporciona visibilidad (o *escuchabilidad*) a cambio de que este participe y contribuya a la *construcción dramática pero auténtica de acontecimientos*. Bajo tal acuerdo marco la narrativa radial ha evolucionado de un imaginario de inclusión de la diferencia social en un horizonte de progreso a otro de diversificación de la experiencia vital donde los que son diferentes no reivindican ser incluidos, sino reconocidos y respetados, en un horizonte de pugna por el espacio y los servicios públicos. La radio abre la oportunidad a la difusión y aceptación de nuevas formas de identidad y sociabilidad pero puede también cerrarla si las presenta como *problemas especiales* y los "trata" con recetas basadas en prejuicios y estereotipos convencionales. La radio contribuye a generar sentido de pertenencia en *comunidades* imaginarias que se conforman a partir de establecer vínculos con los locutores y por su intermedio con otros en la misma situación existencial. El desafío para estos colectivos, grupos de ayuda mutua y asociaciones civiles está hoy menos en cómo apropiarse de un momento (cómo ser noticia) o un segmento (cómo tener su propia emisora) del dial que en cómo lograr que su discurso sea respetado y reproducido en sus propios términos sin romper el requisito comercial indispensable de interesar al oyente, casual o cautivo.

* * *

Las manufacturas baratas que Estados Unidos importa de las maquiladoras mejicanas y guatemaltecas (ropa, televisores, equipos de sonido para automóviles) son esenciales para reproducir su cultura y son *co-producidos* por fuerza de trabajo local y gerentes foráneos que también *cooperan conflictivamente en la co-producción de nuevas culturas del trabajo*. Los contenidos de la radio actual son fundamentales para construir el sentido de vecindad/ciudadanía en las grandes o medianas urbes y son *co-producidos* por sus audiencias casi tanto como por los profesio-

nales que diseñan y conducen los programas y también cooperan en la *co-producción de nuevas culturas del consumo, el arte de vivir y la convivencia cívica*. Esta coproducción, o, mejor, *colaboración*, como la llama el antropólogo George Yúdice (2002) en *El recurso de la cultura*, es a menudo tan invisible como el trabajo en los sectores marginales o sumergidos de la economía. Y como su paradigma, el trabajo doméstico familiar femenino, suma a la invisibilidad el asumirse comúnmente que constituye su propia compensación, haciendo innecesaria otra.

El caso más notorio que Yúdice analiza de expropiación casi gratuita de una cultura local es el de la bienal INSITE de San Diego-Tijuana. Este evento reúne a artistas de ambos lados de la frontera EE UU-México e invita a artistas internacionales a vivir una temporada larga en la zona y producir una obra según su experiencia. El conjunto funciona como una maquiladora donde los ejecutivos (directores) que consiguen la financiación dan las directrices generales, vigilan que se mantenga la estricta separación entre los proyectos orientados a un proceso de participación comunitaria (importantes en este momento para obtener financiación pública) y los proyectos de exposición (imprescindibles para obtener eco en los medios especializados y generalistas) y controlan que los resultados no sean políticamente incorrectos más allá de lo comercializable; los gerentes (curadores) coordinan y supervisan el proceso de trabajo y atienden a la resolución de los problemas que los artistas encuentran en ese proceso; los trabajadores flexibles son de dos tipos: de un lado los técnicos (artistas), bastante bien pagados, que capitalizan su formación, su experiencia previa y la que obtienen a partir de su estadía y relación con la comunidad local; de otro lado, los operarios (becarios de curaduría y los obreros y empleados de los montajes) pobremente remunerados; por último (sin categoría), están las comunidades, cuya cultura, cuyos *trabajos* de (re)producción de su vida social y simbólica son apropiados como materia prima de la elaboración artística, y el público, que actúa como caja de resonancia y legitimador del evento, que no reciben por ello ninguna compensación material y deben considerarse bien pagados con el bien superior del acceso a experiencias inusitadas, *aunque carezcan de sentido o relevancia para ellos*. En esta industria, el producto o fin aparente son las obras expuestas; la obra real son los dos años de trabajo institucional y comunitario para producirlas bajo la titularidad formal del artista individual; el proceso real es la *acumulación de valor monetario en la cúspide de las instituciones organizadoras/mediadoras* y de capital simbólico en los artistas y las organizaciones patrocinadoras a despecho de los demás participantes.

¿Genera algún valor *social* esta valorización o mercantilización de la vida popular de una localidad como arte internacional? Nunca se hacen auditorías pasado un tiempo al público que asistió a una exposición o a la gente que participó en un proceso de creación colectivo. La incidencia debe de ser ínfima cuando se trata de una oportunidad accidental y exógena. (Bien distinta de la del mural pintado por la población de Poppotla sobre el gran zócalo de cemento del *set* abandonado sobre el que se construyó, para aprovechar sus míseros costes laborales y achatarrarlo luego, el modelo a escala real del *Titanic* para la superproducción cinematográfica de ese título.) El arte ha perdido su poder socializador, pero pocos lo echan de menos: ya no es el mediador entre la sociedad y el Estado que genera ciudadanos éticos, sino otra mercancía más porque la disciplina (y la diferenciación social) se opera directamente por un mercado sin alternativa ni paliativos. Y así, no importa, porque nada cambia, si un artista crea productos para una empresa de *software* y otro trata de alejar de la droga a la juventud *racializada* de un barrio marginal. Ni siquiera tiene ya potencial reivindicativo: toda vanguardia, incluso toda disensión, es institucionalizable porque el valor añadido no está en el contenido, sino en la producción de una diferencia novedosa. Y, por cierto, la crítica al sistema, no siéndolo ya en absoluto, tiene un valor de cambio cero, por más valor de uso de *toma* (o ratificación) de *conciencia* que pueda conferirle el espectador por su denuncia del racismo, el sexismo, el clasismo, el chovinismo y la violencia que todos estos alientan y en que se sustentan.

La actividad y el consumo artísticos se proponen hoy a sí mismos como medios de *sanación* para espacios sociales desfavorecidos con costes competitivamente bajos frente a la prestación de servicios sociales más sustantivos. Ofrece a una condición desfavorecida reconocimiento en forma de visibilidad aceptable (en lugar de medios de autoorganización) y así recibe legitimidad de sus patrocinadores. Por otro lado, cada vez es una fuente mayor de ingresos municipales: los impuestos pagados por el pequeño comercio se han ido al garete con su ruina impulsada por las grandes superficies, pero el turista cultural busca *ambientes diferentes*, gasta en objetos singulares y caprichosos y no se siente atraído por centros comerciales clónicos de los que tienen en su lugar de procedencia, sino por establecimientos con *espíritu local*.

Hay alternativas, no obstante. Entre ellas, Yúdice menciona dos dignas de ser consignadas: la iniciativa *Art Rebate/Arte Reembolso*, que daba dinero en la calle a los inmigrantes indocumentados en com-

pensación por el hecho de que crean más empleo indirecto del que ocupan y pagan más en impuestos (indirectos, al comprar) de lo que reciben en asistencia pública. (Así, California ha *prohibido* el acceso a los servicios públicos de educación y salud a los hijos de los indocumentados, razón probable de que EE UU sea, con Somalia, el único país del mundo que no ha firmado la carta de Derechos de la Infancia de la ONU.) Otro ejemplo es la ONG brasileña Arte Sem Fronteiras, que, casi sin recursos propios, se ha convertido en un foro de debate sobre cómo cada sector artístico entiende la situación y un organizador de eventos donde las obras se agrupan por afinidades sustantivas y no por el origen étnico o geográfico de los artistas.

Un caso, que pide algo más de espacio, de recepción creativa y renovadora de la cultura mediática global es el desarrollo de la cultura de la música *funkeira* de los barrios marginales de Río de Janeiro. El *funk* —versionados de toda música negra estadounidense bailable desde los años setenta al presente— ha permitido a la juventud mayoritariamente negra y mulata de muchos barrios marginales reivindicar visibilidad y rechazar en parte la cultura dominante *sambera*, no a través de una identidad grupal o étnica al modo estadounidense, sino de la vindicación de una celebración hedonista y orgiástica que compense su cotidianidad marginada en un proceso reciente de democratización coartado por las restricciones neoliberales impuestas por las agencias internacionales. Asociado inicialmente con la pequeña delincuencia de esos barrios, el *funk* (bajo otro nombre más aceptable) protagonizó una de las más relevantes iniciativas culturales de reunificación civil tras los episodios de terrible violencia policial y militar en las favelas de Río en 1993-1994: Afro-Reggae es una ONG, nacida de un grupo musical *funk*, que promueve espectáculos (a los que acude tanto la juventud marginal como la de clase media y los turistas) y sufraga con sus beneficios acciones de autoafirmación, autoestima y servicios sociales en las favelas. *Viva Río* es otro proyecto civil iniciado como un programa de capacitación artística de los jóvenes de las favelas. Su habilidad para la *poliglosia de la sociabilidad* le permitió tejer lazos de apoyo con agentes de clases, empresas y ONG nacionales e internacionales y llegar a financiar cientos de proyectos en seguridad pública/derechos humanos, educación (oficios, informática, nuevas profesiones), desarrollo comunitario (servicios básicos, autoayuda, microcréditos, capacitación microempresarial), deportes y medio ambiente. Inicialmente, en ambos casos, el proyecto era identificar la *diferencia cultural* de las barriadas con la pertenencia de aquella y estas a la ciudad, y desde ahí, aunque estén lejos de cambiar las

relaciones de producción y acumulación, han sido mucho más eficaces que el Estado, los narcos o las ONG internacionales en mejorar la confianza, la capacitación, la estructura cívica y los servicios sociales de los más pobres.

Paradójicamente, la principal crítica que reciben estas organizaciones obedece a su relativo éxito en cerrar la fractura urbana y crear un puente entre barrios bajos (*morro*) y de clases medias (*asfalto*) en el nivel vecinal, y en conectar las cuestiones de derechos humanos con la seguridad pública y fortalecer el desarrollo de la comunidad dando derechos y medios a la población pobre y racializada (v. gr., *profesionalizando a sus residentes* para que sean agentes de sus propios proyectos cada vez más cualificados y profesionales). Se les reprocha que, al lograr sustituir el prejuicio del pobre delincuente y peligroso por el del pobre pero honrado *que sabe producir cultura*, han legitimado la coartada neoliberal de que a los pobres les basta con el enriquecimiento cultural y que puede excusarse el prestarles servicios sociales dignos. Al proporcionar las mismas ONG tales servicios, en muchos casos sin colaboración del gobierno, se les acusa de sustituir al Estado (y más eficazmente que este con sus magros programas asistenciales basados en presupuestos de exclusión) en lugar de oponerse a él y exigirle mayor responsabilidad. En su descargo asumen que, si el neoliberalismo ve en la sociedad tan sólo una fuente de cohesión, legitimidad y complementos de trabajo voluntario para el Estado y el Mercado, las ONG, por su parte, son los únicos agentes que tratan a la gente como *verdaderas personas* y suscitan cooperación entre empresarios y chavales desempleados, amas de casa de cualquier clase social y músicos funkeiros, intelectuales, periodistas, diversos cleros, etnias, razas, géneros, agentes turísticos, bancos de desarrollo regional y un largo y heteróclito etcétera, en los proyectos de desarrollo comunitario de las favelas. Este es el desarrollo de la competencia en la *poliglosia de la sociabilidad* siempre diversa.

Estos casos adquieren, por otro lado, un matiz de *focos dispersos de resistencia* cuando se los compara con la articulación de *nuevas culturas* mediáticas, cuyo caso paradigmático en Iberoamérica es Miami. Esta ciudad se ha convertido en la capital global de la industria del entretenimiento latino (norteamericano) y latinoamericano. La comunidad de exiliados cubanos, cuya prosperidad fue convenientemente promovida por el Estado como escaparate frente a los isleños, construyó la primera industria local y exportadora del espectáculo. Sobre esa base ha crecido una infraestructura que abarca todas las áreas de la producción de entretenimiento mediático a escala global. La ciudad

tiene numerosas empresas auxiliares de gestión, contabilidad, financiación, intermediación y abogacía y las empresas tecnológicas especializadas que estas compañías precisan. Miami es sede de todas las grandes compañías mediáticas globales o regionales que quieren explotar los crecientes mercados mediáticos latinos y latinoamericanos y vender sus productos a los norteamericanos no latinos, a los europeos y a otros. Miami ha devenido una ciudad global, en gran medida de habla española, con hispanohablantes procedentes de más de veinte países —donde el papel de los cubanos está disminuyendo— y que ni pretenden asimilarse a la mayoría *anglo* ni hacer política de la identidad a la estadounidense, pero que se sienten plenamente avocindados en Miami y que desde allí hibridan y crean entretenimiento audio/visual para público hispanoparlante en todo el mundo, cada vez más buscando incrementar su pertinencia para cada audiencia local a través de filiales distribuidas por todo el continente —mientras Miami conserva la gestión y el control—. La cara oscura de este proceso es que pese al mito latino de clase media del mestizaje, se observa que la minoría negra latina sigue ocupando los puestos sociales más bajos y que los negros no hispanoparlantes, como los haitianos, están en situación de exclusión en la ciudad, como en el resto del país.

Miami es sólo una muestra de que, finalizada la guerra fría, y con ella la conveniencia de un patrocinio público de artes y humanidades cuyo fin era ostentar la libertad de creación en Occidente, al recorte del gasto cultural de los gobiernos neoliberales estos sectores han respondido buscando alianzas con patrocinadores y gestores para constituirse en un *recurso*. Y lo han logrado. Hoy la cultura se ha apreciado como un recurso de integración social frente al potencial generador de disenso del multiculturalismo y como un medio de acumulación económica que va desde las artesanías indígenas a las superproducciones mediáticas. La cultura es una mercancía susceptible de inversión, conservación, gestión, distribución y control de acceso. Y esto se refiere tanto a la alta cultura (super-museos, mega-conciertos, macro-exposiciones) como a la cultura popular (convertida en atractivo turístico) y a la cultura de masas (en manos de grandes consorcios globales del entretenimiento integrados verticalmente que reúnen películas en cine, vídeo y DVD, música, programación de televisión abierta, por cable o satélite y entretenimientos en Internet). Para subrayar su importancia basta mencionar que la industria mediática es el segundo rubro del PIB de EE UU, sólo por detrás de la industria aeroespacial.

Esta nueva arena cultural global está dominada por grandes multinacionales que, mediante una legislación internacional injusta sobre

protección del derecho de propiedad intelectual —criminal en el caso de los medicamentos—, concentran esos derechos en manos de productores y distribuidores y dejan al resto de la cadena como meros proveedores de contenidos. Pero también es allí donde se despliegan los esfuerzos de numerosas redes de ONG para defender el derecho a la ciudadanía cultural: a participar y transmitir una cultura no amenazada, a conocer otras culturas y los derechos humanos, a no ser representado sin consentimiento, empleado como publicidad o explotado en forma degradante. Si las grandes empresas venden *experiencias*, las organizaciones civiles las *autoproducen* —sin que aún esté claro cuándo subvierten y cuándo complementan el sistema—, mientras que las redes mafiosas que se dedican a la piratería constituyen, por su parte, la amenaza más directa al procedimiento de acumulación de las multinacionales, a cuya defensa han llamado estas a las estructuras policiales, de inteligencia y militares de todos los Estados.

El banderín de enganche de este toque a rebato es la defensa de la *libertad*, de hecho, del “libre” mercado. Pero este sirve a la hegemonía económico-política de EE UU y de sus élites corresponsales en otros países. El aislacionismo, convertido en unilateralismo, inquiere con franqueza: periclitado el sueño socialista con el fin de la URSS, ¿en que beneficia al interés de EE UU participar en movimientos internacionalistas como la cruzada por los derechos humanos, la democratización de otros países, la obra culturalista de la Unesco, etc.? Ello no obsta, sin embargo, para situar la “diferencia local” como un valor en los circuitos artísticos globales como un medio de dominación más aceptable, eficaz y rentable que el viejo imperialismo unilateral. A la postre, la retórica de la diversidad es una cortina de humo sobre el interés de una minoría. Los EE UU se creen (o se hacen pasar por) la primera sociedad auténticamente multicultural del globo (*We are the World*). Por ende, no necesitan escuchar ninguna voz fuera de sus fronteras; y dentro de ellas un vago compromiso con la diversidad ha sustituido al compromiso con la acción afirmativa en pro de las minorías. Las alternativas reales escasean.

Aún más después del 11 de Septiembre: la sana reacción espontánea popular de duelo y debate abierto duró pocas semanas y fue barrida por la respuesta simbólica oficial, que ha consistido en la representación por parte de un gabinete multirracial, pero homogéneamente ultraconservador, del espectáculo delirante de un “excepcionalismo profundamente arraigado... [que EE UU] es realmente una comunidad de culturas diversas unidas por el Credo Norteamericano de la libertad y la justicia”. Ejemplo de esto era que la administración

ofrecía justicia mediante campañas militares en países musulmanes como Afganistán o Irak sin dejar de pedir respeto e integración para los estadounidenses musulmanes o de origen árabe.

Sobre que EE UU es el paladín del derecho y la justicia hable la defensa jurídica, financiera y militar que su administración lleva a cabo a favor de las corruptas empresas de las industrias bélica, energética, farmacéutica y del infoentretenimiento contra los intereses vitales de los países pobres y su derecho a la salud, la prosperidad y la cultura; sobre su respeto a la libertad cuente la vulneración de los derechos constitucionales en la campaña policial-militar *interna* y exterior de la “guerra contra el terrorismo”, o las presiones sobre las corporaciones mediáticas, seguidas en unos casos con entusiasmo y en otros con escasa reticencia, para autocensurar la información sobre actuaciones injustas, *daños colaterales*, actos de la oposición, debates disconformes, etc., que pudieran suscitar dudas en la población o minar su apoyo al belicismo gubernamental.

Ante esta situación, Yúdice se pregunta qué puede hacer la cultura. Si la cuestión es cómo lograr eficacia política frente a un nacionalismo patriotero plagado de prejuicios, cómo impedir que inhiba la comprensión y el desarrollo de los movimientos sociales y la organización de la sociedad civil, la respuesta es que la cultura en general y el arte en particular pueden explorar el miedo, el horror, la mortandad, la crisis, el estupor, la reflexión crítica... algo muy distinto de la reacción automática del inconsciente colectivo de la *América* conservadora: demonizar al enemigo, desencadenar una caza de brujas... e invertir en el Instituto para Tecnologías Creativas en la Universidad de California del Sur, que trabaja en simuladores de situaciones bélicas útiles para el entretenimiento militar pero que se aplican a películas *de acción*, videojuegos y parques de atracciones de modo que la mayor cantidad de gente posible comparta, desde una experiencia lúdica y grata, escenarios y parámetros belicistas. ¿Puede competir con asignaciones presupuestarias como las que esto implica?

El caso de Sudamérica, que Yúdice conoce bien, es el de un subcontinente que ya no interesa a EE UU excepto para apoyar los mercados de las empresas de seguridad y control y perseguir a las mafias de la piratería mediática que entorpecen su dinámica de acumulación y a las narcoguerrillas que consiguen retener y blanquear la mayor parte del beneficio en el procesado compitiendo con éxito por el beneficio total con los distribuidores locales. Todos estos grupos violentos, usen o no coartadas políticas, tengan o no aspiraciones de esa índole,

van en el saco de terroristas. ¿Y los Estados de la región? Bastante tienen con sobrevivir a la crisis financiera crónica y con contener a sus militares de alistar a sus países en una cruzada antiterrorista que empezaría en Colombia pero nadie sabe dónde acabaría. Ni siquiera Brasil, la novena economía del mundo por volumen de PIB, es capaz de capitalizar como propiedad su propia producción intelectual. Las universidades latinoamericanas, como las del resto del mundo, están siendo des-financiadas y animadas a cooperar con el sector empresarial en proyectos de I+D de cuyas patentes suelen apropiarse en exclusiva la empresas co-financiadoras.

En conclusión, toda la cultura, y no sólo el conocimiento, se ha convertido en el recurso económico estratégico del momento, y está siendo explotado de modo que incrementa las desigualdades tanto globales como locales. El problema, sin embargo, no es tanto la comercialización, incluso de la experiencia cotidiana, sino el régimen de propiedad y acumulación que lo sustenta, y que se basa en la expropiación casi gratuita del *trabajo* cultural en general e intelectual en particular; apoyado cuando es necesario, no hay que olvidarlo, por acciones ejecutivas de los servicios de policía, espionaje y fuerzas armadas de "el eje del bien". Frente a esto, si se desea no ya un *happy end* al estilo *Hollywood* sino evitar una conclusión del todo pesimista, sólo puede responderse que deben existir, o deben poder ser pensadas, formas de estorbar ese modo de acumulación y desplegar, en competencia, con él otro cuyas metas estén dirigidas a lo que, con consciente vaguedad, podría llamarse *desarrollos comunitarios sostenibles*. Aquí dejo al lector/a que, como ciudadano, es dueño de sus propios pasos, de su tiempo, de su voto y de su billetera.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Reygadas, L. (2002), *Ensamblando culturas. Diversidad y conflicto en la globalización de la industria*, Gedisa.
 Warnier, J.-P. (2002), *La mundialización de la cultura*, Gedisa.
 Winocur, R. (2002), *Ciudadanos mediáticos. La construcción de lo público en la radio*, Gedisa.
 Yúdice, G. (2002), *El recurso de la cultura. Usos de la cultura en la era global*, Gedisa.

Resumen. «La "especialización flexible" en la producción de la cultura: trabajo, consumo y desorden social (una nota de investigación)»

En la era de la *especialización flexible* "cultura" y "trabajo" apenas son ya actos expresivos, realizados por el bienestar y la utilidad que deparan a su agente, sino meras mercancías. El trabajo asalariado es la mercancía central de la modernización; la cultura puede ser la mercancía clave de la posmodernización. Partiendo de la hegemonía anglosajona en la industria del entretenimiento, toda actividad ordinaria puede construirse como parte de un "estilo de vida" prediseñado cuyos componentes se producen, como muestra el estudio de diversas culturas del trabajo globalizado, mediante una gran versatilidad en la optimización de las formas de organización productiva más intensivas aceptables en cada contexto social. El análisis de los sectores de la radio o el arte contemporáneo muestra que participan del *aligeramiento* general y cómo las comunidades locales y hasta los mismos consumidores son parte de los recursos de información y de la fuerza de trabajo social no remunerada que produce la mercancía mediática que luego ellos mismos o mercados más pudientes consumen.

Abstract. «"Flexible specialization" in the production of culture: work, consumption and social (dis)order. A research note»

In the current age of flexible specialization, "culture" and "work" are hardly any longer expressive acts, carried out for the well-being and benefit of the agent, but mere commodities. While salaried employment is the core commodity of modernity, culture could be the key commodity of post-modernity. With the English-speaking countries' domination of the entertainment industry, any activity can be constructed as part of a pre-designed "life-style". Existing studies of different cultures of globalized work reveal that the production of the components of this life style displays enormous versatility in the social context. The analysis of the radio or contemporary art shows how these two sectors are immersed in the general process of "lightening up", and how local communities and even consumers themselves form part of the resources of information and of the unpaid social labour force which produces the media commodities that are subsequently consumed either by these same consumers and communities or by wealthier markets.

Libros recibidos en la Redacción

AA. VV. (2002), «El mundo del trabajo en el ámbito de la salud», número monográfico de la *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, Buenos Aires, año 8, núm. 12.

Candela, P.; Castillo, J. J.; López García, M. (2002), *Arqueología industrial y memoria del trabajo. El patrimonio industrial del sudeste madrileño. 1905-1950*, Aranjuez, Ed. Doce Calles.

Casas, José L. y Durán, F. (coords.) (2003), *II Congreso sobre el republicanismo. Historia y biografía en la España del siglo xx*, Priego de Córdoba, Patronato Niceto Alcalá Zamora.

Castillo, S. (2003), «Ciudadanía y reforma social en el primer socialismo español, 1888-1914», Conferencia inaugural del Congreso, Separata, pp. 13-35, de Chust, M. y Broseta, S. (eds.), *La pluma y el yunque. El socialismo en la historia valenciana*, Valencia, Universitat de València.

Consejo Económico y Social (2003), *España 2002*, memoria sobre la situación socioeconómica y laboral de España en 2002, Madrid, CES.

Consejo Económico y Social de Aragón (2003), *El tercer sector en Aragón: un análisis sociológico*, Zaragoza, CESA.

Chust, M. y Broseta, S. (eds.) (2003), *La pluma y el yunque. El socialismo en la historia valenciana*, Valencia, Universitat de València.

Díaz Salazar, R. (ed.) (2002), *Justicia global. Las alternativas de los movimientos sociales del Foro de Porto Alegre*, Madrid, Icaria Editorial-Intermon Oxfam (contiene CD-Rom).

Díaz Salazar, R. (ed.) (2003), *Trabajadores precarios. El proletariado del siglo xxi*, Madrid, Ediciones HOAC.

González Temprano, A. (ed.) (2003), *La consolidación del Estado del Bienestar en España*, Madrid, Consejo Económico y Social.

López Carvajal, Cristóbal. (ed.) (2002), *Los días olvidados. Testimonios sobre la transmisión en Jaén (1973-1977)*, Valencia, Germanía.

Molina de Dios, R. (2003), *Treball intensiu, treballadors polivalents. (Treball, salaris i cost de la vida, Mallorca, 1860-1936)*, Palma de Mallorca, Conselleria d'Economia, Comerç i Indústria.

Piñón, Josefina (2003), *Cervecera El Águila, S. A. (1900-1936). Trabajo y tecnología en los orígenes industriales de Madrid*, Madrid, Editorial Complutense. (Con la colaboración de la Comunidad de Madrid.)

Reina, J. L.; Alonso, S. (2003), *La gestión de la calidad en hostelería. ¿Nuevas condiciones de trabajo?*, Palma de Mallorca, La Lucerna-Gabinete Técnico CCOO, Illes Balears.

Uría, J. (ed.) (2003), *La cultura popular en la España contemporánea. Doce estudios*, Madrid, Biblioteca Nueva.

Vasilachis de Gialdino, I. (2003), *Pobres, pobreza, identidad y representaciones sociales*, Barcelona, Gedisa.

Los libros para esta sección y para comentario en notas críticas y reseñas deben enviarse a: Santiago Castillo, *Revista Sociología del Trabajo*, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Campus de Somosaguas, 28223 Madrid.

REVISTA EUROPEA FORMACIÓN PROFESIONAL

INVITACIÓN A LA PRESENTACIÓN DE ARTÍCULOS

La revista europea *Formación Profesional* es una revista científica de comité de lectura internacional e independiente, destinada principalmente a investigadores, responsables políticos, profesionales de la práctica y agentes sociales, y cuyo objetivo es contribuir al debate sobre la formación profesional en Europa.

Publica la revista el Cedefop (Centro Europeo para el Desarrollo de la Formación Profesional). El Cedefop asiste a la Comisión Europea para fomentar, a escala comunitaria, la promoción y el desarrollo de la formación profesional, mediante intercambios de información y la comparación de experiencias sobre temas de interés común para los Estados miembros.

El Cedefop es un organismo vínculo entre la investigación, la política y la práctica, que ayuda a decisores políticos y a profesionales de la práctica de la formación profesional en la Unión Europea a comprender mejor las evoluciones de esta y extraer así conclusiones para sus futuras actividades. Estimula a científicos e investigadores a reconocer las tendencias actuales y los temas futuros.

Todo artículo sobre formación profesional, problemática de la relación entre formación y empleo o entre trabajo y formación puede resultar de interés para la revista. Se concederá prioridad a los artículos centrados en países o regiones pertenecientes a la Unión Europea, al Espacio Económico Europeo o a los países candidatos al ingreso. El Consejo de Redacción podrá también considerar una eventual inclusión, en función de su interés, de artículos basados en experiencias extraeuropeas pero que toquen temas de carácter universal referentes a la Formación Profesional Inicial y Continua (FPIC).

El Consejo de Redacción aprecia particularmente los análisis comparativos, sin por ello menospreciar los artículos ceñidos exclusivamente a un ámbito nacional o regional europeo. Con todo, los autores deberán tener presente que la revista se publica en cinco idiomas (alemán, castellano, francés, inglés y portugués) y se lee en toda Europa. Por consiguiente, los artículos que traten cuestiones de carácter local o nacional deben redactarse de manera comprensible para una audiencia compuesta por especialistas de la formación profesional de culturas nacionales muy diversas. Se pondrá atención particular en explicar toda posible sigla y en reseñar los sistemas nacionales de empleo y formación, sin dar por sentado nunca el conocimiento previo de estos.

Los artículos que un autor o autores propongan para su publicación en la revista europea deberán cumplir las características siguientes; si no lo hacen, pueden ser rechazados inmediatamente por defecto de forma y ser devueltos al autor sin haberse examinado a fondo.

- **Número de páginas:** entre 7 y 14 páginas de formato A4 con interlineado simple, en Times New Roman 12 para el texto corrido y en Times New Roman 10 para las notas a pie de página
- **Número de caracteres:** entre 15.000 y 35.000
- **Número de palabras:** entre 2.000 y 4.000
- **Resumen:** entre 100 y 150 palabras
- **Términos clave:** 6 términos clave no incluidos en el título, que correspondan a los descriptores del *Thesaurus Europeo de la Formación*¹. Pueden consultarse los principios de indexación según este *Thesaurus* en la dirección electrónica: <http://libserver.cedefop.eu.int/vetelib/eu/pub/cedefop/internal/indexing%20manual%20FR.pdf> y el propio *Thesaurus* en: <http://libserver.cedefop.eu.int/vetelib/eu/pub/cedefop/internal/ETT.pdf>
- **Título:** sintético, con un máximo de 9 palabras que reflejen claramente el contenido del artículo y si es posible su contexto y metodología

¹ Puede obtenerse ayuda por vía electrónica para la selección de los términos clave dirigiéndose (en francés o inglés) a: Anne Waniart, documentalista, Cedefop Library and Documentation Service, Europe 123 -PO Box 22427 - Pylea, GR 55 102 Salónica, Tel.: (30-31) 0490 040 - Fax: (30-31) 0490043, Correo electrónico: anw@cedefop.eu.int.

- El artículo incluirá una bibliografía para las referencias que el texto mencione
- Bibliografía, cuadros y gráficos deberán presentarse conforme a las normas estándar del Cedefop, que pueden consultarse en detalle en la siguiente dirección de Internet: <http://libserver.cedefop.eu.int/vetelib/eu/pub/cedefop/internal/Style%20manual%20FR.pdf>
- Estructura legible del texto y planteamiento evidente: Introducción - Desarrollo (serie de secciones dispuestas con lógica y anunciadas claramente en la introducción) - Conclusión
- El autor debe señalar la naturaleza del artículo:
 - Investigación
 - Análisis de políticas de FPIC
 - Informe sobre una experiencia práctica de FPIC, estudio de caso
- Si el artículo es un artículo de investigación, se indicará:
 - Metodología aplicada
 - Marco teórico de referencia
- Idioma: se invita a los autores a redactar siempre que puedan el artículo en su idioma materno. Son posibles 13 idiomas:
 - Los 11 idiomas oficiales de la Unión Europea: alemán, castellano, danés, finlandés, francés, griego, inglés, italiano, neerlandés, portugués, sueco
 - La lengua de dos países asociados: islandés y noruego

Para presentar un artículo basta simplemente con entrar en contacto con el redactor jefe de la revista, Eric Fries Guggenheim, en el número de teléfono +30-2310490111; Fax: +302310490099; o través del correo electrónico: efg@cedefop.gr.

Dirección postal

CEDEFOP
PO Box 22427
GR-551 02 THESSALONIKI (Grecia)

Espacio internet de información

www.cedefop.eu.int

Espacio internet interactivo

www.trainingvillage.gr

Consejo de Redacción

Presidente: Martín Mulder, Wageningen University, Países Bajos

Redactor jefe: Eric Fries Guggenheim, Cedefop, Grecia

Steve Bainbridge, Cedefop, Grecia

Juan José Castillo, Universidad Complutense de Madrid, España

Jean-Raymond Masson, European Training Foundation, Turin, Italia

Teresa Oliveira, Universidade Nova de Lisboa, Portugal

Hilary Steedman, London School of Economics and Political Science,

Center for Economic Performance, Gran Bretaña

Ivan Svetlik, University of Ljubljana, Eslovenia

Manfred Tessaring, Cedefop, Grecia

Éric Verdier, Laboratoire d'Economie et Sociologie du Travail,

LEST-CNRS, Francia

Secretaría de Redacción:

Titane Delaey, Secretariado general, Cedefop, Grecia

Ana Luisa Oliveira Pires, Universidade Nova de Lisboa, Portugal

Gisela Schürings, European Training Foundation, Italia

Suscripciones:

Mundi Prensa Libros, S.A.

Castelló, 37

E-28001 Madrid

Tel. : 914363701

Fax: 915753998

Correo electrónico: suscripciones@mundiprensa.es

www.mundiprensa.com

Precio de la suscripción anual:
20,80 €

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Deseo suscribirme a *Sociología del Trabajo*

SUSCRIPCIÓN ANUAL: ESPAÑA 31 € (5.158 ptas.)
(3 números) Europa 35 € (5.824 ptas.)
Resto del mundo 46,25 € (7.695 ptas.)
Correo aéreo 87,51 € (14.560 ptas.)

MUNDI-PRENSA LIBROS, S. A.
Castelló, 37. 28001 Madrid
Teléf.: 91 436 37 01
Fax: 91 575 39 98
E-mail: suscripciones@mundiprensa.es

Nombre y apellidos

Profesión

Calle

Cód. Postal

Población

Provincia

CHEQUE ADJUNTO A NOMBRE DE MUNDI-PRENSA

GIRO POSTAL

VISA n.º

AMEX n.º

Fecha caducidad

Fecha

Firma obligatoria

NUESTRAS DIRECCIONES

Redacción

Revista **Sociología del Trabajo**
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología
Universidad Complutense
Campus de Somosaguas
28223 Pozuelo de Alarcón (Madrid)

Edición

Siglo XXI de España Editores, S. A.
Príncipe de Vergara, 78 - 2º dcha.
28006 Madrid
Teléfonos: 91 562 37 23 - 91 561 77 48
Fax: 91 561 58 19
E-mail: sigloxxi@sigloxxieditores.com
<http://www.sigloxxieditores.com>

Suscripciones

Mundi-Prensa Libros, S. A.
Castelló, 37. 28001 Madrid
Teléfono: 91 436 37 01
Fax: 91 575 39 98
E-mail: suscripciones@mundiprensa.es
www.mundiprensa.com

Venta de números atrasados o colecciones

Siglo XXI de España Editores, S. A.
Príncipe de Vergara, 78 - 2º dcha.
28006 Madrid
Teléfono: (34) 91 745 09 13
Fax: (34) 91 561 58 19
E-mail: ventas@sigloxxieditores.com